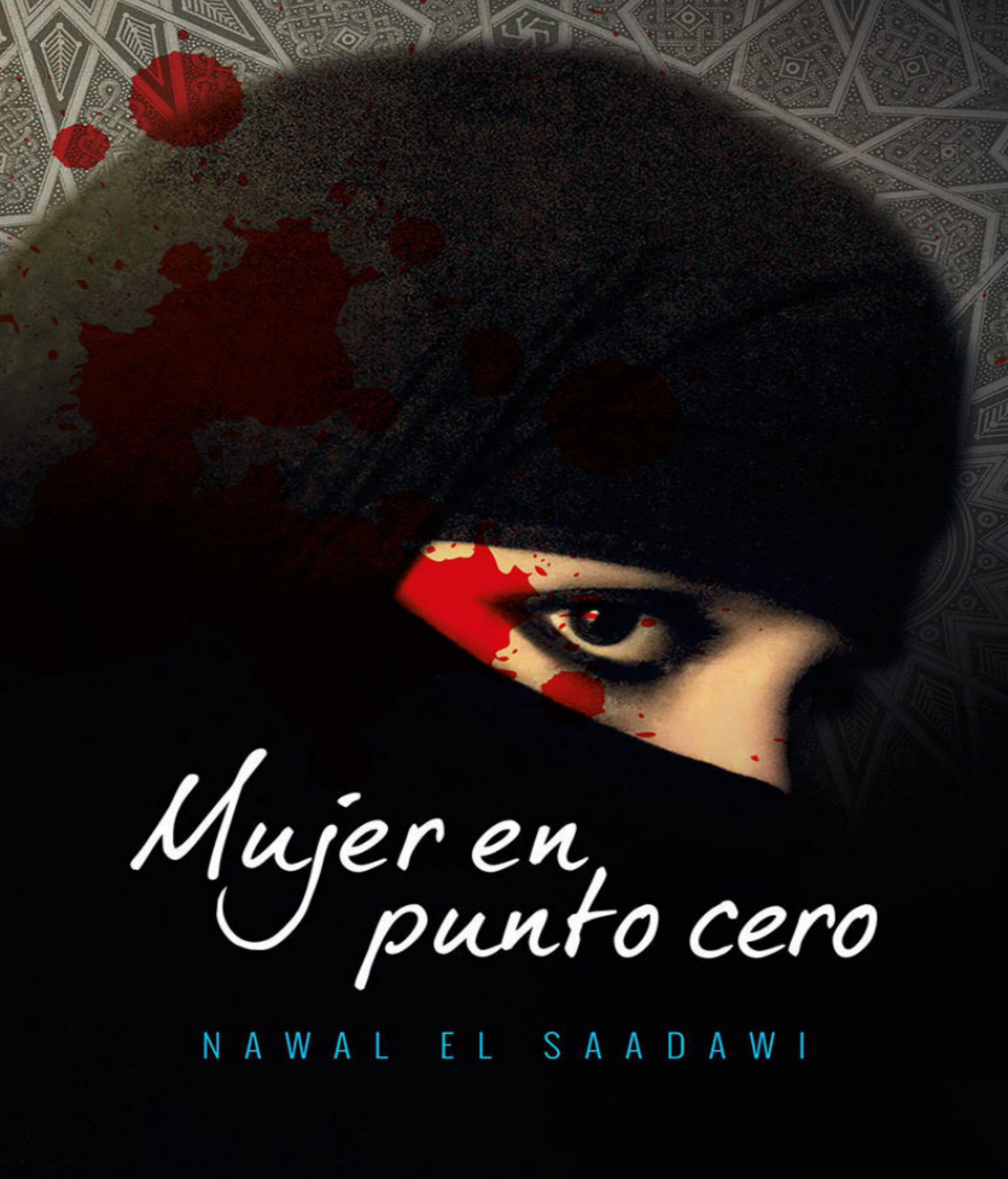
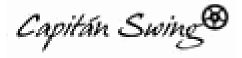

Mujer en punto cero
NAWAL EL SAADAWI
Capitán Swing

MUJER EN PUNTO CERO

NAWAL EL SAADAWI

Traducción de Mireia Bofill Abelló



Título original: Woman at Point Zero (1975)

Edición en ebook: febrero de 2018

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 – 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-947051-2-0

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: Plataforma de conversión digital

INTRODUCCIÓN

Escribí *Mujer en punto cero* hace cuarenta y cinco años o más. Vivía en mi antiguo piso de Guiza, mientras el gobierno egipcio me molestaba a mí y a mi familia repetidamente, una práctica puesta en marcha desde que decidí coger el bolígrafo y relatar las desgracias de las mujeres y las chicas en Egipto, desde que vinculé la represión psicológica y corporal con la represión social, política, económica, cultural, religiosa y moral. La persecución del gobierno hizo que perdiera mi trabajo en el Ministerio de Sanidad, lo que en realidad fue una liberación de la cárcel que supone ser funcionaria pública, liberando también mi tiempo para poder pensar, contemplar y escribir literatura, además de hacer investigaciones sobre las mujeres en el campo de la salud corporal, psicológica y social. Una de esas investigaciones me llevó a la cárcel de mujeres al norte de El Cairo, donde conocí a la protagonista de mi novela *Mujer en punto cero*.

Nombré a la protagonista *Fardous*, no recuerdo su verdadero nombre, pero tengo su rostro grabado en la memoria, sobre todo sus ojos. No sucede a menudo que los ojos permanezcan tanto tiempo sin perder el brillo. Ya ha pasado medio siglo desde que la encontré en la cárcel de mujeres cuando investigaba los porqués de la neurosis en la vida de las mujeres. La investigación me llevó a descubrir que un alto grado de inteligencia y consciencia puede estar vinculado a la neurosis. La investigación me hizo ver que las mujeres creativas son más sensibles y conscientes de la coerción que les rodea, haciéndolas más vulnerables a la rabia, la preocupación y la neurosis que aquellas que los psiquiatras y las sociedades califican de «normales». Estas son capaces de conformarse con la opresión, pensando que es la voluntad de Dios, quien hizo al hombre y a la mujer, asignándoles roles a cada cual, dictando que las mujeres se ocupasen de la cocina y la limpieza, y los hombres del pensamiento y la escritura.

Fardous era demasiado inteligente, sensible y creativa para conformarse con ese rol. A pesar de pertenecer a una familia pobre y de no tener estudios muy avanzados, tenía una habilidad innata de comprehender y de ver los significados de las cosas que sucedían a su alrededor. Significados que no pueden ver aquellas mentes oprimidas

por un sistema de educación religiosa y política autoritaria que mata la creatividad desde la infancia.

Ella me era muy familiar desde nuestro primer encuentro, como si hubiera escuchado su voz en otra vida, o hubiera visto su cara en el momento en el que nací, como si su cara fuera la de mi abuela o la de mi madre, que murió hace años, o como si fuera la cara que apareció la primera vez que me miré en el espejo.

Me senté en el suelo de su celda mirando sus ojos fijamente, sin parpadear, escuchando su historia, hora tras hora, sin sentir el frío del cemento ni el paso del tiempo. Su historia me asombró y no me asombró a la vez, me era familiar como si la conociera antes de nacer y también era extraña y pasmosa.

Nos juntamos solo una vez. Supe más tarde que fue ejecutada por asesinato. Fardous asesinó a un grosero proxeneta que la iba a matar, pero ella fue más rápida e inteligente, arrebatándole el cuchillo de las manos y clavándoselo. Si la ley fuera justa Fardous sería considerada como inocente, ya que se estaba defendiendo y mató para no morir. Pero la ley nunca puede ser justa en una sociedad clasista-patriarcal-colonial-religiosa-racista que discrimina a la gente según clase, color, sexo, religión, nacionalidad, lengua, etc. Es nuestro mundo, donde el 99 por ciento tiene todo y el 1 por ciento sobrevive al límite, pero millones de personas de todos los pueblos se están manifestando en contra, de norte a sur y de este a oeste.

La historia de Fardous es una historia simple de una mujer simple que soñaba con la justicia, la dignidad, el amor y la libertad. Pero en nuestro mundo actual, corrupto y autoritario, el amor sincero es más peligroso que una bomba atómica, porque tiene el potencial de destruir el cemento de las mentiras que se han acumulado a lo largo de la historia, desde la culpabilización de nuestra madre Eva; el potencial de desenterrar la verdad escondida bajo tierra durante miles de años.

Por eso no pude publicar la novela tras acabarla. La rechazaron todas las editoriales de Egipto, incluso la mujer que lideraba el movimiento femenino en aquel entonces, quien era editora jefa de la revista de mujeres *Eva*. Esta me llamó expresamente para decirme que no permitiría bajo ningún concepto su publicación, que la novela no podía considerarse literatura y que fomentaba además el vicio y la prostitución. Le di las gracias y colgué el teléfono. Enseguida empecé a contactar con editoriales en Beirut. Líbano era el país árabe más liberado de las cadenas impuestas sobre la libertad de pensamiento y expresión porque no era precisamente un país, sino un puerto libre en la orilla del mediterráneo que como cualquier otro puerto capitalista patriarcal y religioso ejerce el libre comercio con todo, desde las piezas de coches hasta el alcohol, el sexo, el arte, la filosofía, las

religiones y sus diferentes confesiones.

De este modo Beirut se convirtió en los pulmones de escritores, pensadores y científicos de lengua árabe que eran censurados en sus respectivos países, tal y como era mi caso. Durante medio siglo fue ahí donde publiqué todos mis libros y novelas. Entre las editoriales libanesas había mucha competencia para publicar mis trabajos, incluso se copiaban y distribuían mis obras ilegalmente, sin permiso, sin otorgarme beneficio, a través de mafias editoriales. Fue de esta manera que gané millones de lectores y lectoras a lo largo de los países araboparlantes.

Los beneficios materiales son muy importantes, pero más importante aún es el legado humano y que los autores y autoras sean queridos por millones de lectores y lectoras. En muchas ocasiones me bastaba escuchar de muchos jóvenes decir que algún libro mío les cambió la vida.

El gobierno egipcio me sancionó desde finales de los sesenta prohibiendo mis publicaciones. A principios de los setenta, tras censurar mi libro *La mujer y el sexo*, me echaron del trabajo, y ordenaron cerrar la Asociación de Cultura Sanitaria que fundé, retirando del mercado la revista de la asociación de la cual yo era editora. Todo ello por atreverme a escribir sobre las desgracias privadas y públicas, corporales e intelectuales de las mujeres vinculando las distintas represiones (la sexual, la religiosa, la económica, la política y la social). La represión continuó hasta principios de los ochenta culminando en mi encarcelación. Más tarde cerraron la organización que cofundé junto a otras mujeres egipcias y árabes, la Asociación de Solidaridad de las Mujeres Árabes, y su revista *Nun*, de quien era jefa de edición. Más tarde empezaron las amenazas de muerte e incluyeron mi nombre en la lista de liquidaciones, lo que me empujó a abandonar el país, ingresando en el exilio en los noventa hasta principios del siglo xxi. Mientras tanto las demandas de Al-Hisba (El Castigo) en contra mía y de mi hija seguían su curso en los tribunales, continuaron también los intentos de separarme de mi ex-marido por la fuerza, así como la persecución y las amenazas a mis hijos. Eso fue parte de lo que me hicieron y de lo que sabe hacer muy bien todo gobierno desde los tiempos de la esclavitud.

Empecé a escribir desde que era niña un diario secreto, que escondía debajo de la cama. Escribí mi primera historia cuando tenía 13 años, se titulaba «Diario de una niña llamada Souad» y no paré de escribir hasta ahora, que estoy escribiendo esta introducción de *Mujer en punto cero*, narrando la historia de Fardous, que se ha hecho muy famosa y ha sido traducida a muchos idiomas. Incluso me han ofrecido convertirla en una película, pero todavía no he leído un guion que

considere a la altura. De los muchos guiones que he leído, nunca he tenido la sensación de que captaran el espíritu brillante y la excepcional personalidad de Fardous. Por otro lado, sí he asistido a obras de teatro que se hicieron de la novela en Francia, Holanda, Australia, Inglaterra, Italia, Noruega, Turquía, India, Sudáfrica y Senegal, pero a pesar de que muchas actrices fueran excepcionales en su capacidad artística de encarnar personajes, seguía sintiendo que Fardous estaba ausente porque ella solo pertenecía a ella misma.

A menudo me pregunto sobre el secreto que hace de una mujer tan corriente alguien tan excepcional. Después de ver a Fardous he visto a muchas otras mujeres que mataron a hombres por motivos similares. También he conocido otras mujeres que trabajaban en la prostitución, pero ninguna como ella. Los elementos que conformaban su personalidad eran diferentes a cualquier otra mujer. Se juntaban características masculinas y femeninas en su ser, una mezcla humana que va más allá de la masculinidad y la feminidad juntas, más allá de la ternura misma. El médico de la cárcel me dijo que su ternura le hacía difícil de creer que pudiera matar a alguien. Yo le respondí que matar también necesita mucha ternura.

Fardous era muy sensible y tierna, pero su ternura no significaba debilidad, sino fuerza, y no rendirse ante la mentira ni ante la injusticia. En su juventud sufrió mucho por la explotación y el engaño. Tenía muchas heridas y sangraba de dolor, pero se rebeló contra todo y decidió curar sus heridas con más rebeldía todavía. Pero ¿cómo venció todo ese dolor? Quizás fue por la escritura y la creatividad, a pesar de no escribir de manera profesional, ni tener renombre, ni publicar. Solo escribía en su celda, le veía su carcelera en la esquina con sus papeles, pero ¿qué escribía? Nadie lo supo porque le separaron de su bolígrafo, después de hacerlo de sus escritos, y después separaron en la horca su cuerpo de su cabeza.

Unos días antes de su ejecución me contaba su historia, y no me dejaba interrumpir ni preguntar, quizás porque sabía que sus horas ya estaban contadas y que el mundo tiene que escuchar su historia. Me pidió que le hiciera vivir a pesar de su muerte, a través de la escritura. La escritura que hizo que vivieran todos los dioses y profetas más allá de la muerte. ¿Acaso hubieran seguido vivos profetas como Moisés, Jesús y Mahoma si no fuera por libros como la Torá, la Biblia y el Corán? Reescribí su historia en dos semanas, y decidí publicarla a pesar de todo, decidí que no debe morir y que tiene que vivir como los dioses y profetas, y que a pesar de prostituirse tenía más honor que los profetas y que los santos.

Recuerdo sus últimas palabras. Me dijo: «Sí, soy una mujer peligrosa a la que deben matar. Sé por qué me temen. Yo desenmascaré su horrible realidad y no me van a matar porque maté.

Ellos matan a diario bajo el nombre de Dios, el amor, la paz y la justicia; ellos practican la prostitución bajo el nombre del matrimonio, el amor y la virtud; ellos roban y saquean bajo el nombre de la ley y la legalidad internacional. Me matan para no destapar sus secretos ocultos. Me sentencian a muerte porque saben que he vencido ya la muerte y he vencido mis heridas de sangre roja con tinta negra; me impusieron la deshonra y la convertí en orgullo; me quitaron el clítoris en el nombre de la pureza y la circuncisión, y exhibí mi cuerpo amputado con mucho orgullo. Me obligaron a vender mi cuerpo en el mercado de la prostitución y les puse el precio más alto. No escondí mis defectos ni mis heridas como hacen las esposas, las madres y las mujeres oprimidas, sino que empecé a visibilizar mis dolores con audacia y con el mismo descaro que muestran ellos. Así convertí la sangre de mis heridas en tinta para escribir mi historia. Me sentencian a muerte porque me temen. Mi vida significa su muerte y mi muerte para ellos es la vida. Lo único que nos esclaviza es nuestra voluntad de seguir viviendo. Me dijeron que escribir una petición al presidente de la república demandando el indulto haría que este me perdonara y me dejara marchar, pero les respondí preguntando: ¿cómo pediría perdón al más grande de los criminales?, y me amenazaron con cortarme la lengua antes que el cuello. Tu delito es la lengua, me dijeron. Sí, porque la lengua es la que dice la verdad o la mentira, la lengua es la que cubre o descubre la verdad, respondí. La verdad es simple y evidente y en su misma simpleza yace su poder y fuerza. La sinceridad necesita valentía igual que la muerte, la sinceridad mata igual que la muerte. Yo maté con la sinceridad, no con el cuchillo, y por eso me temen y aceleran mi ejecución. Ya no temo a la muerte, y escupo en la cara del rey, del presidente, del juez, del médico, del abogado, del militar, del policía, del sacerdote y del santo. Escupo en la del proxeneta en todas sus profesiones, aquel que conduce a la prostituta hacia la cama de su majestad, el rey virtuoso, por Dios y por la patria».

Esas fueron sus últimas palabras, y se cortó su voz tal y como desaparecen las voces en los sueños, y me encontré como quien anda sonámbulo. Mi vida cambió desde entonces y empecé a darme cuenta de la falsedad de mi vida, de mi matrimonio y de todo lo que hago. Empecé a rebelarme y a rechazar toda participación en las mentiras tanto de mi vida privada como de la pública. Así empezaron los problemas en mi vida, y en mi trabajo fuera y dentro de casa. Ya no soportaba más la mentira ni la hipocresía, y defendía la verdad a pesar de las consecuencias y el odio de la gente. Cada vez que me siento agotada y con poca voluntad para continuar me acuerdo de Fardous y me pregunto si ella fue más valiente y si continuaría, lo que me empuja a seguir luchando contra las mentiras envueltas en palabras de

honor, familia, maternidad, patria, dios, rey y presidente. Mi batalla no fue más fácil que la batalla de Fardous. Perdí mi trabajo, y mi seguridad, me encarcelaron y me exiliaron, me divorcié de tres maridos, me pusieron en listas de liquidación, me demandaron en los juzgados, intentaron retirarme la nacionalidad egipcia, reprimieron a mis hijos y a los miembros de mi familia, deformaron mi reputación literaria y ciudadana, y a pesar de todo no han llegado a sentenciarme con la muerte como sentenciaron a Fardous. ¿Acaso fue ella más valiente que yo, o fueron mis circunstancias y posición material mejores que las de ella?

Fardous no tenía otra arma que su título de bachillerato para luchar contra el autoritarismo y la corrupción, y encontrar un trabajo que le permitiera liberarse del marido y del proxeneta. La pobreza y el desempleo sin duda fueron determinantes en su vida. En cuanto a mí, yo no pasé por la pobreza ni el desempleo, cuando perdí mi empleo enseguida trabajé de médica en mi consulta privada y fue eso lo que me hizo descubrir que esta profesión se basa en el engaño y la comercialización dentro de un sistema edificado enteramente sobre esta misma base. Cerré mi consulta para dedicarme a escribir, pero también la escritura como cualquier otra profesión no es libre dentro de un sistema clasista-patriarcal-religioso edificado sobre el poder, la injusticia y la hipocresía. Por eso era muy coherente que las autoridades censuraran mis libros. Durante mis años de exilio descubrí que vivimos en un mismo mundo gobernado por un mismo sistema corrupto y autoritario que persigue a cualquier persona que intenta decir la verdad. A pesar de todo esto, descubrí también que en mitad de esta realidad oscura, en cada lugar hay un rayo de esperanza que nos enseña el camino y nos da fuerza para seguir. Para mí fue Fardous, mi rayo de luz y de esperanza.

Tengo ya ochenta y cinco años. Vivo sola en mi piso pequeño en el barrio de Shubra en El Cairo. Ya tengo el tiempo, la consciencia y la capacidad para vivir como quiero, para escribir todo lo que ronda mi mente y escribía en mi diario desde la infancia, que sigue siendo mi fuente de inspiración y esperanza. Ya no me importa si me publican o no, si gano dinero o no, ni los premios literarios (incluido el Nobel de Literatura), el único valor en mi vida es seguir escribiendo, seguir rompiendo tabúes y seguir abriendo camino a las mentes asediadas por el miedo al infierno de Dios y a la cárcel del presidente. Las autoridades en nuestro país y en todos los países del mundo ya no pueden parar los libros y artículos dado que vivimos en un nuevo mundo de comunicación donde hay más herramientas que facilitan el compartir y distribuir la información en todo el planeta.

Por decreto del consejo de investigación islámica (de la mezquita de Al-Azhar) siguen prohibidos algunos libros míos en Egipto, como la

novela *La caída del Imán*, y la obra de teatro *Dios dimite de la cumbre*, pero estas obras ya fueron leídas por millones de jóvenes en las nuevas redes de comunicación. La ciencia ha declarado su victoria sobre los mitos que ocupaban las mentes, sobre los ejércitos, los policías y los espías, abriendo el mundo de la comunicación a todos aquellos que eran pobres y no tenían recursos.

Durante mis años de exilio, comencé a enseñar una nueva asignatura y le di el nombre de «Creatividad y Rebeldía». Causó mucho entusiasmo en varias universidades, especialmente en departamentos de crítica literaria y estudios feministas. Al ver mi nombre en las listas de los cursos, los alumnos y alumnas se apuntaban enseguida. Cuando les preguntaba por qué elegían mi asignatura había varios motivos, pero el más frecuente era que habían leído mi novela *Mujer en punto cero* y les había cambiado la vida. Es normal que Fardous le cambie la vida a cualquier chica que sepa de su historia, pero ¿puede también tener el mismo efecto en los chicos? Sí, el número de chicos que afirmaban que su vida había cambiado tras leer la novela era el mismo que de chicas. Hubo quien dijo que las palabras de Fardous le hicieron replantearse la masculinidad, convirtiéndole en humano y no en hombre. Hacía referencia a las palabras de Fardous que le habían marcado especialmente: «Los hombres revolucionarios no son muy diferentes a los otros hombres, al igual que ellos consiguen lo que quieren, los revolucionarios lo consiguen a través de su inteligencia y principios, los otros, a través del dinero. La revolución para los hombres revolucionarios es como el sexo para nosotras, las prostitutas, es una profesión, yo descubrí que mi amado —revolucionario— venía a mi cama cada noche no porque me amaba, sino porque no tenía que pagar nada y porque quería ser el héroe que me salva del deshonor, y cuanto más me hundía yo en la infamia, se hacía él más honorable y victorioso». Estas palabras de Fardous a lo largo de la novela, decía este estudiante, como el filo de un cuchillo, rompían la máscara de falsedad que se ponía en el nombre de la masculinidad.

Muchos de los alumnos y alumnas me seguían escribiendo tras terminar la carrera, y vinieron a visitarme a casa después de haber vuelto a Egipto. El 11 de febrero de 2011, durante la revolución que derrocó a Mubarak, me encontré con uno de ellos en la plaza Tahrir. Estaba con su esposa, que tenía un brillo en los ojos que me recordaba a Fardous. Él me la presentó con mucho orgullo: es la mujer más valiente del mundo y tu novela fue el motivo que me hizo buscarla. Ella respondía riendo: pero él es igual que el héroe revolucionario en la novela, no para de querer salvarme, pero sin éxito. Él, riendo alegremente, respondió: ¡he aquí la sinceridad salvaje de Fardous!

Nawal El Saadawi
El Cairo, junio de 2016

PREFACIO

Escribí esta novela como fruto del contacto con una mujer a quien tuve ocasión de conocer en la cárcel de Qanatir. Yo acababa de iniciar unos meses antes un estudio sobre la neurosis entre las mujeres en Egipto, tarea a la cual podía dedicar la mayor parte de mi tiempo ya que en esos momentos me encontraba sin empleo. El ministro de Salud me había destituido a finales de 1972 de mi puesto de directora de Educación para la Salud y del cargo de redactora jefa de la revista *Salud*. Una consecuencia más de mi opción feminista como autora y novelista dispuesta a expresar opiniones que no gozaban del beneplácito de las autoridades.

Esa circunstancia me permitía disponer, sin embargo, de más tiempo para escribir, investigar y atender a las consultas de las mujeres que acudían a mí. El año 1973 inauguró una nueva etapa en mi vida; ese año nació también mi novela *Firdaus* o *Mujer en punto cero*.

La idea para mi estudio surgió, de hecho, a partir de las consultas de las mujeres que acudían a mí en busca de asesoramiento y ayuda para hacer frente a situaciones que les estaban causando un grado más o menos intenso de «sufrimiento psíquico». Decidí seleccionar un número limitado de casos de mujeres afectadas de neurosis para estudiarlos y esto me llevó a visitar periódicamente varios hospitales y ambulatorios.

La idea de la «cárcel» siempre me había despertado un interés especial. Me había preguntado muchas veces cómo debía de ser la vida allí, sobre todo para las mujeres. Quizá ello obedeciera al hecho de vivir en un país donde muchos y muchas intelectuales destacadas de mi entorno habían pasado períodos más o menos largos de tiempo en prisión por «delitos políticos». Mi marido había permanecido encarcelado durante trece años en calidad de «detenido político». Por esto, cuando un día conocí a uno de los médicos de la Cárcel de Mujeres de Qanatir no pude resistir el impulso de intercambiar ideas con él; a partir de entonces, cada vez que nos encontrábamos nos deteníamos a charlar un rato. Me contó muchas cosas sobre las presas que cumplían condena por distintos delitos y en particular sobre las

aquejadas de diversos grados de neurosis, que acudían al consultorio psicológico semanal del Hospital Penitenciario de Qanatir.

Mi interés iba en aumento y paulatinamente comencé a acariciar la idea de visitar la cárcel para conocer a esas mujeres. Hasta entonces solo había visto el interior de una cárcel en «películas políticas» y de pronto se me ofrecía la oportunidad de visitar personalmente una. Mi interés por el proyecto se vio reforzado cuando mi amigo, el médico de la cárcel, comenzó a hablarme, largo y tendido, de una mujer condenada a morir en la horca por haber matado a un hombre. Jamás había visto a una mujer que hubiera matado a alguien.

El médico de la cárcel me dijo que me llevaría a visitarla y me pondría en contacto con otras presas aquejadas de dolencias psíquicas. Con su mediación pude obtener un permiso especial para visitar la cárcel de Qanatir y examinar a las mujeres en mi condición de psiquiatra. Interesado por mi proyecto, el médico me acompañó hasta la cárcel y me sirvió de guía durante mi visita.

Nada más cruzar las puertas de la prisión me sobrecogió la congoja ante los tristes edificios, los barrotes de hierro en las ventanas y la dureza y frialdad de todo el entorno. Un estremecimiento sacudió mi cuerpo de pies a cabeza. Entonces difícilmente podía saber que un día volvería a cruzar esas mismas puertas, no como psiquiatra, sino como prisionera, detenida con otras 1.035 personas bajo la aplicación del decreto promulgado por Sadat el 5 de septiembre de 1981. Lo cierto es que esa mañana del otoño de 1974 en ningún momento me cruzó por la mente que yo pudiera llegar a estar confinada algún día tras esos altos muros lisos y amarillentos. Al cruzar el patio interior pude vislumbrar los rostros de las mujeres, que nos observaban desde el otro lado de los barrotes, como animales, con los dedos blancos o morenos aferrados al frío metal.

Primero, Firdaus se negó a recibirme en su celda, pero luego accedió a hablar conmigo. Poco a poco se fue relajando y empezó a contarme su historia, toda la historia de su vida. Era un relato terrible pero también magnífico. A medida que iba desvelando su vida ante mí, fui conociendo cada vez mejor su persona y empecé a desarrollar un sentimiento de empatía y admiración hacia esa mujer, que me parecía tan excepcional en el mundo de las mujeres que yo había conocido hasta entonces. Más adelante, llegó un día en que comencé a forjar el proyecto de escribir la novela que luego vería la luz con el título de *Mujer en punto cero* o *Firdaus*.

En aquella época estaba enfrascada, no obstante, en la tarea de entrevistar a las diversas mujeres que mi amigo médico me conducía a visitar en sus celdas y en el consultorio psiquiátrico de la cárcel, como parte de los veinte estudios detallados de casos que luego incorporaría a mi investigación, cuyos resultados publiqué en 1976 bajo el título de

Mujeres y neurosis en Egipto.

Firdaus representaba, sin embargo, algo distinto para mí. Destacaba entre las demás mujeres, la sentía vibrar dentro de mí; luego, en otros momentos, su voz se acallaba. Hasta que un día decidí coger papel y pluma y devolverle su vida después de muerta. Porque Firdaus fue ejecutada a finales de 1974 y ya no tuve ocasión de volver a verla. Pero su presencia seguía viva de algún modo ante mis ojos. La veía ante mí, podía reconstruir el contorno de su frente, de sus labios, de sus ojos, volvía a contemplar la dignidad de sus movimientos. Cuando luego me tocó verme yo misma tras las rejas, en el otoño de 1981, me encontré observando a las otras presas que deambulaban por el patio interior, como buscándola, intentando vislumbrar su cabeza, que siempre mantenía tan erguida, los pausados movimientos de sus manos o la severa mirada de sus ojos oscuros. No lograba convencerme de que en verdad había muerto.

Durante los tres meses que pasé en la cárcel conocí a varias mujeres acusadas de haber matado a un hombre y algunas me recordaron a Firdaus; no había, sin embargo, ninguna igual a ella. Siguió siendo única. Lo que la diferenciaba de las demás no eran solo sus facciones, su porte, su valor o la manera en que solía mirarme desde las profundidades de sus ojos, sino también su absoluta negativa a seguir viviendo, su absoluta falta de temor a la muerte.

La historia de Firdaus es la historia de una mujer empujada hasta el límite más tenebroso por la desesperación. A pesar de todo su sufrimiento y toda su desesperanza, esa mujer estimuló en todas las personas que, como yo, fuimos testigos de los momentos finales de su vida, una necesidad de desafiar y vencer a todas las fuerzas que arrebatan a los seres humanos su derecho a vivir, a amar y a ser auténticamente libres.

Nawal El Saadawi
El Cairo, septiembre 1983

Mujer en punto cero

01

Este es el relato auténtico de la vida de una mujer. La conocí hace unos años en la cárcel de Qanatir. Entonces yo estaba trabajando en una investigación sobre las personalidades de un grupo de presas y detenidas condenadas o pendientes de juicio por diversos delitos.

El médico de la cárcel me dijo que esa mujer estaba condenada a muerte por haber matado a un hombre. Sin embargo, era distinta de las demás asesinas presas en aquella cárcel.

—Creo que jamás volveré a conocer a otra persona como ella, dentro o fuera de la cárcel. Rechaza todas las visitas y se niega a hablar con nadie. En general no toca la comida y permanece despierta hasta el alba. A veces, la celadora la ha visto permanecer sentada durante horas con la mirada perdida en el vacío. Un día pidió pluma y papel y luego estuvo varias horas inmóvil, inclinada sobre él. La celadora no logró averiguar si estaba escribiendo una carta o alguna otra cosa. A lo mejor no escribía nada.

—¿Querrá verme? —le pregunté al médico.

—Intentaré convencerla para que acceda a hablar un rato con usted —me respondió—. Quizás acepte si le explico que es psiquiatra y no una ayudante del fiscal. Se niega a responder a mis preguntas. Incluso se negó a firmar una petición de gracia al presidente para solicitar la conmutación de la pena de muerte por la de cadena perpetua.

—¿Quién redactó la petición? —pregunté.

—Yo mismo —me dijo—. Sinceramente, no creo que sea una asesina. Después de ver su cara, sus ojos, resulta imposible seguir creyendo que una mujer tan dulce pudiera cometer un asesinato.

—¿Quién ha dicho que una persona no deba ser dulce para llegar al asesinato?

Se me quedó mirando desconcertado un instante y luego soltó una risita nerviosa.

—¿Ha matado alguna vez a alguien?

—Yo no soy una mujer dulce —le respondí.

Volviendo la cabeza, me señaló una ventana diminuta y me dijo:

—Esa es su celda. Iré a verla y la convenceré para que baje a

conocerla.

Regresó al cabo de un rato sin la mujer. Firdaus se negaba a verme.

Aquel día debía entrevistarme con otras presas. Sin embargo, en vez de ir a visitarlas, me metí en el coche y me fui.

Una vez en casa, fui incapaz de hacer nada. Tenía que revisar mi último libro, pero no lograba concentrarme. Solo podía pensar en esa mujer llamada Firdaus que sería conducida a la horca al cabo de diez días.

Al día siguiente por la mañana temprano me encontré de nuevo frente a la puerta de la cárcel. Le pedí a la guardiana que me permitiera visitar a Firdaus, pero ella me replicó:

—No servirá de nada, doctora. Jamás aceptará verla.

—¿Por qué?

—Van a colgarla dentro de pocos días. ¿Qué puede hacer por ella usted o cualquier otra persona? ¡Déjela en paz!

Había un dejo de irritación en su voz. Me lanzó una mirada cargada de ira, como si yo fuese una de las personas que iban a ahorcar a Firdaus dentro de pocos días.

—No tengo nada que ver con las autoridades de esta cárcel ni de ningún otro sitio —declaré.

—Eso dicen todos —me respondió molesta.

—¿Por qué está tan alterada? —le pregunté—. ¿Piensa que Firdaus es inocente, que no mató a ese hombre?

Con renovada furia, me replicó:

—Asesina o no, es una mujer inocente y no merece que la ahorquen. Deberían colgarlos a ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son *ellos*?

Me observó con suspicacia y replicó:

—Dígame más bien quién es usted. ¿Son ellos quienes la envían a verla?

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere? —pregunté de nuevo.

Miró a su alrededor con cautela, con miedo casi, y dio un paso atrás, apartándose de mí.

—Ellos… ¿Pretende decirme que no los conoce?

—No —respondí.

Emitió una breve carcajada sarcástica y se alejó, volviéndome la espalda.

—¿Cómo es posible que sea la única que no los conoce? —la oí mascullar entre dientes.

* * *

Regresé varias veces a la cárcel, pero todos mis intentos de ver a Firdaus resultaron inútiles. Empezaba a tener la impresión de que, por algún motivo, mi investigación estaba en peligro. La amenaza del fracaso parecía pender, de hecho, sobre toda mi vida. Mi confianza en mí misma empezaba a resquebrajarse seriamente y pasé unos momentos difíciles. Esa mujer que había matado a un ser humano —y que pronto moriría a manos de otros— me parecía una persona mucho mejor que yo. A su lado, yo no era más que un pequeño insecto que se arrastraba por el suelo en medio de un enjambre de millones de otros insectos como yo.

Cada vez que recordaba la expresión de los ojos de la guardiana o del médico de la cárcel cuando me hablaban de su total indiferencia hacia todo, de su actitud de absoluto rechazo y, sobre todo, de su negativa a verme, se incrementaba mi sentimiento de impotencia y de insignificancia. Una pregunta rondaba incesantemente con creciente insistencia mis pensamientos: ¿qué clase de mujer es? ¿El hecho de que me haya rechazado significa que es una persona mejor que yo? Claro que también se había negado a enviar una petición de gracia al presidente para solicitar su amparo frente a la muerte en la horca. ¿Significaría eso que esa mujer era mejor que el jefe del Estado?

Empecé a abrigar una impresión muy próxima a la certeza, aunque difícil de explicar, de que esa mujer era, en efecto, mejor que todos los hombres y mujeres de quienes oímos hablar o que solemos ver o conocer habitualmente.

Intenté luchar contra el insomnio, pero otra idea se había apoderado de mis pensamientos y me impedía dormir: ¿cuando se negó a verme, sabía quién era yo o me había rechazado sin conocer mi identidad?

La mañana siguiente acudí una vez más a la cárcel. No tenía intención de ver a Firdaus, pues ya había abandonado toda esperanza de llegar a conocerla. Solo quería ver a la guardiana o al médico de la cárcel. El médico no había llegado aún, pero encontré a la funcionaria.

—¿Le dijo Firdaus que me conocía? —le pregunté.

—No, no me dijo nada —respondió la guardiana—. Pero ella sabe quién es usted.

—¿Cómo sabe que me conoce?

—Puedo captar sus pensamientos.

Me quedé paralizada, como si acabara de convertirme en una estatua de piedra. La guardiana se alejó para proseguir su trabajo. Intenté moverme, dirigirme al coche y alejarme de allí, pero no pude. Sentía un extraño peso en el corazón, en todo el cuerpo, que había dejado mis piernas sin fuerzas. Un peso más grande que el de toda la tierra, como si en vez de permanecer de pie sobre su superficie, toda

ella gravitara sobre mí. El cielo había sufrido una mutación parecida: teñido de negro, como la tierra, también me aplastaba con su carga.

Solo había experimentado esa misma sensación en otra ocasión, muchos años antes, cuando me enamoré de un hombre que no me quería. Me sentía rechazada, no solo por él, no solo por una persona entre los muchos millones que pueblan el vasto mundo, sino por cada ser vivo y cada objeto de la tierra, por todo el ancho mundo.

Enderecé los hombros, erguí mi cuerpo tanto como pude e inspiré profundamente. Sentí que se aligeraba un poco el peso sobre mi cabeza. Comencé a observar mi entorno y a preguntarme extrañada qué hacía en la cárcel a esa hora tan temprana. La guardiana estaba agachada fregando las baldosas del suelo del pasillo. Sentí que me inundaba un inusitado desdén hacia ella. No era más que una mujer dedicada a limpiar el suelo de la cárcel. No sabía leer ni escribir y no tenía ningún conocimiento de psicología, ¿qué había podido inducirme, entonces, a creer con tanta facilidad en la validez de sus percepciones?

En realidad, Firdaus no había dicho que me conociera. La guardiana simplemente lo había intuido. ¿Por qué había de ser eso un indicio de que la mujer en efecto me conocía? Si me había rechazado sin saber quién era, no había motivo para sentirme tan dolida. Su rechazo no iba dirigido personalmente contra mí, sino contra el mundo en general y contra todas las personas que lo habitaban.

Eché a andar hacia el coche, dispuesta a marcharme. Dejarse abrumar por sentimientos subjetivos como los que se habían apoderado de mí no era digno de una investigadora científica. Abrí la portezuela, casi sonriendo para mis adentros. El contacto con su superficie me ayudó a recuperar el sentido de mi identidad, mi autoestima como médica. En cualquier circunstancia, una médica sin duda tendría preferencia frente a una mujer condenada a muerte por asesinato. Gradualmente fui restableciendo mi actitud normal hacia mi persona (actitud que raras veces me abandona). Hice girar la llave del contacto y pisé el acelerador, rechazando con firmeza la repentina sensación (que me atormenta de vez en cuando en momentos de fracaso) de ser solo un insignificante insecto que se arrastra penosamente sobre la tierra entre millares de otros insectos parecidos. A mis espaldas, por encima del ruido del motor, oí una voz que gritaba:

—¡Doctora! ¡Doctora!

Era la guardiana. Se acercó corriendo, jadeante. Su voz entrecortada me recordó las voces que solía escuchar frecuentemente en sueños. Su boca se había ensanchado y también sus labios, que se abrían y cerraban con un movimiento mecánico, como una puerta oscilante.

—¡Firdaus, doctora! —oí que me decía—. ¡Firdaus quiere verla!

Su pecho subía y bajaba, su respiración se había transformado en una sucesión de rápidos jadeos y una violenta emoción se reflejaba en sus ojos y en su rostro. No habría podido estar más alterada si el presidente de la república en persona hubiera manifestado el deseo de verme.

Mi respiración también se aceleró, como por contagio, o para ser más exacta, sentí que me faltaba el aliento; mi corazón había empezado a latir con inusitada fuerza, como jamás lo había hecho hasta entonces. No sé cómo bajé del coche, ni cómo seguí a la guardiana, tan pegada a sus talones que a ratos le daba alcance o incluso la adelantaba. Caminaba a paso ligero, sin esfuerzo, como si mis piernas no tuvieran que cargar ya con mi cuerpo. Me embargaba un maravilloso sentimiento de satisfacción, entusiasmo, alegría. El cielo estaba azul y podía retener su color en mis ojos. Sostenía todo el mundo en mis manos; todo el mundo era mío. Solo había experimentado ese mismo sentimiento en otra ocasión, muchos años antes, cuando me dirigía por primera vez al encuentro del primer hombre al que amé.

Me detuve un instante frente a la celda de Firdaus para recobrar el aliento y acomodarme el cuello del vestido. Pero lo que intentaba recuperar era mi compostura, mi estado normal, la conciencia de que era una investigadora científica, una psiquiatra, o algo parecido. Escuché el crujido de la llave en la cerradura, brutal, penetrante. Su sonido me hizo volver en mí. Mi mano aferró con más fuerza el bolso de cuero y una voz murmuró en mi interior: «¿Quién es esta mujer llamada Firdaus? Solo es…».

Pero mi voz interior se interrumpió en seco. De repente nos encontramos cara a cara. Me quedé como clavada en el suelo, muda, inmóvil. No percibía los latidos de mi corazón, ni oí girar la llave en la cerradura cuando la pesada puerta se cerró a mis espaldas. Fue como si hubiera muerto en el instante en que sus ojos se posaron sobre los míos. La suya era una mirada que mataba: penetrante, incisiva, firme, impasible, como un puñal. Sin el más leve parpadeo. Sin el menor temblor de ningún músculo de la cara.

Una voz me hizo volver bruscamente en mí. Era la suya: firme, penetrante, fría, como un puñal. Sin la más ligera vacilación en su tono. Sin que temblara ni una sola nota.

—Cierre la ventana. —la oí decir.

Como a ciegas, me acerqué a la ventana y la cerré, luego miré intrigada a mi alrededor. En la celda no había nada. Ni una cama, ni una silla, ni ningún otro objeto sobre el cual poder sentarme. Oí que me decía:

—Siéntese en el suelo.

Mi cuerpo se agachó y me senté en el suelo. Era el mes de enero y el suelo estaba desnudo, pero no sentí frío. Era como caminar en sueños. Debajo de mi cuerpo, el suelo estaba frío. Con la misma sensación al tacto, la misma consistencia, el mismo frío desnudo. Pero el frío no me alcanzaba, no llegaba hasta mí. Era como el frío del mar en un sueño. Yo nadaba a través de sus aguas. Estaba desnuda y no sabía nadar. Pero no sentía el frío ni me ahogaba. La voz también era como las voces que se escuchan en sueños. Estaba próxima, pero parecía llegarme desde muy lejos; emitida a una cierta distancia de mí, parecía brotar sin embargo a mi lado. Son voces que no sabemos de dónde surgen: si de arriba o de abajo, a nuestra izquierda o a nuestra derecha. Podemos llegar a pensar incluso que se elevan desde las profundidades de la tierra, se desprenden de los tejados o nos llegan caídas del cielo. O incluso pueden afluir desde todas direcciones, como alcanza los oídos el aire desplazado a través del espacio.

Pero no era un sueño. Lo que llegaba a mis oídos no era aire desplazado. La mujer que estaba sentada en el suelo frente a mí era una mujer real y la voz que inundaba mis oídos con su sonido y retumbaba dentro de la celda con la ventana y la puerta firmemente cerradas solo podía ser su voz, la voz de Firdaus.

02

Déjeme hablar. No me interrumpa. No tengo tiempo para escucharla. Vendrán a buscarme esta tarde a las seis. Mañana por la mañana ya no estaré aquí. Ni en ningún otro lugar conocido para ningún ser humano. Viajar hacia un lugar desconocido para todas las personas de la tierra es algo que me llena de orgullo. Toda mi vida he estado buscando algo de lo que pudiera sentirme orgullosa, que me permitiera sentirme superior a todos los demás, incluso a los reyes, príncipes y gobernantes. Cada vez que cogía un diario y veía la foto de uno de ellos, le escupía encima. Sabía que solo estaba escupiendo sobre una hoja de diario que luego necesitaría para forrar los estantes de la cocina. Pero aun así escupía y luego dejaba que el escupitajo se secara donde había caído.

Cualquiera que me hubiese visto escupiendo sobre la foto habría pensado que conocía personalmente a ese hombre. Pero no era así. Solo soy una mujer. Y ninguna mujer podría conocer a todos los hombres que consiguen ver publicadas sus fotografías en los diarios. Al fin y al cabo, yo solo era una prostituta exitosa. Y por mucho éxito que tenga una prostituta, no puede llegar a conocer a todos los hombres. Pero todos los que he conocido, cada uno de ellos, hasta el último, solo me han inspirado un deseo: el de alzar la mano y dejarla caer con fuerza sobre su rostro. Pero como soy una mujer, nunca he tenido el valor de levantarles la mano. Y como soy una prostituta, ocultaba mi temor bajo varias capas de maquillaje. Puesto que tenía éxito, mi maquillaje siempre era de la mejor calidad y de los más caros, exactamente igual que el que usan las mujeres respetables de clase alta. Siempre me hacía arreglar el pelo por peluqueros que solo prestaban sus servicios a mujeres de la alta sociedad. Siempre escogía un color «natural y serio» para el lápiz de labios, que no ocultase, ni tampoco acentuase, el atractivo de mi boca. Las líneas con que perfilaba con destreza el contorno de mis ojos sugerían la justa combinación de seducción y rechazo que suelen exhibir las esposas de los hombres con cargos de alta autoridad. Solo mi maquillaje, mi pelo y mis zapatos caros eran de «clase alta». Mi certificado de estudios secundarios y mis aspiraciones truncadas me situaban en la clase media. Por nacimiento, pertenecía a la clase baja.

* * *

Mi padre, un campesino pobre que no sabía leer ni escribir, conocía muy pocas cosas de la vida. Sabía trabajar los cultivos, cómo vender un búfalo envenenado por su enemigo antes de que muriera, cómo intercambiar su hija virgen por una dote antes de que fuera demasiado tarde, cómo adelantarse a su vecino para robar grano de los campos cuando maduraba la cosecha. Sabía inclinarse sobre la mano del capataz y fingir que la besaba, y cómo golpear a su mujer y obligarla a morder el polvo cada noche.

Cada viernes por la mañana se ponía una *galabiya* limpia y se iba a la mezquita para asistir a la oración semanal. Después de la oración, lo veía pasear con los demás hombres como él, comentando el sermón del viernes y ensalzando las persuasivas y elocuentes palabras del imán, que habían logrado superar lo insuperable. ¿Acaso no era verdaderamente cierto que robar era pecado, y matar era pecado, y difamar el honor de una mujer era pecado, y la injusticia era un pecado, y golpear a otro ser humano era pecado…? Y quién podría negar, igualmente, que la obediencia era un deber y amar a la patria también. Que el amor hacia el jefe de gobierno y el amor a Alá se confundían en un solo amor indivisible. Que Alá proteja a nuestro jefe de gobierno y le dé larga vida, y así le permita seguir siendo fuente de inspiración y fortaleza para nuestro país, para la nación árabe y para toda la humanidad.

Los veía pasear por las estrechas y tortuosas callejuelas, asintiendo con la cabeza en señal de admiración y de aprobación de cuanto había dicho Su Santidad el Imán. Los observaba mientras continuaban asintiendo con la cabeza, frotándose las manos, secándose la frente, sin parar de invocar el nombre de Alá y de solicitar su bendición, mientras repetían Sus santas palabras en un tono gutural, apagado, murmurando y susurrando sin respiro.

Yo transportaba una pesada jarra de arcilla llena de agua sobre la cabeza. El cuello a veces se me doblaba hacia atrás bajo su peso, o hacia la izquierda o la derecha. Me costaba un esfuerzo mantenerla equilibrada sobre mi cabeza y evitar que cayera. Mantenía las piernas en movimiento tal como me había enseñado mi madre, para que mi cuello permaneciera erguido. Entonces todavía era pequeña y aún no se me habían redondeado los pechos. No sabía nada sobre los hombres. Pero podía oírles invocar el nombre de Alá y suplicar Sus bendiciones, o repetir Sus santas palabras en un tono gutural y apagado. Los observaba mientras asentían con la cabeza, o se frotaban las manos, o tosían, o carraspeaban para aclararse la garganta, o se rascaban los sobacos o la entrepierna sin parar. Los veía observar

cuanto ocurría a su alrededor con mirada hastiada, recelosa, furtiva, con ojos prestos a saltar, desbordantes de una agresividad que parecía extrañamente servil.

A veces no lograba distinguir cuál de ellos era mi padre. Se parecía tanto a los demás que resultaba difícil diferenciarlo. Por eso un día le pregunté a mi madre por él. ¿Cómo había podido traerme al mundo sin un padre? Primero me dio una tunda. Luego hizo venir a una mujer que tenia una navajita o quizá una hoja de afeitar. Me cortaron un trozo de carne de la entrepierna.

Estuve llorando toda la noche. La mañana siguiente, mi madre no me mandó al campo. Habitualmente me ponía una carga de estiércol sobre la cabeza para que la transportara hasta los campos. Yo prefería ir al campo en vez de quedarme en la choza. Allí podía jugar con las cabras, subirme a la noria y nadar en el arroyo con los chicos. Un niño que se llamaba Muhammadain solía pellizcarme bajo el agua y me seguía hasta el pequeño refugio de cañas de maíz. Allí me hacía tender bajo una pila de paja y me levantaba la *galabiya*. Jugábamos a ser «novios». De alguna parte de mi cuerpo, no sabía exactamente de dónde, brotaba una sensación de intenso placer. Luego cerraba los ojos y buscaba con la mano el punto exacto. Nada más tocarlo, notaba que ya había experimentado antes esa sensación. Después seguíamos jugando hasta que se ponía el sol y oíamos la voz de su padre que lo llamaba desde el campo vecino. Yo intentaba retenerlo, pero él se alejaba corriendo, con la promesa de volver al día siguiente.

Pero mi madre dejó de mandarme al campo. Antes de que el sol empezara a apuntar en el cielo, me daba un golpecito en el hombro con el puño cerrado y me despertaba para que cogiera la jarra de barro y saliera a llenarla de agua. Al regresar, barría el suelo debajo de los animales y luego moldeaba hileras de pastelitos de estiércol que dejaba secar al sol. El día que tocaba hornear, amasaba la harina y hacía el pan.

Para trabajar la masa me ponía en cuclillas con el lebrillo entre las piernas. A intervalos regulares alzaba la masa elástica en el aire y la dejaba caer en el lebrillo. El calor del horno me daba de lleno en la cara y chamuscaba las puntas de mi pelo. La *galabiya* se me subía a menudo, descubriendo los muslos sin que me diera cuenta de ello, hasta que atisbaba la mano de mi tío que empezaba a asomar lentamente por detrás del libro que leía hasta rozarme la pierna. Instantes después la sentía avanzar muslo arriba con movimientos cautelosos, furtivos, temblorosos. Cada vez que se oía algún rumor de pasos en el zaguán, la mano se retiraba velozmente. Pero cuando todo permanecía en silencio a nuestro alrededor, solo con la esporádica interrupción del crujido de las ramitas secas entre mis dedos cada vez que alimentaba el horno, y yo podía oír el sonido regular de su

respiración detrás de su libro, incapaz de adivinar si roncaba tranquilamente dormido o si jadeaba bien despierto, su mano seguía oprimiendo mi muslo con anhelante, casi brutal insistencia.

Me hacía lo mismo que me había hecho antes Muhammadain. Incluso más, en realidad, pero yo no experimentaba ya la intensa sensación de placer que irradiaba de un lugar desconocido y a la vez familiar de mi cuerpo. Cerraba los ojos e intentaba alcanzar el placer que había experimentado antes, pero en vano. Era como si no pudiera recordar ya el punto exacto donde solía brotar ese placer o como si una parte de mí, una parte de mi ser, hubiera desaparecido, sin posibilidad de recuperarla jamás.

* * *

Mi tío no era joven. Era mucho mayor que yo. Solía viajar solo hasta El Cairo para estudiar en Al-Azhar, y era estudiante cuando yo todavía era una niña que aún no había aprendido a leer ni escribir. Me ponía una tiza entre los dedos y me hacía escribir en una pizarra: *alif, ba, yim, dal*… A veces me hacía repetir con él: «*alif* no lleva nada encima, *ba* lleva un punto debajo, *yim* tiene un punto en el medio, *dal* no tiene nada». Asentía con la cabeza mientras recitaba fragmentos del poema de mil versos de Ibn Malik, como si estuviera salmodiando el Corán, y yo repetía cada letra tras él, y movía arriba y abajo la cabeza, imitándolo.

Cuando terminaban las vacaciones, mi tío montaba a lomos del burro y cabalgaba hasta el apeadero del tren del Delta. Yo lo seguía cargada con su enorme cesta, llena de huevos, queso y tortas de pan, con sus libros y sus ropas encima. Durante todo el camino, hasta llegar al apeadero, mi tío no paraba de hablarme de su cuarto, al final de la calle de Muhammad Alí, cerca de la Ciudadela, de Al-Azhar, de la plaza de Ataba, de los tranvías, de la gente que vivía en El Cairo. De vez en cuando cantaba con voz melodiosa, mientras su cuerpo se balanceaba rítmicamente con el movimiento del burro.

No te abandoné en alta mar,
pero tú me has dejado en tierra firme.
No te cambié por oro reluciente,
pero tú me has vendido por un puñado de paja.
Oh, mi larga noche, oh, mis ojos. Oh.

Cuando mi tío subía al tren y me decía adiós, yo rompía a llorar y le rogaba que me llevara con él a El Cairo. Pero él me preguntaba:

—¿Qué harías en El Cairo, Firdaus?

Y yo le respondía:

—Iré a Al-Azhar y estudiaré como tú.

Entonces se echaba a reír y me explicaba que Al-Azhar era solo para hombres. Y yo lloraba y me aferraba a su mano mientras el tren empezaba a arrancar. Pero él la retiraba con un gesto brusco y repentino que me hacía caer de bruces.

Y yo desandaba el camino cabizbaja, estudiando la forma de los dedos de mis pies mientras avanzaba por el sendero, interrogándome sobre mi persona, con la cabeza rebosante de preguntas: ¿quién era yo?, ¿quién era mi padre?, ¿tendría que pasarme la vida barriendo el estiércol de debajo de los animales, transportándolo sobre mi cabeza, amasando harina y horneando pan?

De vuelta en casa de mi padre, contemplaba las paredes de adobe como si fuera una extraña que jamás hubiese puesto un pie en ella. Miraba a mi alrededor casi con asombro, como si en vez de haber nacido allí, acabara de caer repentinamente del cielo o hubiera salido de algún escondrijo en las profundidades de la tierra e ido a parar a un lugar que no me correspondía, a un hogar que no era el mío, convertida en hija de un padre que no era mi padre y de una madre que no era mi madre. ¿Me habían hecho cambiar las cosas que me contaba mi tío sobre El Cairo y las gentes que allí vivían? ¿Era realmente hija de mi madre o mi madre era otra? ¿O había nacido de mi madre, pero luego me había convertido en otra persona? ¿O había sido mi madre quien se había transformado en otra persona tan parecida a ella que no alcanzaba a apreciar la diferencia?

Intentaba recordar qué aspecto tenía mi madre cuando la vi por primera vez. Ahora puedo recordar un par de ojos. Sobre todo recuerdo sus ojos. No podría describir su color ni su forma. Eran ojos vigilantes. Unos ojos que me vigilaban. Aunque desapareciera de su vista, siempre podían verme y seguirme dondequiera que fuese, y cuando empecé a aprender a andar, ellos me sostenían cuando me tambaleaba.

Cada vez que intentaba andar, me caía. Una fuerza parecía empujarme por detrás derribándome de bruces o algo parecía pesar sobre la parte delantera de mi cuerpo y me hacía caer de espaldas. Como una presión del aire, dispuesta a aplastarme, como un tirón de la tierra, deseosa de atraerme hacia sus profundidades, mientras yo seguía debatiéndome, tensando los brazos y las piernas, en mis esfuerzos por incorporarme. Pero siempre volvía a caer, zarandeada por las fuerzas contradictorias que tiraban de mí en distintas direcciones, como un objeto arrojado en medio de un mar ilimitado, sin costas y sin fondo, azotado por las aguas cuando comienza a hundirse y por el viento cuando empieza a salir a flote. Hundiéndome y elevándome continuamente, hundiéndome y elevándome entre el mar y el cielo, sin nada a lo que agarrarme salvo ese par de ojos. Dos

ojos a los cuales me aferraba con todas mis fuerzas. Dos ojos que parecían ser lo único que me sostenía. Todavía ahora no sé si eran grandes o rasgados, ni puedo recordar si estaban rodeados de pestañas o no. Solo recuerdo dos aros intensamente blancos en torno a dos círculos de un negro intenso. Cada vez que los miraba fijamente el blanco se volvía aún más blanco y el negro todavía más negro, como si la luz del sol se derramara sobre ellos desde un foco mágico que no estaba en la tierra ni en el cielo, pues la tierra era oscura como una cueva y el cielo estaba negro como la noche, sin sol ni luna.

Sabía que era mi madre, no sabría decir por qué. Y gateaba hasta ella en busca del calor de su cuerpo. En nuestra choza hacía frío, pero aun así en invierno mi padre trasladaba mi estera de paja y mi almohada al cuartito que daba al norte y ocupaba mi rincón en el cuarto del horno. Y en vez de quedarse a mi lado para darme calor, mi madre me abandonaba y me dejaba sola para ir a darle calor a mi padre. En verano, la veía sentada a sus pies con una jarra de latón en la mano mientras le bañaba las piernas con agua fría.

Cuando fui un poco mayor, mi padre me puso la jarra en la mano y me enseñó a bañarle las piernas con agua. Sustituí a mi madre y empecé a hacer lo que antes hacía ella. Mi madre desapareció y su lugar fue ocupado por otra mujer, que me pegó en la mano y me quitó la jarra. Mi padre me dijo que era mi madre. En realidad era exactamente igual a ella; con la misma túnica larga, la misma cara y hasta la misma manera de moverse. Pero cuando la miraba a los ojos, sentía que no era mi madre. Esos no eran los ojos que antes me sostenían cada vez que estaba a punto de caerme. No eran dos aros de blanco puro en torno a dos círculos de un negro intenso, de un blanco que se volvía aún más blanco y un negro que se tornaba aún más negro cada vez que los miraba fijamente, como si la luz del sol o de la luna se derramara a través de ellos.

Ninguna luz parecía rozar jamás los ojos de esa mujer, aunque hiciera un día radiante y el sol brillara con todo su esplendor. Un día cogí su cabeza entre mis manos y la volví hacia el sol para que le diera directamente en la cara, pero sus ojos permanecieron opacos, indiferentes a la luz de sus rayos, como dos lámparas apagadas. Estuve despierta toda la noche, llorando a solas, intentando ahogar mis sollozos para que no molestasen a mis hermanas y hermanos más pequeños que dormían en el suelo a mi lado. Como la mayoría de la gente, tenía muchos hermanos y hermanas. Eran como pollitos, que se multiplican en primavera, tiritan y pierden las plumas en invierno, y en verano sufren ataques de diarrea, comienzan a adelgazar muy deprisa y empiezan a retirarse a un rincón uno a uno hasta que finalmente mueren.

* * *

Cuando moría una de sus hijas, mi padre tomaba la cena, mi madre le lavaba las piernas y luego se iba a dormir como todas las noches. Cuando la criatura que moría era un niño, le daba una paliza a mi madre, luego cenaba y se echaba a dormir.

Mi padre nunca se acostaba sin cenar, ocurriera lo que ocurriese. A veces, cuando no había comida en casa, todos nos íbamos a la cama con el estómago vacío. Pero a él nunca le faltaba la cena. Mi madre escondía su comida en el fondo de una de las aberturas del horno, donde no pudiéramos encontrarla, y él se sentaba a comer solo, mientras nosotros lo mirábamos. Una noche me aventuré a alargar una mano hacia su plato, pero me golpeó con fuerza los nudillos.

Tenía tanta hambre que ni siquiera pude llorar. Me quedé sentada frente a él viéndolo comer, siguiendo su mano con la vista, desde el momento en que sus dedos se hundían en el plato hasta que la levantaba para llevarse la comida a la boca. Su boca era como el hocico de un camello, con una gran abertura y anchos carrillos. La mandíbula superior se cerraba una y otra vez sobre la mandíbula inferior con un sonoro chasquido, masticando cada bocado a conciencia hasta que oíamos entrechocar sus dientes. Su lengua giraba continuamente en el interior de su boca como si también estuviese masticando y de vez en cuando se asomaba para lamer alguna partícula de comida que se le había quedado adherida en los labios o se había deslizado sobre su barbilla.

Cuando terminaba de comer, mi madre le llevaba un vaso de agua. Él lo vaciaba y luego eructaba sonoramente, expulsando el aire de la boca o del vientre con un prolongado ruido. A continuación fumaba su narguile y densas nubes de humo llenaban el cuarto a su alrededor, mientras él tosía, bufaba e inhalaba profundamente por la boca y la nariz. Cuando terminaba su pipa, se echaba a dormir y al cabo de un instante la choza comenzaba a resonar con sus ruidosos ronquidos.

Sentía que no era mi padre. Nadie me lo dijo y tampoco era realmente consciente de ese hecho. Solo lo sentía en un lugar profundo de mi ser. Me guardé el secreto, sin susurrárselo a nadie. Cada vez que mi tío volvía para pasar las vacaciones de verano, me colgaba de su *galabiya* cuando llegaba el momento de su partida y le suplicaba que me llevara con él. Me sentía más cercana a mi tío que a mi padre. No era tan viejo y me dejaba sentar a su lado y mirar sus libros. Él me enseñó el alfabeto y él me envió a la escuela primaria después de la muerte de mi padre. Más adelante, cuando también murió mi madre, me llevó a El Cairo con él.

* * *

A veces me pregunto si una persona puede nacer dos veces. Cuando entré en la casa de mi tío, pulsé un interruptor con la mano y el cuarto se llenó de luz. Cerré los ojos para protegerme del resplandor y di un grito. Cuando volví a levantar los párpados tuve la impresión de estar mirando por primera vez con mis ojos, como si acabara de venir al mundo o como si hubiera nacido por segunda vez, pues sabía que de hecho ya había nacido unos años antes. Descubrí mi imagen en el espejo. Fue otra experiencia desconocida para mí. En un primer momento, no supe que estaba ante un espejo. Me asusté al encontrarme frente a una niña con un vestido que apenas le cubría las rodillas y un par de zapatos que ocultaban sus pies. Lancé una mirada a mi alrededor. En el cuarto no había nadie salvo yo. No entendía de dónde había salido esa niña, ni era consciente de que solo podía ser yo misma. Siempre había vestido una larga *galabiya* que rozaba el suelo y, dondequiera que fuese, siempre iba descalza. Pero ¿cómo podía estar tan segura de que esa era mi cara cuando no me había visto nunca en un espejo? No había nadie en el cuarto y el espejo del armario estaba justo frente a mí. Esa niña que permanecía erguida ahí dentro solo podía ser yo. Mi tío me había comprado ese vestido y los zapatos para ir a la escuela.

Me quedé plantada frente al espejo escudriñando mi cara: ¿quién soy yo? Firdaus, así me llaman. La gran nariz redonda es herencia de mi padre y la boca de labios finos la he heredado de mi madre.

Un sentimiento de desánimo abatió mi cuerpo. No me gustaba el aspecto de mi nariz, ni la forma de mi boca. Creía que mi padre había muerto, pero seguía vivo en esa fea nariz ancha y redonda. También mi madre había muerto, pero continuaba viviendo en la forma de esa boca de labios finos. Y yo tampoco había cambiado, era la misma Firdaus, que ahora llevaba un vestido y zapatos en los pies.

Me inundó un profundo odio contra el espejo. A partir de aquel día, jamás volví a mirarme en él. Incluso cuando me detenía ante él, no me veía y me limitaba a peinarme, limpiarme la cara o ajustarme el cuello del vestido. Después cogía la cartera y salía corriendo hacia la escuela.

* * *

Me encantaba ir a la escuela. Había muchas chicas y chicos. Jugábamos en el patio, resollando sin aliento mientras corríamos de un extremo al otro, o permanecíamos sentadas escupiendo una rápida sucesión de pipas de girasol de entre los dientes o mascando chicle con un sonoro chasquido, o a veces comprábamos barritas de melaza y algarrobas secas, o bebíamos zumo de orozuz, de tamarindo o de caña;

en resumen, teníamos debilidad por todas las cosas dulces o de sabor estimulante.

Al regresar, barría y limpiaba la casa, lavaba la ropa de mi tío, le hacía la cama y ordenaba sus libros. Me compró una pesada plancha, que ponía a calentar encima de la cocina de petróleo, y yo era la encargada de limpiar su caftán y su turbante. Él regresaba de Al-Azhar poco después de la caída del sol. Yo servía la cena y comíamos juntos. Después de comer, me tumbaba en mi diván y mi tío me leía en voz alta, sentado en su cama. A veces me instalaba a su lado sobre la cama alta, cogía su ancha mano de largos dedos finos y acariciaba sus bellos y grandes libros, con las páginas suaves cubiertas de apretada escritura, con finas letras negras. Intentaba descifrar algunas palabras. Me parecían signos misteriosos que me inspiraban un cierto temor. Al-Azhar era un mundo temible, poblado solo por hombres, y mi tío era uno de ellos: era un hombre. Cuando leía, su voz resonaba cargada de sagrado respeto y un extraño temblor recorría sus hermosos y largos dedos bajo mi mano. Era un temblor familiar, que me recordaba un estremecimiento experimentado en mi infancia, un sueño distante, aún no olvidado.

En las frías noches de invierno, me acurrucaba entre los brazos de mi tío como una criatura en el vientre de su madre. Nos calentábamos con la proximidad de nuestros cuerpos. Hundía la cabeza entre sus brazos y habría querido decirle que lo amaba, pero no me salían las palabras. Sentía ganas de llorar, pero no tenía lágrimas. Y al cabo de un rato me quedaba profundamente dormida hasta la mañana siguiente.

Un día caí enferma con fiebre. Mi tío permaneció sentado en la cama a mi lado, sosteniéndome la cabeza mientras me acariciaba suavemente la cara con sus hermosos y largos dedos, y dormí toda la noche cogida de su mano.

* * *

Cuando recibí el certificado de enseñanza primaria me compró un pequeño reloj de pulsera y esa noche me llevó al cine. Vi bailar a una mujer. Llevaba los muslos desnudos. Y vi cómo un hombre abrazaba a la mujer. Luego la besó en los labios. Me tapé la cara con la mano, sin atreverme a mirar a mi tío. Después él me dijo que bailar era un pecado y que besar a un hombre también era pecado, pero ya no pude volver a mirarlo a los ojos. Cuando regresamos a casa esa noche, no me senté a su lado en la cama como solía hacer a menudo hasta entonces, sino que fui a esconderme bajo el cobertor en mi pequeño diván.

Temblaba de pies a cabeza, presa de una inexplicable premonición

de que los hermosos y largos dedos de mi tío se aproximarían a mí al poco rato y levantarían con cuidado la colcha que me cubría. Después, sus labios rozarían mi cara y se posarían sobre mi boca, y sus dedos temblorosos treparían lentamente por mis muslos.

Sentía una cosa extraña, porque era algo que no me había ocurrido nunca hasta entonces o quizás porque era algo que me había ocurrido siempre, desde que tenía memoria. En algún lugar, en un punto distante del interior de mi cuerpo volvía a despertar un viejo placer largo tiempo perdido o un nuevo placer aún desconocido, e indefinible, pues parecía brotar de fuera de mi cuerpo, o de una parte de mi ser seccionada de él muchos años antes.

* * *

Mi tío empezó a salir mucho. Cuando me despertaba por la mañana, ya se había ido y cuando él regresaba por la noche, yo ya estaba acostada y profundamente dormida. Cuando le ofrecía un vaso de agua o un plato de comida, alargaba la mano y lo cogía sin mirarme. Yo escondía la cabeza bajo el cobertor y escuchaba atentamente esperando oír el sonido de sus pisadas. Retenía el aliento y fingía dormir, esperando que sus dedos se acercaran a tocarme. Parecía transcurrir una eternidad sin que nada ocurriera. Oía el crujido de su cama cuando se acostaba, seguido al cabo de un rato por el sonido regular de sus ronquidos. Solo entonces tenía la certeza de que estaba dormido.

Se convirtió en otro hombre. Ya no leía antes de dormirse, ni se vestía con el jubón y el caftán. Se compró un traje y una corbata, consiguió un empleo en un ministerio y se casó con una hija de su profesor de Al-Azhar.

Me envió a la escuela secundaria y me llevó a su nueva casa, donde viviría con él y su esposa. Ella era una mujer baja y gruesa de tez clara. Su cuerpo pesado se balanceaba al andar, con el movimiento bamboleante de un pato bien alimentado. Hablaba con voz suave, pero no amable, sino con una suavidad nacida de una cruel dureza. Tenía los ojos grandes y negros, con una vitalidad extinguida que solo había dejado, como único rastro, dos charcos de oscura, amodorrada indiferencia.

Nunca le lavaba los pies a mi tío y él jamás le pegaba, ni le levantaba la voz. La trataba con suma amabilidad, pero con la peculiar cortesía, desprovista de auténtico respeto, que reservan los hombres para las mujeres. Yo intuía que su esposa le inspiraba más temor que cariño y que era una mujer de una clase social más alta que la suya. Cuando su padre o alguna otra persona de su familia venía de visita, mi tío compraba carne o pollo y la casa resonaba con su risa. En

cambio, cuando iba a vernos la tía de mi tío, vestida con sus floreadas prendas de campesina y con las manos agrietadas que asomaban por el extremo de sus largas mangas, él se refugiaba en un rincón sin dirigirle una palabra o ni siquiera una sonrisa.

Su tía se sentaba a mi lado en la cama y lloraba quedamente, mientras me comentaba cuánto lamentaba haber vendido su collar de oro para pagarle los estudios en Al-Azhar. Por la mañana, vaciaba su cesta de los pollos, huevos y tortas de pan que había traído, se la colgaba al brazo y se marchaba. Yo le decía:

—Quédate un día más con nosotros, abuela. —pero mi tío nunca le decía nada, ni tampoco su mujer.

Cada día iba a la escuela y al regresar barría la casa, fregaba el suelo y lavaba los platos y la ropa. La mujer de mi tío solo se ocupaba de cocinar y dejaba las ollas y sartenes sucias para que yo me encargara de fregarlas. Más adelante, mi tío llevó a la casa como criada a una niña que dormía en mi cuarto. La cama estaba reservada para mí y ella dormía en el suelo. Una noche fría la invité a dormir conmigo en la cama, pero cuando la mujer de mi tío entró en el cuarto y nos vio, le dio una tunda. Luego también me pegó a mí.

* * *

Un día al regresar de la escuela, mi tío empezó a mirarme con muy malos ojos. Su esposa también parecía compartir su disgusto y continuó enfurruñada hasta que él decidió sacarme de la casa, con mis ropas y mis libros, y me puso interna en el colegio. A partir de aquel día, me quedé a dormir allí por las noches. Cada fin de semana, los padres, las madres y otros familiares de las chicas iban a verlas o se las llevaban a pasar el jueves y el viernes en sus casas. Yo me asomaba por encima del alto muro y las veía partir, siguiendo con la mirada a la gente y observando la agitación en la calle, como una prisionera condenada a contemplar la vida desde el otro lado del alto muro de una cárcel.

Aun así, acabé encariñándome con el colegio. Siempre había nuevos libros y nuevas materias que estudiar y chicas de mi edad con quienes solía compartir el estudio. Nos contábamos nuestras vidas, intercambiábamos secretos y nos revelábamos las profundidades de nuestro ser. Nadie podía molestarnos allí, salvo la supervisora que recorría sigilosamente el internado caminando de puntillas, espiándonos día y noche e intentando escuchar qué decíamos. Incluso mientras dormíamos, seguía controlando con ojo vigilante todos nuestros movimientos, siguiéndonos en nuestros sueños. Si alguna suspiraba o emitía el menor sonido, o hacía el más leve movimiento en su sueño, se abalanzaba sobre ella cual ave de presa.

Allí tenía una amiga que se llamaba Wafiya. Su cama estaba al lado de la mía. Cuando se apagaban las luces, acercaba mi cama a la suya y nos quedábamos charlando hasta medianoche. Ella me hablaba de un primo de quien estaba enamorada y que también la quería, y yo le hablaba de mis esperanzas para el futuro. No tenía nada que contar sobre mi pasado o mi infancia y ningún amor, ni nada parecido, en el presente. Solo podía hablarle, por tanto, de cosas relacionadas con el futuro. Este aún me pertenecía y podía pintarlo con los colores que quisiera. Todavía era mío y podía decidir libremente sobre él y modelarlo a mi antojo.

A veces imaginaba que sería médica, o ingeniera, o abogada, o jueza. Y un día todo el colegio salió a la calle para participar en una gran manifestación contra el gobierno. Sin saber cómo, me encontré subida en hombros de las chicas mientras gritábamos:

—¡Abajo el gobierno!

* * *

Cuando regresé al colegio tenía la voz ronca, el pelo revuelto y varios desgarrones en la ropa, pero me pasé toda la noche imaginando que era una gran dirigente política o jefa de Estado.

Sabía que las mujeres no eran jefas de Estado, pero sentía que yo no era como las demás mujeres, ni tampoco como las otras chicas a las que tenía cerca, que no paraban de hablar de amor o de hombres. Yo nunca mencionaba esos temas. Por alguna razón, no me interesaban las cosas que ocupaban sus pensamientos y me parecía trivial lo que ellas consideraban importante.

Una noche, Wafiya me preguntó:

—¿Te has enamorado alguna vez, Firdaus?

—No, Wafiya. Nunca he estado enamorada —le contesté. Se me quedó mirando con asombro y exclamó:

—¡Qué raro!

—¿Por qué lo encuentras raro? —le pregunté.

—Hay algo en tu aspecto que hace pensar que estás enamorada.

—¿Pero qué puede haber en el aspecto de una persona que indique que está enamorada?

—No lo sé —dijo ella, meneando la cabeza—. Pero intuyo que tú, en particular, eres una persona que no podría vivir sin amor.

—Pues ahora vivo sin amor.

—Entonces estás viviendo una vida falsa o no vives en absoluto.

En cuanto hubo pronunciado la última palabra, cayó profundamente dormida, mientras yo permanecía con los ojos abiertos, mirando fijamente la oscuridad. Poco a poco comenzaron a

brotar de la noche distantes imágenes semiolvidadas. Vi a Muhammadain tumbado en el lecho de paja bajo el cobertizo. El olor de la paja me inundó la nariz y sentí avanzar el contacto de sus dedos sobre mi cuerpo. Todo mi cuerpo se estremeció con un distante pero familiar placer que brotaba de una fuente desconocida, de un punto indefinido situado fuera de mí. Y, sin embargo, también yo sentía en algún lugar de mi cuerpo, un suave palpitar que comenzaba como un tierno placer y concluía con un tierno dolor. Intenté aproximarme a él, rozarlo aunque solo fuera un instante, pero se me escapaba como si fuera aire; como una ilusión o un sueño que se aleja y se desvanece. Lloré en sueños como si lo estuviera perdiendo en aquel instante, como si por primera vez experimentase esa pérdida; no como algo que ya había perdido mucho tiempo atrás.

Las noches en el colegio eran largas y los días todavía más. Terminaba de estudiar mis lecciones horas antes del último toque de campana nocturno. Así fue como descubrí que el colegio tenía una biblioteca. Un cuarto descuidado junto al patio trasero, con estantes desvencijados y una espesa capa de polvo sobre los libros. Sacudía el polvo con un trapo amarillo, me sentaba en una silla rota bajo la débil luz de una lámpara y leía.

Llegué a amar los libros porque en cada uno de ellos aprendía algo nuevo. Así fui sabiendo cosas sobre los persas, los turcos y los árabes. Leí descripciones de los crímenes cometidos por reyes y gobernantes, sobre guerras, pueblos, revoluciones y sobre las vidas de los revolucionarios. Leía relatos románticos y poemas de amor. Pero prefería los libros a los gobernantes. Leí la historia de uno que tenía tantas sirvientas y concubinas como soldados en su ejército y sobre otro cuyas únicas aficiones en la vida eran el vino, las mujeres y azotar a sus esclavos y esclavas. Otro sentía escaso interés por las mujeres, pero disfrutaba guerreando, matando y torturando a otros hombres. Otro de esos gobernantes era amante de la comida y el dinero y su afán de atesorar riquezas no tenía límite. Otro, aún, estaba tan pagado de sí mismo y de su grandeza que a sus ojos no parecía existir nadie más en el país. También había otro tan obsesionado por el temor a las conjuras y conspiraciones que dedicaba todos sus esfuerzos a distorsionar la historia e intentar engañar a su pueblo.

Descubrí que todos esos gobernantes eran hombres. Todos tenían en común una personalidad avarienta y distorsionada, un insaciable apetito de dinero, sexo y poder ilimitado. Eran hombres que propagaron la corrupción en la tierra y expoliaron a sus pueblos, hombres que sabían hacerse escuchar, con dotes de persuasión, hábiles en las artes de pronunciar dulces palabras y disparar flechas envenenadas. Por eso, la verdad sobre ellos no se desvelaba hasta después de muertos y, en consecuencia, como pude observar, la

historia tendía a repetirse con absurda tenacidad.

En la biblioteca se recibían regularmente diarios y revistas. Adquirí la costumbre de leer todos sus artículos y mirar las fotografías. Y así pude descubrir, con bastante frecuencia, la foto de alguno de esos gobernantes sentado en medio de la congregación para participar en las oraciones del viernes por la mañana. Permanecía con los párpados entrecerrados, mirando a través de ellos con expresión de gran humildad, como un hombre profundamente conmovido. Pero yo advertía que estaba intentando engañar a Alá, igual que engañaba al pueblo. Lo rodeaba un grupo de miembros de su séquito, que inclinaban la cabeza, asintiendo con admiración a cuanto se decía, invocando la bendición de Alá y su eterna majestad en apagados tonos guturales, frotándose las manos, observando cuanto ocurría a su alrededor con mirada desconfiada, recelosa, furtiva, prontos a atacar, rebosantes de una agresividad rayana con el servilismo.

Podía verlos orando fervientemente por las almas de los mártires de la nación que perdieron su vida como consecuencia de la guerra, el hambre o las epidemias. Seguía el movimiento de sus cabezas cuando se inclinaban hacia el suelo y de las nalgas al levantarse, gordas nalgas redondeadas, repletas de carne y de miedo. Cuando pronunciaban la palabra «patriotismo», comprendía en el acto que en el fondo de su corazón no temían a Alá y que en el fondo de sus pensamientos el patriotismo significaba la muerte de los pobres en defensa de la tierra de los ricos, de la tierra de esos hombres, pues sabía que los pobres no tienen tierras.

Cuando me cansaba de leer historia, que nunca parecía cambiar, y de encontrarme siempre con los mismos consabidos artículos, con las mismas fotos, que parecían todas iguales, bajaba a sentarme a solas en el patio. A menudo la noche estaba oscura, sin luna y sin la luz de su resplandor, y ya hacía rato que la última campanada había desgranado su última nota, dejando un profundo silencio tras sí. Todas las ventanas permanecían cerradas a mi alrededor y todas las luces se habían apagado, pero yo continuaba sentada a solas en la oscuridad, cavilando sobre muchas cosas. ¿Qué sería de mí en los años venideros? ¿Iría a la universidad? ¿Accedería mi tío a enviarme a estudiar allí?

Una noche, una profesora me encontró ahí sentada. Primero se asustó al divisar un bulto inmóvil que parecía una forma humana sentada en la oscuridad. Antes de aproximarse, gritó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Firdaus —respondí asustada, con un hilo de voz.

Se acercó un poco y entonces me reconoció y pareció sorprendida, pues yo era una de las mejores alumnas de su clase y las buenas alumnas solían acostarse en cuanto sonaba el último toque de

campana nocturno.

Le dije que me sentía un poco tensa y no podía dormir, y entonces se sentó a mi lado. Se llamaba Iqbal. Era bajita y regordeta, con largos cabellos negros y ojos oscuros. A pesar de la oscuridad, podía ver sus ojos posados en mí, mirándome, observándome. Cada vez que volvía la cabeza, ellos me seguían, se aferraban a mí, reteniéndome, negándose a soltarme. Incluso después de cubrirme la cara con las manos, parecieron traspasarlas para mirarme a los ojos.

Sin saber cómo, me eché a llorar. Las lágrimas empezaron a deslizarse por mi cara tras la pantalla de las manos. Ella me cogió ambas manos, apartándolas de mi rostro, y le oí decir:

—Firdaus, Firdaus, no llores, por favor.

—Déjeme llorar —le dije.

—Nunca te había visto llorar antes. ¿Qué te ha pasado?

—Nada, no me ha pasado nada.

—Es imposible. Tiene que haber ocurrido algo.

—No, señorita Iqbal, no ha pasado nada.

—¿Entonces lloras sin ningún motivo? —había un tono de asombro en su voz.

—No sé cuál es el motivo. No me ha ocurrido nada nuevo.

Permaneció sentada a mi lado en silencio. Pude ver sus ojos negros con la mirada perdida en la noche y el brillo de las lágrimas que empezaban a acumularse. Apretó los labios y tragó saliva con fuerza y de pronto la luz de sus ojos se apagó. Una y otra vez volvieron a resplandecer brevemente, para apagarse de nuevo al instante, como llamas sofocadas en medio de la noche. Pero por fin llegó un momento en que cuando volvió a apretar los labios y a tragar con fuerza, su esfuerzo fue en vano, pues dos lágrimas continuaron suspendidas en sus ojos. Las vi caer sobre su nariz y deslizarse lentamente por ambos lados a lo largo de las mejillas. Se cubrió la cara con una mano, sacó un pañuelo con la otra y se sonó la nariz.

—¿Está llorando, señorita Iqbal? —le pregunté.

—No —respondió, luego escondió el pañuelo, tragó saliva y me sonrió.

A nuestro alrededor se extendía profunda la noche, silenciosa, inmóvil, sin un solo rumor ni el menor movimiento en ninguna parte. Todo permanecía envuelto en una absoluta oscuridad, a través de la cual no lograba filtrarse ni un rayo de luz, pues no había luna ni sol en el cielo. Tenía el rostro vuelto hacia ella y los ojos fijos en los suyos: dos aros de blanco puro en torno a dos círculos de un negro intenso, que me miraban a su vez. Mientras continuaba contemplándolos, el blanco pareció volverse más blanco y el negro aún más negro, como si una luz fluyera a través de ellos desde un foco mágico desconocido,

que no estaba en la tierra ni en el cielo, pues el manto de la noche cubría la tierra y en el cielo no había sol ni luna para darles luz.

Retuve la visión de sus ojos en mi pensamiento y le estreché la mano. Cuando nuestras manos entraron en contacto me embargó una sensación extraña, inesperada. Una sensación que hizo estremecer mi cuerpo con un profundo, distante placer, más distante que los años de mi vida recordada, más profundo que la conciencia que había transportado conmigo durante todo ese tiempo. La experimenté en algún lugar indefinido, como una parte de mi ser que había nacido conmigo cuando vine al mundo, pero que no me había acompañado luego al crecer, como una parte de mi ser que en otro tiempo había conocido, pero que había dejado atrás al nacer. Una brumosa conciencia de algo que podría haber sido, pero que jamás llegó a vivir.

En aquel instante me vino a la memoria un recuerdo. Mis labios se separaron para decir algo, pero no me salió la voz, como si nada más recordarlo ya lo hubiese olvidado. El corazón me dio un vuelco, abrumado por su angustiado, frenético palpitar ante la evocación de algo precioso que estaba a punto de perder o que acababa de perder para siempre. Mis dedos se aferraron a su mano con tal violencia que ninguna fuerza en el mundo, por poderosa que fuese, habría sido capaz de separarla de mí.

* * *

A partir de aquella noche, cada vez que nos cruzábamos, mis labios se separaban para decir algo que nada más recordarlo, enseguida volvía a olvidar. Mi corazón latía asustado o con una emoción parecida al temor. Quería tenderle la mano y coger la suya, pero ella entraba en el aula y volvía a salir una vez finalizada la clase sin parecer percatarse de mi presencia. Cuando por casualidad me dirigía la mirada, siempre lo hacía como si mirase a cualquier otra de sus alumnas.

En la cama, antes de dormirme, me preguntaba:

—¿Lo habrá olvidado la señorita Iqbal?

Al oírlo, Wafiya acercaba su cama a la mía y me interrogaba:

—¿Qué habrá olvidado?

—No lo sé, Wafiya.

—Vives en un mundo de fantasía, Firdaus.

—No es cierto, Wafiya. Ocurrió de verdad, ¿sabes?

—¿Qué ocurrió? —quería saber ella.

Intenté explicarle lo que había sucedido, pero no sabía cómo describirlo o, para ser más exacta, no sabía qué decirle. Como si fuera incapaz de recordar lo ocurrido o como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

Cerré los ojos e intenté rememorar la escena. Poco a poco empezaron a aparecer dos círculos de un negro intenso rodeados de dos aros de un blanco purísimo. Cuanto más los miraba, más grandes se hacían, expandiéndose ante mis ojos. El círculo negro siguió creciendo hasta alcanzar el tamaño de la tierra y el aro blanco se amplió hasta convertirse en una masa deslumbrante, grande como el sol. Mis ojos se zambulleron en el negro y en el blanco hasta que, cegados por su intensidad, fueron incapaces de seguir distinguiéndolos el uno del otro. Las imágenes empezaron a confundirse ante mis ojos. Ya no era capaz de distinguir el rostro de mi padre del de mi madre, el de mi tío del de Muhammadain, el de Iqbal del de Wafiya. Abrí los ojos aterrada, temiendo quedarme ciega en cualquier momento. Alcancé a distinguir en la oscuridad el contorno de la cara de Wafiya ante mí. Seguía despierta y oí que me preguntaba:

—Firdaus, ¿estás enamorada de la señorita Iqbal?

—¿Quién, yo? —exclamé asombrada.

—Sí, tú. ¿Quién si no?

—Eso nunca, Wafiya.

—¿Entonces por qué hablas de ella todas las noches?

—¿Que yo hablo de ella? Eso no es cierto. Siempre exageras, Wafiya.

—La señorita Iqbal es una profesora excelente —comentó ella.

—Sí —asentí—, pero es una mujer. ¿Cómo podría estar enamorada de una mujer?

Faltaban solo unos pocos días para el examen final. Wafiya ya no me hablaba de su enamorado y la campana nocturna ya no sonaba tan temprano como antes. Cada noche me quedaba trabajando hasta tarde en la sala de estudios con Wafiya y las otras chicas. La supervisora del internado entraba de vez en cuando para controlar cómo estudiábamos, igual que antes solía inspeccionar cómo dormíamos y hasta cómo soñábamos. En cuanto alguna levantaba la vista para tomarse un respiro o para relajar la nuca, en el acto aparecía como por ensalmo y la chica volvía a inclinar de inmediato la cabeza sobre el libro.

Me gustaban las clases y disfrutaba estudiando, a pesar de la incesante vigilancia de la supervisora y otras cosas. Cuando se supieron los resultados del examen final, me dijeron que había sido la segunda del colegio y la séptima en todo el país. La noche en que repartieron los certificados, se celebró una ceremonia especial para conmemorar la ocasión. La directora anunció mi nombre en el gran salón repleto de madres, padres y otros familiares de las chicas, pero nadie se adelantó a recibir el certificado. La directora volvió a pronunciar mi nombre. Intenté levantarme, pero las piernas no me

sostenían. Desde mi sitio, exclamé:

—Presente.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí y todos los ojos miraron en mi dirección, incontables pares de ojos, que se transformaron bajo mi mirada en innumerables aros blancos en torno a innumerables círculos negros, se volvieron en un giro concertado para posarse fijamente sobre los míos.

La directora me ordenó con voz enérgica:

—No responda desde su asiento. ¡Levántese!

Comprendí que me había puesto de pie cuando los aros blancos y los círculos negros se elevaron al unísono para posarse otra vez sobre mis ojos.

La directora volvió a hablar y preguntó con voz sonora, que retumbó en mis oídos con más fuerza que ninguna de las voces que había escuchado anteriormente en mi vida:

—¿Dónde está su tutor?

Un denso silencio cayó sobre el salón de actos, un silencio que parecía dotado de resonancia propia. El aire vibró con un extraño sonido y el compás rítmico de la respiración de muchos pechos llegó hasta mí, en el fondo de la sala repleta. Las cabezas volvieron a su posición normal y me encontré contemplando una sucesión de hileras de espaldas erguidas en sus filas de asientos.

Dos ojos, solo un par de ojos se posaron fijamente en los míos. Por mucho que intentase desviar la mirada o mover la cabeza, seguían firmemente posados sobre mí, sin soltarme. Todo había quedado envuelto en una creciente oscuridad, en medio de la cual ya no lograba vislumbrar el menor destello de luz, salvo dos ojos negros como el carbón circundados por dos aros de deslumbrante blancura. Cuanto más los miraba, más intensos se volvían el negro y el blanco, como si estuviesen impregnados de luz procedente de un foco mágico, pues la sala de actos estaba totalmente a oscuras y afuera la noche parecía de carbón líquido.

Tuve la impresión de coger su mano a tientas en la oscuridad o de que ella palpaba entre las sombras para coger la mía. El repentino contacto hizo estremecer mi cuerpo con un dolor tan intenso que casi parecía un placer o un placer tan intenso que rayaba con el dolor. Fue un placer remoto, profundamente enterrado en un lugar tan distante que parecía brotar de un tiempo muy lejano, más lejano que el alcance de mi memoria, más remoto que los años de mi trayectoria recordada por la vida. Como algo que nada más recordarlo, enseguida volvió a perderse en el olvido, como si en el pasado hubiese ocurrido solo una vez para perderse de inmediato en la infinidad de los tiempos, o como si nunca hubiese llegado a ocurrir.

Separé los labios dispuesta a contárselo todo, pero ella me susurró:

—No digas nada, Firdaus.

Me cogió de la mano y me condujo a través de las hileras de gente hasta que por fin subimos a la tarima donde aguardaba la directora de pie. Cogió mi certificado y firmó para dejar constancia de que también había recibido mi certificado de méritos. La directora leyó en voz alta las notas que había recibido en cada asignatura y escuché un murmullo en la sala, que parecía un aplauso. La directora me tendió la mano con una caja envuelta en papel de colores y atada con una cinta de seda verde. Intenté extender el brazo, pero no conseguí moverlo. Alcancé a ver que la señorita Iqbal se acercaba otra vez a la directora. Cogió el paquete de sus manos y luego me condujo de nuevo entre las hileras de gente hasta el asiento que ocupaba antes. Me senté, puse el certificado sobre mi regazo y encima apoyé la caja.

* * *

Había finalizado el curso escolar. Los padres y tutores fueron llegando para llevarse a las chicas a sus casas. La directora le envió un telegrama a mi tío y a los pocos días se presentó en el colegio para recogerme. No había visto a la señorita Iqbal desde la noche de la ceremonia. Ese mismo día, cuando sonó la campana que anunciaba el momento de apagar las luces, incapaz de dormirme, bajé sigilosamente al patio y me senté a solas en la oscuridad. Cada vez que escuchaba un sonido a lo lejos o percibía algún movimiento, escudriñaba a mi alrededor. Cerca de la entrada vi agitarse de pronto una forma, más o menos del tamaño de una persona. Me incorporé de un brinco. Mi corazón latía desbocado y se me subió la sangre a la cabeza. Me pareció ver avanzar hacia mí la sombra que acababa de divisar. Lentamente, eché a andar a su encuentro. Mientras avanzaba, observé que todo mi cuerpo estaba bañado en sudor, hasta las raíces de mi pelo y las palmas de mis manos. Sola en la oscuridad, sentí un leve estremecimiento de miedo. Quise gritar: «Señorita lqbal», pero solo me salió un tenue susurro que no alcanzó ni siquiera mis propios oídos. Al no oír nada, se acrecentó mi temor. Pero entre las sombras seguía alzándose una forma del tamaño de un cuerpo humano.

—¿Quién está ahí? —grité con voz alta y sonora, que esa vez llegó claramente a mis oídos.

El sonido de mi propia voz me despertó de lo que parecía ser un sueño, como una persona que acaba de hablar en voz alta dormida. La oscuridad pareció disiparse un poco para revelar un muro bajo de ladrillos sin enlucir más o menos de la altura de una persona de estatura media. Ya había visto otras veces ese muro, pero por breves segundos me pareció como si acabaran de construirlo en ese mismo

instante.

Antes de abandonar el colegio para siempre, estuve buscando a mi alrededor, escudriñando incesantemente las paredes, las ventanas, las puertas, con la esperanza de que en algún lugar se abriera de pronto un resquicio para revelarme sus ojos, contemplándome por un instante, o su mano esbozando un gesto común de despedida. La busqué frenéticamente, sin respiro. A cada instante, perdía las esperanzas, solo para volver a recuperarlas momentos después. Paseaba impaciente la mirada de arriba abajo y de un lado a otro. Una profunda emoción agitaba mi pecho. Antes de cruzar la puerta de la calle le imploré a mi tío:

—Esperemos solo un minuto más, por favor.

Instantes después me encontré siguiéndolo hacia la calle. La puerta ya se había cerrado a nuestras espaldas, pero yo continué volviendo la mirada atrás durante un buen rato, como si hubiera de abrirse bruscamente de nuevo o como si aún tuviera la certeza de que alguien permanecía de pie al otro lado y podía abrirla en cualquier instante.

* * *

Seguí a mi tío con paso cansino, con la imagen de esa puerta cerrada grabada en el pensamiento. Seguí viéndola ante mí durante las comidas, cada vez que bebía o cuando me acostaba para dormir. Sabía que estaba de vuelta en casa de mi tío. La mujer que vivía con él era su esposa y las criaturas que correteaban por la casa eran sus hijos e hijas. En esa casa no había lugar para mí, salvo en el diván, un pequeño camastro de madera instalado en el comedor, pegado a la delgada pared que lo separaba del dormitorio. Cada noche podía oírles susurrar en voz baja al otro lado de la pared medianera.

—No es fácil encontrar trabajo solo con un certificado de enseñanza secundaria hoy en día.

—¿Qué sabe hacer entonces?

—Nada. En esos colegios no les enseñan nada. Debería haberla enviado a una escuela de comercio.

—De nada sirve ya hablar de lo que deberías haber hecho. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Puede quedarse con nosotros hasta que consiga encontrarle un empleo.

—Podrían pasar años. La casa es pequeña y la vida está cara. Come el doble que cualquiera de nuestros hijos.

—Te ayuda en la casa y con los niños.

—Tenemos a la criada y yo cocino. No la necesitamos.

—Pero podría aliviar tu trabajo si te ayuda en la cocina.

—No me gusta que cocine. Ya sabes, señor mío, que en la cocina todo depende del toque que le des a la comida. Y no me gusta su manera de cocinar, y a ti tampoco. ¿Recuerdas la *bamiya* que nos preparó? Me dijiste que no era como la que estás acostumbrado a comer cuando la preparo yo con mis propias manos.

—Si ella ocupa el lugar de Saida, podemos ahorrarnos el sueldo de la chica.

—No podrá sustituir a Saida. Saida es rápida y ligera, y trabaja con esmero. Además, tampoco es aficionada a comer demasiado ni a dormir largas horas. En cambio, todos los movimientos de esta chica son lentos y pesados. Es fría y no pone interés en nada.

—¿Qué haremos con ella entonces?

—Podríamos librarnos de ella enviándola a la universidad. Podría vivir en la residencia estudiantil de señoritas.

—¿A la universidad? ¿A un lugar donde se sentará al lado de los hombres? ¡¿Pretendes que un jeque respetado y un hombre religioso como yo envíe a su sobrina a un lugar donde se mezclará con hombres?! Además, ¿de dónde sacaremos el dinero para pagar la pensión y sus libros y ropas? Sabes muy bien cuánto ha subido el coste de la vida últimamente. Los precios se han disparado, mientras a los funcionarios públicos solo nos han subido unos milimes los salarios.

—Acabo de tener una idea estupenda, mi señor.

—¿Cuál es?

—Mi tío, el jeque Mahmud, es un hombre virtuoso. Tiene una buena pensión y ningún hijo y ha estado viviendo solo desde que murió su esposa hace un año. Si se casa con Firdaus, le ofrecerá una buena vida, y él podrá disponer a cambio de una esposa obediente, que lo servirá y aliviará su soledad. Firdaus ya es mayor, señor mío, y debe casarse. Puede ser peligroso para ella continuar sin marido. Es una buena chica, pero el mundo está lleno de bribones.

—Estoy de acuerdo contigo, pero el jeque Mahmud es demasiado viejo para ella.

—¡Quién dice que es viejo! Solo se ha jubilado este año y Firdaus tampoco es ya tan joven. Las chicas de su edad ya llevan años casadas y tienen varios hijos. Un hombre viejo, pero digno de confianza, es preferible sin duda a uno joven que la trate de manera humillante o que le pegue. Ya sabes cómo son los jóvenes de hoy.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero no debes olvidar la visible deformidad de su cara.

—¿Deformidad? ¿Quién habla de deformidad? Además, señor mío, como dice el refrán: «El único defecto en un hombre es un bolsillo vacío».

—¿Y si Firdaus se niega a aceptarlo?

—¿Por qué iba a negarse? No encontrará mejor oportunidad de casarse. Acuérdate de la nariz que tiene. Grande y fea como un cubilete de hojalata. Además, no ha heredado nada y no dispone de rentas propias. Jamás encontraremos un marido mejor para ella que el jeque Mahmud.

—¿Crees que el jeque Mahmud se avendrá a la idea?

—Estoy segura de que aceptará si hablo con él. Pienso pedirle una buena dote.

—¿De cuánto?

—Cien libras o quizás hasta doscientas, si las tiene.

—Si nos paga cien libras, Alá habrá sido ya muy generoso con nosotros y sería codicioso pedir más.

—Empezaré pidiéndole doscientas. Ya sabes que es un hombre capaz de discutir durante horas por cinco milimes y dispuesto a deslomarse por una piastra.

—Si acepta pagar cien libras ya será suficiente bendición de Alá. Podré pagar mis deudas y comprarme ropa interior, además de un par de vestidos para Firdaus. No podemos casarla con las ropas que lleva.

—De todos modos, no tendrás que preocuparte por el ajuar o los muebles y utensilios de la novia. En casa del jeque Mahmud ya hay de todo y los muebles que dejó su difunta esposa son sólidos y de buena calidad, mucho mejores que las basuras que venden ahora.

—Desde luego. Lo que dices es muy cierto.

—Podría jurar por Alá, señor mío, que el Señor debe apreciar de verdad a tu sobrina, que en verdad podrá considerarse afortunada si el jeque Mahmud acepta casarse con ella.

—¿Tú crees que aceptará?

—¿Y por qué iba a negarse? Este matrimonio le permitirá emparentar con un jeque respetado y un hombre de religión. ¿No te parece motivo suficiente para que acoja con agrado la propuesta?

—A lo mejor tiene proyectado casarse con una mujer de familia rica. Ya sabes cómo idolatra la piastra.

—¿Te consideras un hombre pobre acaso, mi señor? Nuestra situación es mucho más desahogada que la de muchísimas personas. Loado sea Alá por cuanto nos ha dado.

—Ciertamente debemos gratitud a Alá por cuanto nos ha concedido. Lo alabaremos y bendeciremos eternamente su nombre. En verdad, debemos dar gracias de todo corazón a Alá todopoderoso.

Tumbada en mi camastro, lo oí besar su mano varias veces seguidas mientras repetía:

—En verdad, debemos dar gracias de todo corazón a Alá todopoderoso.

Casi podía verlo besando la palma de su mano y volviéndola luego

para estampar un segundo beso en el dorso. El chasquido del par de besos llegó repetidamente a mis oídos a través de la delgada pared medianera y al poco rato volvió a sonar el contacto de sus labios sobre la mano de su esposa, o tal vez sobre su brazo o su pierna, pues comencé a escuchar sus protestas:

—No, señor, no. —mientras intentaba sustraer el brazo, o la pierna, a sus caricias.

A continuación se oyó la voz de él, que murmuraba quedamente, con suavidad, casi como otra breve sucesión de besos:

—¿No qué, mujer?

La cama crujió bajo su peso y hasta mis oídos empezó a llegar su jadeo irregular, mientras la voz de ella protestaba de nuevo:

—No, señor, no, por el amor del Profeta. No, esto es pecado.

Entonces él replicó con voz ahogada:

—¿Pero qué dices?, mujer… ¿Qué pecado, y qué Profeta? Soy tu marido y tú eres mi esposa.

La cama crujió más ruidosamente aún bajo el peso de los dos gruesos cuerpos enzarzados en combate, acercándose y separándose alternativamente en un movimiento continuo, lento y pesado al principio, luego progresivamente más rápido, hasta alcanzar un ritmo extrañamente frenético que hizo temblar la cama, y el suelo, y la pared que nos separaba, y hasta el diván donde yo yacía. Sentí vibrar mi cuerpo con el diván, mi respiración se hizo más rápida, hasta que al cabo de un rato yo también comencé a jadear con el mismo extraño frenesí. Luego, cuando sus movimientos se calmaron y su respiración fue haciéndose pausada otra vez, yo también comencé a serenarme poco a poco. Mi respiración recuperó su ritmo normal y me quedé dormida con el cuerpo bañado en sudor.

* * *

La mañana siguiente preparé el desayuno para mi tío. Cada vez que me acercaba para ofrecerle un vaso o un tazón de agua levantaba los ojos para mirarme, pero yo volvía la cara para rehuir su mirada. Esperé que se marchara, luego me agaché y cogí los zapatos de debajo del camastro de madera, me los calcé y me puse el vestido. Abrí mi bolsa, doblé mi camisón y lo metí dentro, encima puse mi certificado escolar y mi certificado de mérito y luego la cerré. La mujer de mi tío estaba en la cocina preparando la comida, y Saida, la criada, estaba dando de comer a los niños en su cuarto. En ese momento, entró Hala, la menor de mis primas. Sus ojos negros me miraron asombrados al ver mi vestido, los zapatos y el bolso. Todavía no había aprendido a hablar y, como no sabía pronunciar mi nombre, solía llamarme

«Daus». Era la única de las criaturas que me sonreía y cuando estaba sola en el cuarto, se me acercaba y se subía al diván y me decía:

—Daus, Daus.

Yo le acariciaba el pelo y le respondía:

—Sí, Hala.

—Daus, Daus —repetía ella y se reía, y luego intentaba hacerme jugar con ella. Pero enseguida se oía la voz de su madre que la llamaba desde fuera y ella saltaba rápidamente del diván y se alejaba tambaleándose sobre sus piernecitas.

Los ojos de Hala comenzaron a pasearse rápidamente de mis zapatos a mi vestido y mi bolso y vuelta a empezar. Agarrada al borde de mi vestido, repetía una y otra vez:

—Daus, Daus.

—Volveré enseguida, Hala —le susurré al oído.

Pero no conseguí hacerla callar. Sus dedos se aferraron a mi mano, mientras seguía repitiendo:

—Daus, Daus.

Le di una foto mía para distraerla, abrí la puerta del piso, salí de la casa y volví a cerrarla sin hacer ruido. Pude oír su voz que me llamaba desde el otro lado de la puerta:

—Daus, Daus.

Mis pies bajaron la escalera a toda prisa, pero su voz siguió resonando en mis oídos hasta que llegué abajo y salí a la calle. Mientras me alejaba por la acera, todavía podía oírla en algún lugar a mis espaldas. Volví la cabeza, pero no vi a nadie.

Eché a andar por la calle como había hecho muchas otras veces, pero aquel día sentía algo distinto, pues no me dirigía a ningún lugar concreto. En realidad, no tenía idea de adónde me conducirían mis pasos. Miraba las calles como si las viera por primera vez. Un nuevo mundo se abrió ante mis ojos, un mundo que hasta entonces no había existido para mí. Quizá siempre había estado ahí, siempre había existido, pero yo jamás lo había visto, jamás había advertido su presencia.

¿Cómo era posible que hubiese permanecido ciega a su existencia durante todos esos años? Un tercer ojo parecía habérseme abierto de pronto en la cabeza. Veía avanzar por las calles una multitud de gente en un flujo incesante, algunas personas a pie, otras en autobús o en coche. Todas presurosas, en veloz movimiento, indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor. Nadie se fijó en mí, sola en mitad de la calle. Y como no me prestaban atención, tuve oportunidad de observarlas detenidamente. Algunas de las gentes que caminaban por la calle llevaban ropas harapientas, en jirones, y zapatos gastados. Tenían la cara pálida y ojos apagados, resignados, abrumados, con un dejo de

tristeza y de preocupación. En cambio, quienes iban en coche tenían los hombros anchos y llenos y las mejillas carnosas y redondas. Miraban desde el otro lado de las ventanillas con ojos recelosos, desconfiados, furtivos, ojos dispuestos a atacar y llenos de agresividad, curiosamente rayana, sin embargo, en lo servil. No alcanzaba a distinguir los rostros ni los ojos de quienes viajaban en los autobuses, solo sus cabezas y sus espaldas muy apretadas unas contra otras, que ocupaban todo el espacio del vehículo y se desbordaban por los escalones y el techo. Cuando el autobús se detenía en una parada o frenaba un poco, alcanzaba a divisar las caras amarillentas, brillantes de sudor, y los ojos saltones, con una cierta expresión de temor.

Me sorprendió el gran número de personas que llenaban las calles por todas partes, pero todavía me asombró más su manera de moverse, como criaturas ciegas incapaces de verse ni de ver a nadie. Mi sorpresa fue aún mayor cuando de repente advertí que me había convertido en una más de ellas. Este descubrimiento me embargó de una sensación que al principio me resultó muy placentera, pero al poco rato se transformó, como la admiración de una criatura cuando por primera vez abre los ojos para contemplar el mundo a su alrededor y al cabo de un instante comienza a berrear, al sentirse inmersa en un nuevo entorno desconocido para ella hasta entonces.

Cuando cayó la noche y todavía no había logrado encontrar un lugar donde pasar las largas horas hasta el amanecer, sentí brotar un grito de pánico en algún lugar profundo de mi ser. Estaba exhausta y el hambre torturaba mi estómago. Recosté la espalda contra un muro y me quedé un rato así, mirando a mi alrededor. Frente a mí veía la vasta extensión de la calle, ancha como el mar. Y ahí estaba yo, apenas un guijarro que alguien había arrojado a sus aguas, dejándome arrastrar por la corriente, entre las multitudes que viajaban en autobús o en coche o que caminaban por las aceras, con ojos ciegos, incapaces de ver nada ni a nadie. Cada minuto, millares de ojos pasaban frente a mí, pero yo seguía sin existir para ellos.

De pronto descubrí un par de ojos en medio de la oscuridad o más bien advertí que avanzaban muy lentamente hacia mí, cada vez más próximos. Con lenta deliberación, posaron su mirada en mis zapatos, se detuvieron sobre ellos un instante, y luego fueron subiendo poco a poco por mis piernas, mis muslos, mi vientre, mis pechos, mi cuello y por fin se quedaron mirándome fijamente a los ojos, con la misma fría deliberación.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, como el miedo a la muerte o como la muerte misma. Tensé los músculos de la espalda y de la cara para contener el temblor y superar el sentimiento de pánico que se había apoderado de todo mi ser. En fin de cuentas, no me encontraba ante una mano con una navaja o un cuchillo, sino solo

frente a un par de ojos, nada más que un par de ojos. Tragué saliva con dificultad y adelanté una pierna. Conseguí alejar mi cuerpo un par de pasos de esos ojos, pero todavía los sentía sobre mi espalda, atravesándome por detrás. Divisé una pequeña tienda fuertemente iluminada y aceleré el paso para llegar hasta allí. Me metí dentro y me escondí entre el pequeño grupo de gente. Al cabo de unos minutos volví a salir y escudriñé ambos lados de la calle con cautela. Cuando me hube asegurado de que los ojos habían desaparecido, eché a correr a toda prisa por la acera. Solo un pensamiento ocupaba entonces mi mente. Cómo llegar hasta la casa de mi tío lo más rápido posible.

* * *

No sé cómo pude soportar la vida en casa de mi tío después de mi regreso, ni tampoco recuerdo cómo me convertí en la esposa del jeque Mahmud. Solo sé que cualquier cosa que me viera obligada a hacer en el mundo me parecía menos aterradora que la visión de ese par de ojos, con su mirada que me provocaba un temblor frío a lo largo del espinazo cada vez que los recordaba. No tenía la menor idea de qué color tenían, si eran verdes o negros o de algún otro tono. Tampoco recordaba su forma, si eran grandes ojos muy abiertos o solo dos finas hendiduras. Pero cada vez que salía a la calle, de día o de noche, miraba atentamente a mi alrededor como si esperara ver aparecer de repente ese par de ojos de algún agujero en el suelo para alzarse desafiantes ante mí.

Finalmente llegó el día en que tuve que marcharme de casa de mi tío para ir a vivir con el jeque Mahmud. Allí dormía en una cómoda cama en vez de en el camastro de madera. Pero en cuanto tendía mi cuerpo encima para reposar de la fatiga de tener que cocinar y fregar y limpiar la enorme casa con sus cuartos atestados de muebles, el jeque se instalaba de inmediato a mi lado. Tenía más de sesenta años y yo aún no había cumplido los diecinueve. En el mentón, debajo del labio, tenía un gran bulto, con un orificio en el centro. Algunos días el orificio estaba seco, pero otras veces se convertía en un viejo caño oxidado del que supuraban gotas rojas, de un color parecido a la sangre, o de un blanco amarillento, como pus.

Cuando el orificio se secaba, permitía que me besara. Sentía el contacto del bulto sobre mi cara y sobre mis labios como una bolsita o una vejiga llena de fluido grasiento estancado. Pero cuando no estaba seco, apartaba los labios y la cara para rehuir el olor a perro muerto que emanaba de él.

Por las noches, me rodeaba con sus piernas y sus brazos y paseaba su vieja mano rugosa por todo mi cuerpo, como las garras de un hombre famélico rebañando el plato de comida tras muchos años de

verse privado de verdadero alimento, hasta no dejar ni un mendrugo.

No podía comer demasiado. El bulto que tenía en la cara obstaculizaba el movimiento de sus mandíbulas y su estómago de viejo no soportaba el exceso de comida. Sin embargo, aunque solo podía comer pequeñas cantidades, cada vez rebañaba a conciencia el plato, restregándolo una y otra vez con el trozo de pan que sostenía entre los dedos hasta asegurarse de que no quedaba nada. Estaba continuamente pendiente de mi plato mientras yo comía y si dejaba cualquier resto, lo cogía, se lo llevaba a la boca y después de tragárselo, se apresuraba a reprenderme por mi despilfarro. Sin embargo, yo no era propensa a despilfarrar nada y la única comida que dejaba en el plato eran los pocos restos que quedaban adheridos a su superficie y habría sido preciso restregarlo con agua y jabón para hacerlos desaparecer.

Cuando sus brazos y sus piernas me soltaban, me escabullía con cuidado de debajo de su cuerpo y me iba de puntillas al cuarto de baño. Allí me lavaba meticulosamente la cara y los labios, los brazos y los muslos, y todas las partes del cuerpo, procurando no olvidarme ni un resquicio, restregándolo varias veces con agua y jabón.

Se había jubilado de su empleo, no tenía trabajo ni amigos. Nunca salía de casa ni iba a sentarse un rato en un café para evitar tener que pagar un par de piastras por una taza. Se pasaba todo el día en la casa a mi lado o en la cocina, observándome mientras cocinaba o limpiaba. Si dejaba caer el paquete de jabón en polvo o derramaba algunos granos en el suelo, se incorporaba de un salto de la silla y me regañaba por ser tan descuidada. Y si hundía la cuchara un poquito más de lo acostumbrado en la lata al sacar la manteca para cocinar, me gritaba furioso y me hacía notar que su contenido estaba disminuyendo mucho más deprisa de lo debido. Cuando pasaba el basurero, revisaba atentamente los restos del cubo antes de sacarlo al rellano. Un día descubrió unas pocas sobras de comida y empezó a gritarme tan fuerte que todos los vecinos pudieron oírlo. Después de ese incidente, cogió la costumbre de pegarme, con o sin motivo.

Una vez me golpeó por todas partes con el zapato. Me dejó la cara y el cuerpo llenos de cardenales. Después de esa paliza, hui de la casa y me fui donde mi tío. Pero él me dijo que todos los maridos pegaban a sus mujeres y su esposa añadió que su marido también le pegaba a menudo. Repliqué que mi tío era un jeque respetado, bien versado en las enseñanzas religiosas, y que era imposible, por tanto, que tuviera la costumbre de pegar a su mujer. Ella me respondió que precisamente los hombres que conocían bien la doctrina religiosa solían pegar a sus esposas. Los preceptos de la religión autorizaban ese castigo. Una mujer virtuosa no debía quejarse de su marido. Su deber era mostrarle perfecta obediencia.

No supe qué responder. Antes de que la criada empezara a servir la comida, mi tío ya me había llevado de nuevo a casa de mi marido. Cuando llegamos, ya había comido solo. Llegó la noche, pero él no me preguntó si tenía hambre. Cenó solo y en silencio, sin dirigirme una sola palabra. Por la mañana, preparé el desayuno y él se sentó a comer, evitando mirarme. Cuando me senté a la mesa, levantó la vista y se quedó con la mirada fija en mi plato. Yo tenía un hambre espantosa y sentía una urgente necesidad de comer algo, pasase lo que pasase. Acerqué la mano al plato y me llevé un poco de comida a la boca. Pero nada más hacer ese gesto, él se levantó de un salto y empezó a gritarme:

—¿Por qué has vuelto de casa de tu tío? ¿No ha sido capaz de darte de comer ni un par de días? Ahora comprenderás que soy la única persona que está dispuesta a soportarte y a alimentarte. ¿Por qué me rehúyes entonces? ¿Por qué apartas la cara de mí? ¿Acaso soy feo? ¿Huelo mal? ¿Por qué te apartas cada vez que me acerco a ti?

Me saltó encima como un perro rabioso. Del orificio de su bulto supuraban gotas de maloliente pus. Pero esa vez no aparté la cara ni la nariz. Abandoné mi cara a su cara y mi cuerpo a su cuerpo, pasivamente, sin la menor resistencia, sin ningún movimiento, como si se les hubiera escapado la vida, como un trozo de madera seca, o un viejo mueble ignorado en su rincón, o un par de zapatos olvidados bajo una silla.

Un día me golpeó con su grueso bastón hasta que empezó a salirme sangre por la nariz y las orejas. Entonces me marché, pero esa vez no fui a casa de mi tío. Estuve vagando por las calles con los ojos hinchados y la cara amoratada, pero nadie se fijó en mí. La gente pasaba presurosa por mi lado en los autobuses y en coche o a pie. Parecía ciega, incapaz de ver nada. La calle era una extensión infinita, que se abría como el mar ante mis ojos. Yo era solo un guijarro arrojado en sus aguas, zarandeado por las olas, lanzado de un lado a otro, condenado a rodar de aquí para allá hasta quedar abandonado en algún rincón de la costa. Al cabo de un rato, agotada de tanto andar, me senté a descansar en una silla vacía, plantada en la acera, que vi aparecer inesperadamente ante mí. Un penetrante olor a café me inundó la nariz. Advertí que tenía la lengua seca y sentía hambre. Cuando se acercó el camarero para preguntarme qué tomaría, le rogué que me diera un vaso de agua. El chico me miró indignado y me dijo que el café no era para gente vagabunda. Añadió que el mausoleo de Sayida Zaynab estaba muy cerca: allí encontraría toda el agua que quisiera. Levanté la mirada hacia él. Después de observarme fijamente, me preguntó por qué tenía todas esas magulladuras en la cara. Intenté responderle, pero no me salieron las palabras y entonces hundí el rostro entre las manos y rompí a llorar. Permaneció

dubitativo un instante, luego se alejó y al cabo de un rato regresó con un vaso de agua. Pero cuando me llevé el vaso a los labios, el agua no me pasó por la garganta, como si la tuviera agarrotada, y empezó a gotearme de la boca. Pasado un rato, el dueño del café se acercó y me preguntó cómo me llamaba.

—Firdaus —respondí.

Luego añadió:

—¿Qué son esas magulladuras que tienes en la cara? ¿Alguien te ha pegado?

De nuevo intenté explicarme, pero se me volvió a cortar la voz. Respiraba con dificultad y apenas podía tragarme las lágrimas. Él me dijo:

—Quédate aquí y descansa un rato. Te traeré una taza de té caliente. ¿Tienes hambre?

Mientras me hablaba, mantuve la mirada fija en el suelo todo el rato y no la levanté para mirarlo a la cara ni una sola vez. Hablaba en voz baja, con un tono ligeramente ronco que me recordó a mi padre. También él me preguntaba: «¿Tienes hambre?», cuando se había calmado después de comer su cena y de pegarle a mi madre.

Por primera vez en mi vida, de repente sentí que mi padre había sido un hombre bueno, que lo echaba de menos y que en el fondo lo quería, sin haber llegado a saberlo nunca. Oí que el hombre me preguntaba:

—¿Vive tu padre?

—No, murió —le respondí y por primera vez lloré al pensar que había muerto. El hombre me palmeó el hombro y me dijo:

—Todo el mundo tiene que morir, Firdaus. —y añadió—: ¿Y tu madre? ¿Está viva?

—No —contesté.

—¿No tienes ningún familiar? —insistió él—. ¿Un hermano o algún tío?

—No —repetí, negando con la cabeza. Luego abrí rápidamente mi bolso y añadí—: Tengo un certificado de enseñanza secundaria. Quizás pueda encontrar un trabajo para el que exijan el certificado de enseñanza secundaria o el de enseñanza primaria. Pero si es necesario, estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso un trabajo para el que no pidan ningún certificado.

El hombre se llamaba Bayumi. Cuando levanté la vista y le vi la cara, no sentí ningún temor. Tenía una nariz parecida a la de mi padre. Grande y redonda, y la misma tez oscura. Su mirada era resignada y tranquila. Sus ojos no parecían los de una persona capaz de matar. Sus manos se veían obedientes, sumisas casi, y se movían pausada, relajadamente. No me parecieron las manos de una persona

capaz de ser violenta o cruel. Me dijo que vivía en dos habitaciones y que podía ocupar una de ellas hasta que encontrara trabajo. De camino hacia su casa, se detuvo ante un puesto de frutas y me preguntó:

—¿Qué prefieres? ¿Naranjas o mandarinas?

Intenté responderle, pero me falló la voz. Nadie me había preguntado nunca si prefería comer naranjas o mandarinas. Mi padre nunca nos compraba fruta. Mi tío y mi marido la compraban, pero sin preguntarme nunca mis preferencias. La verdad es que yo misma no me había parado nunca a pensar si prefería las naranjas a las mandarinas o las mandarinas a las naranjas. Lo oí repetir la pregunta:

—¿Te gustan más las naranjas o las mandarinas?

—Las mandarinas —contesté. Sin embargo, después de que él las comprara, caí en la cuenta de que me gustaban más las naranjas, pero no me atreví a decirlo, porque las mandarinas eran más baratas.

Bayumi tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones en un estrecho callejón. Daba sobre el mercado de pescado. Yo barría y limpiaba las habitaciones, compraba pescado en el mercado de abajo o un conejo, o carne, y cocinaba para él. Bayumi trabajaba todo el día en el café sin comer nada y cuando regresaba al final de la jornada tomaba una copiosa comida y luego iba a acostarse en su cuarto. Yo dormía en la otra habitación, sobre un colchón en el suelo.

El primer día que lo acompañé a su casa, estábamos en invierno y hacía una noche fría.

—Coge tú la cama; yo dormiré en el suelo —me dijo.

Pero me negué. Me eché en el suelo y enseguida empecé a caer dormida. Pero él se me acercó, me cogió del brazo y me condujo hasta la cama. Me dejé llevar con la cabeza gacha. Sentía tanta vergüenza que trastabillé varías veces. Jamás, en toda mi vida, ninguna persona había puesto mis necesidades por delante de las suyas. Mi padre solía ocupar el cuarto del horno en invierno, relegándome a la habitación más fría de la casa. Mi tío se reservaba la cama, mientras yo dormía en el diván de madera. Más adelante, cuando me casé, mi marido comía el doble que yo, pero no apartaba ni un instante la mirada de mi plato.

Me detuve junto a la cama y murmuré:

—Pero yo no puedo dormir en la cama.

—No permitiré que duermas en el suelo. —oí que me decía.

Yo seguía manteniendo la cabeza gacha. Él continuaba sujetándome por el brazo con una mano. Observé que era una mano grande con largos dedos, como los de mi tío cuando me tocaba, y en ese momento temblaban exactamente igual que los suyos. De modo que cerré los ojos.

Sentí su repentino contacto, como un sueño recordado del pasado distante o como una memoria nacida con la vida. Mi cuerpo se estremeció con un oscuro placer o con un dolor que en realidad no era dolor sino placer, con un placer que jamás había experimentado hasta entonces, que había vivido en otra vida que no era mi vida, o en otro cuerpo que no era mi cuerpo.

Acabé durmiendo en su cama durante todo el invierno y el verano siguiente. Nunca levantaba la mano para pegarme y jamás observaba mi plato mientras comía. Cuando preparaba pescado, se lo daba todo a él y solo me quedaba con la cabeza o la cola. O si cocinaba conejo, siempre le daba la pieza entera y yo solo comía la poca carne de la cabeza. Siempre me levantaba de la mesa sin haber saciado mi apetito. Cuando iba al mercado, seguía con la mirada a las colegialas que veía pasar por la calle y recordaba que en otro tiempo había sido una de ellas y había obtenido mi certificado de enseñanza secundaria. Y un día me detuve frente a un grupo de colegialas y me las quedé mirando. Me contemplaron de arriba abajo con desdén, pues mis ropas despedían un fuerte olor a pescado. Les expliqué que había obtenido el certificado de enseñanza secundaria. Empezaron a burlarse de mí y oí que una le susurraba al oído a su amiga:

—Debe de estar loca. Habla sola, ¿has visto?

Pero no hablaba sola. Solo les estaba diciendo que tenía un certificado de enseñanza secundaria.

Cuando Bayumi volvió a casa esa noche, le dije:

—Tengo un certificado de enseñanza secundaria y quiero trabajar.

—El café se llena cada día de jóvenes sin trabajo y todos tienen títulos universitarios —me respondió.

—Pero tengo que trabajar. No puedo continuar así.

Y él, sin mirarme a la cara, dijo:

—¿Qué significa que no puedes continuar así?

—No puedo seguir viviendo en tu casa —balbuceé—. Soy una mujer y tú eres un hombre y la gente habla. Además, me prometiste que solo me quedaría hasta que me consiguieras un empleo.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Pedirle al cielo que interceda por ti? —me replicó enfadado.

—Estás muy ocupado todo el día en el café y ni siquiera has intentado encontrarme un trabajo. Ahora he decidido buscarlo yo misma.

Aunque lo dije en voz baja y con la mirada posada en el suelo, se levantó bruscamente y me abofeteó, diciendo:

—¿Cómo te atreves a levantarme la voz cuando me hablas, vagabunda, mujerzuela?

Tenía una mano ancha y fuerte y fue la peor bofetada que había

recibido en mi vida. Mi cabeza se bamboleó, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Las paredes y el suelo parecieron balancearse violentamente. Me sujeté la cabeza con las manos hasta que todo volvió a calmarse, luego levanté los ojos y nuestras miradas se encontraron.

Fue como si viera por primera vez ese par de ojos que me miraban desafiantes. Dos superficies negras como el carbón que se clavaron en mis ojos, recorrieron con infinita lentitud mi cara y mi cuello y luego fueron descendiendo poco a poco hasta mi pecho y mi vientre, para posarse en un punto situado justo debajo, entre mis muslos. Un temblor frío, como el estertor de la muerte, sacudió mi cuerpo y mis manos descendieron instintivamente para cubrir la parte donde había fijado la mirada, pero sus fuertes manazas se abalanzaron rápidamente para apartarlas. A continuación me golpeó en el vientre con el puño, con tanta fuerza que perdí el conocimiento en el acto.

Cogió la costumbre de encerrarme con llave en el piso antes de salir. Ahora dormía en el suelo en el otro cuarto. Él regresaba entrada la noche, me arrancaba el cobertor, me abofeteaba y luego se dejaba caer sobre mí con todo su peso. Yo mantenía los ojos cerrados y abandonaba mi cuerpo, que permanecía quieto bajo el suyo sin hacer ningún movimiento, vacío de deseo, de placer y hasta de dolor, sin sentir nada. Un cuerpo muerto totalmente desprovisto de vida, como un trozo de madera, o un calcetín o un zapato vacíos. Luego una noche, su cuerpo me pareció más pesado que otros días y su aliento olía distinto. Cuando abrí los ojos, la cara que vi sobre mí no era la de Bayumi.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Bayumi —me respondió.

—No, no eres Bayumi. ¿Quién eres? —insistí.

—¿Qué más da? Bayumi y yo somos como un solo hombre. —Luego me preguntó—: ¿Te gusta?

—¿Cómo dices? —le pregunté.

—¿Te gusta? ¿Sientes placer?

No me atreví a decirle que no sentía nada, de modo que volví a cerrar los ojos y dije:

—Sí.

Me clavó los dientes en el hombro y me mordió el pecho varias veces y luego el vientre, por todas partes. Mientras me mordía, no paraba de repetir:

—Puta, zorra.

Luego empezó a insultar a mi madre con palabras que no alcancé a comprender. Cuando intenté repetirlas después, fui incapaz de pronunciarlas. Pero a partir de esa noche las escuché a menudo en

boca de Bayumi y de los amigos de Bayumi. Hasta que acabé acostumbrándome a su sonido y aprendí a usarlas también alguna vez cuando intentaba abrir la puerta y la encontraba cerrada con llave. Empezaba a aporrearla y gritaba:

—Bayumi, hijo de… —pero cuando estaba casi a punto de insultar del mismo modo a su madre, me tragaba las palabras que ya tenía en la punta de la lengua, consciente de que eso no estaría bien, y optaba por insultar a su padre en vez de a su madre.

Un día, una vecina me vio a través del enrejado de la puerta, llorando al otro lado y me preguntó qué me pasaba. Cuando se lo conté, se echó a llorar conmigo y me sugirió que avisáramos a la policía. Pero al oír la palabra «policía» me asusté. Le dije que prefería que llamara a un carpintero. El hombre acudió al cabo de un rato y forzó la puerta. Salí corriendo de casa de Bayumi y hui a la calle. Esta se había convertido en el único lugar donde podía encontrar refugio, donde podía escapar con todo mi ser intacto. Sin parar de correr, seguí volviendo de vez en cuando la mirada por encima del hombro para asegurarme de que Bayumi no me seguía. Y cada vez, al comprobar que su rostro no se divisaba por ningún lado, apretaba todavía más el paso para alejarme lo más rápidamente posible.

* * *

Al caer el día, me encontré paseando por una calle sin saber dónde me encontraba. Era una avenida limpia, pavimentada, que discurría junto al Nilo, flanqueada de altos árboles a ambos lados. Las casas estaban rodeadas de rejas y jardines. El aire que entraba en mis pulmones era puro y libre de polvo. Encontré un banco de piedra frente al río. Me senté y levanté la cara para recibir el frescor de la brisa. Apenas había cerrado los párpados para reposar cuando oí una voz de mujer que me preguntaba:

—¿Cómo te llamas?

Abrí los ojos y descubrí a una mujer sentada a mi lado. Llevaba un echarpe verde y los ojos maquillados con sombra verde. Las pupilas negras en el centro de sus ojos parecían haberse teñido de verde, un intenso verde oscuro, como los árboles de la orilla del Nilo. Las aguas del río reflejaban el verdor de los árboles y se deslizaban tan verdes como sus ojos. El cielo sobre nuestras cabezas estaba teñido del más perfecto azul celeste, pero los colores se entremezclaban y todo a nuestro alrededor irradiaba un líquido resplandor verdoso que me envolvió, cubriéndome por completo, hasta que sentí que empezaba a hundirme poco a poco en él.

Era una sensación curiosa, esa impresión de hundirme en un

verdor oscuro, con una peculiar densidad, una particular consistencia, como el contacto del agua en el mar, un mar en medio del cual yo dormía y soñaba, hundiéndome en sus aguas mientras soñaba y dormía, sumergiéndome poco a poco sin mojarme, descendiendo lentamente sin llegar a ahogarme. Por un instante sentía que yacía recostada sobre su lecho, que me absorbía hasta sus profundidades, y al instante siguiente volvía a elevarme suavemente, flotando cada vez más alto hasta regresar a su superficie, sin haber movido un brazo ni una pierna.

Sentí los párpados cada vez más pesados, como si estuviera a punto de dormirme, pero su voz volvió a resonar en mis oídos. Era una voz suave, con un trasfondo tan blando que casi parecía soñolienta.

—Estás cansada —dijo la voz.

Abrí los párpados con dificultad y le respondí:

—Sí.

El verdor de sus ojos se volvió aún más intenso.

—¿Qué te ha hecho el hijo de perra? —me preguntó.

Me incorporé sobresaltada, como una persona a quien acaban de despertar bruscamente de un sueño.

—¿A quién se refiere? —le pregunté.

Se ajustó el echarpe en torno a los hombros, bostezó y continuó hablando en el mismo suave tono adormilado.

—Cualquiera de ellos, no importa cuál. Todos son iguales, todos hijos de perra, aunque lleven nombres distintos. Mahmud, Hassanin, Fawzi, Sabri, Ibrahim, Awdin, Bayumi.

La interrumpí con una exclamación de asombro:

—¡¿Bayumi?!

Soltó una sonora carcajada. Pude vislumbrar sus pequeños dientes blancos y afilados, con un diente de oro justo en el centro.

—Los conozco a todos. ¿Cuál de ellos empezó? ¿Fue tu padre, tu hermano…, uno de tus tíos?

Al oír eso mi cuerpo se estremeció con una violenta sacudida que casi lo levantó del banco de piedra.

—Mi tío —contesté con voz queda.

Volvió a reírse y se echó una punta del echarpe verde por encima de un hombro.

—¿Y qué te hizo Bayumi? —luego, tras un instante de silencio, añadió—: Todavía no me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Firdaus. ¿Y usted? ¿Quién es usted? —le pregunté.

Irguió la espalda y el cuello en un gesto cargado de extraño orgullo.

—Yo soy Sharifa Salah al-Din. Todo el mundo me conoce.

Camino de su apartamento, no paré de charlar, mientras le contaba todas las cosas que me habían pasado. Dejamos la avenida paralela al río para adentrarnos por una calle estrecha y al cabo de un rato nos detuvimos frente a un alto edificio de apartamentos. Me puse a temblar al sentirme transportada hacia arriba en el ascensor. Ella sacó una llave del bolso y entramos en un apartamento inmaculado con suelos alfombrados y una amplia terraza que daba sobre el Nilo. Me condujo al cuarto de baño, me enseñó cómo se abrían y cerraban los grifos del agua caliente y fría para que pudiera darme un baño y me prestó algunas ropas suyas. Eran ropas suaves con un agradable olor a perfume y el contacto de sus dedos también era suave cuando me peinó el pelo y me acomodó el cuello del vestido. Todo a mi alrededor tenía ese tacto blando, suave. Cerré los ojos y me abandoné a la suavidad de las cosas. Sentía mi cuerpo como el de una criatura recién nacida, terso y suave, como todo en ese piso.

Cuando abrí los ojos y me miré en el espejo, comprendí que había vuelto a nacer con un nuevo cuerpo, terso y suave como un pétalo de rosa. Ya no vestía ropas bastas y sucias, sino sedosas y limpias. La casa resplandecía de tan limpia como estaba. Hasta el aire era limpio. Inhalé lentamente para llenarme los pulmones de ese aire puro. Di media vuelta y entonces la vi. Estaba de pie a mi lado, observándome; sus ojos irradiaban una intensa luz verde, del color de los árboles, y del cielo, y de las aguas del Nilo. Me abandoné a esos ojos y la abracé, mientras le susurraba:

—¿Quién eres?

Y ella me respondió:

—Soy tu madre.

—Mi madre murió hace muchos años.

—Tu hermana, entonces.

—No tengo hermanas ni hermanos. Todos murieron de pequeños, como pollitos.

—Todo el mundo tiene que morir, Firdaus. Yo moriré y tú también morirás. Lo importante es cómo vivas hasta que te llegue el momento de la muerte.

—¿Cómo se puede vivir? La vida es muy dura.

—Tienes que ser más dura que la vida, Firdaus. La vida es muy dura y las únicas personas que viven de verdad son las que son más duras que la vida misma.

—Pero tú no eres dura, Sharifa, ¿cómo te las arreglas entonces para vivir?

—Soy dura, soy terriblemente dura, Firdaus.

—No, tú eres dulce y suave.

—Mi piel es suave, pero mi corazón es cruel y mi mordedura

mortal.

—¿Como la de una serpiente?

—Sí, exactamente, como la de una serpiente. La vida es una serpiente. Ambas son iguales, Firdaus. Si la serpiente advierte que tú no eres una serpiente, te morderá. Y si la vida descubre que no tienes aguijón para defenderte, te devorará.

* * *

Me convertí en una joven novicia bajo la guía de Sharifa. Ella me abrió los ojos y me hizo comprender las realidades de la vida, los hechos de mi pasado, de mi infancia, que habían permanecido ocultos para mí. Escudriñó en mí con un foco, revelándome zonas oscuras de mi persona, detalles inadvertidos de mi cara y de mi cuerpo, y me ayudó a prestarles atención, a entenderlos, a percibirlos por primera vez.

Descubrí que tenía los ojos negros, con un resplandor que atraía como un imán las miradas de otros ojos y que mi nariz no era grande ni redonda, sino sólida y suave con la plenitud de una fuerte pasión que podía trocarse en lujuria. Mi cuerpo era esbelto, mis muslos firmes, palpitantes de músculos dispuestos a tensarse todavía más en cualquier momento. Comprendí que no había odiado a mi madre ni amado a mi tío y que nunca había conocido de verdad a Bayumi ni a ningún otro hombre de su pandilla.

—Ni Bayumi, ni ninguno de sus compinches comprendieron lo que valías, porque tú misma tampoco te valorabas —me dijo Sharifa un día—. Un hombre no sabe cuánto vale una mujer, Firdaus. Es ella quien debe fijar su valor. Cuanto más te valores, más claro tendrá él lo que realmente vales y estará dispuesto a pagarlo con los medios de que disponga. Y si carece de medios, robará a otro para darte lo que le pidas.

Asombrada, le pregunté:

—¿Y yo valgo realmente algo, Sharifa?

—Eres atractiva y tienes cultura.

—¿Cultura? —exclamé—. Solo tengo un certificado de enseñanza secundaria.

—Te subvaloras, Firdaus. Yo solo llegué a obtener el certificado de primaria.

—¿Y tú tienes un precio? —le pregunté con cautela.

—Naturalmente. Nadie puede tocarme sin pagar un precio muy alto. Tú eres más joven que yo y más culta, y nadie debería poder acercarse a ti sin pagar el doble de lo que me pagan a mí.

—Pero yo jamás sería capaz de pedirle dinero a un hombre.

—No le pidas nada. Eso no es asunto tuyo; yo me ocuparé de ello.

* * *

¿Puede cambiar el Nilo, y el cielo, y los árboles? Yo había cambiado, ¿por qué no habían de poder cambiar también el Nilo y el color de los árboles? Cada mañana, cuando abría la ventana, podía ver fluir el Nilo, contemplaba el verdor de las aguas y de los árboles, el vívido resplandor verde que parecía impregnarlo todo, sentía la potencia de la vida, de mi cuerpo, de la sangre cálida en mis venas. Un calor tan suave como el contacto de las ropas sedosas que vestía o de la cama sedosa donde dormía, inundaba mi cuerpo. Mi nariz se llenaba con la fragancia de rosas que me llegaba flotando a través de los espacios abiertos. Me dejaba envolver por esa sensación de calor y suavidad, saturada del dulce perfume de rosas, saboreaba las delicias de las sábanas sedosas cada vez que extendía las piernas, y de la mullida almohada bajo mi cabeza. Con insaciable avidez absorbía la líquida suavidad a través de la nariz, de la boca, de los oídos, de cada poro de mi cuerpo.

Por las noches, los rayos de la luna se deslizaban sobre mí, blancos y sedosos, como los dedos del hombre que yacía a mi lado. Sus uñas también estaban limpias y blancas, no como las uñas de Bayumi, negras como la noche, ni como las uñas de mi tío, con su ribete de tierra oscura debajo. Cerraba los ojos y dejaba que la luz plateada bañara mi cuerpo, mientras sus dedos sedosos acariciaban mi cara y mis labios, se deslizaban sobre mi cuello y se hundían entre mis pechos.

Los cobijaba un rato entre mis pechos, los dejaba bajar por mi vientre y luego más abajo hasta el espacio entre mis muslos. En un lugar profundo de mi cuerpo, podía sentir un extraño estremecimiento. Al principio era como un placer, un placer cercano al dolor. Luego acababa con un dolor, un dolor que parecía placer. Era algo que formaba parte de un pasado distante, que en cierto modo me había acompañado desde el principio. Lo había experimentado largo tiempo atrás, pero enseguida lo había olvidado. Sin embargo, parecía remontarse más allá de mi vida, a un momento anterior a mi nacimiento, como si brotase de una antigua herida, en un órgano que había dejado de ser mío, en el cuerpo de una mujer que ya no era yo.

Un día le pregunté a Sharifa:

—¿Por qué no siento nada?

—Nosotras trabajamos, Firdaus, solo hacemos un trabajo. No mezcles las sensaciones con el trabajo.

—Pero yo quiero sentir algo, Sharifa —exclamé.

—Sentir solo te servirá para sufrir.

—¿No es posible sentir ningún placer, aunque solo sea un poquito?

Se echó a reír. Pude ver sus pequeños dientes blancos y afilados, con el diente de oro en el centro. Luego su risa paró en seco y, mirándome muy seria, me dijo:

—¿No te da placer comer pollo asado con arroz? ¿No te da placer vestir estas suaves ropas sedosas? ¿No te da placer vivir en esta casa cálida y limpia, con sus ventanas sobre el Nilo? ¿No te da placer abrir la ventana cada mañana y contemplar el río, y el cielo, y los árboles? ¿No te basta con esto? ¿Por qué pides más?

No era por codicia que pensaba en otras cosas. Una mañana, al abrir la ventana como de costumbre, el Nilo había desaparecido. Sabía que estaba en el mismo sitio y que sus aguas se extendían ante mis ojos, pero ya no conseguía verlo, como si el ojo humano fuese incapaz de percibir lo que tiene a su alcance. También habían desaparecido los perfumes que flotaban a mi alrededor, bajo mi propia nariz. No lograba captar su olor, como si mi nariz, igual que mis ojos, ya no pudiera registrar lo que tenía delante. La suavidad sedosa, la mullida cama, todas las cosas que sabía que seguían allí, habían dejado de existir para mí.

Nunca salía de la casa. De hecho, nunca salía ni siquiera del dormitorio. Día y noche permanecía echada en la cama, crucificada, y cada hora entraba un hombre. Eran muchos. No alcanzaba a comprender de dónde podían haber salido. Pues todos eran casados, todos eran instruidos, todos llevaban gruesas carteras de cuero y abultadas billeteras en el bolsillo interior. Sus pesados vientres hinchados colgaban bajo el peso del exceso de comida y el sudor manaba copiosamente de sus cuerpos y me inundaba la nariz de un olor fétido, como de agua estancada, como si hubiera permanecido retenido en su interior durante un largo tiempo. Yo apartaba la cara, pero ellos se empeñaban en volverla hacia ellos, obligándome a hundir la nariz en el olor de sus cuerpos. Clavaban sus largas uñas en mi carne y yo apretaba con fuerza los labios procurando evitar cualquier expresión de dolor, contener el grito, pero a pesar de mis esfuerzos, se entreabrían y dejaban escapar un leve gemido ahogado. Muchas veces, el hombre lo oía y me murmuraba estúpidamente al oído:

—¿Sientes gusto?

Como respuesta, fruncía los labios, dispuesta a lanzarle un escupitajo a la cara, pero entonces él empezaba a mordisquearlos con los dientes. Sentía gotear su densa saliva entre mis labios y la devolvía al interior de su boca empujándola con la lengua.

Entre todos esos hombres, solo uno no era necio y no me preguntó si sentía gusto. Al contrario, inquirió:

—¿Sientes dolor?

—Sí —le dije.

—¿Cómo te llamas?

—Firdaus. ¿Y tú?

—Fawzi.

—¿Cómo has sabido que sentía dolor?

—Porque siento lo que tú sientes.

—¿Puedes sentir lo que siento? —exclamé asombrada.

—Sí —respondió—. ¿Y tú? ¿Sientes también lo que yo siento?

—No siento nada.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sharifa me dijo que el trabajo es trabajo y que no debe mezclarse con las sensaciones.

Soltó una risita y me besó en los labios.

—Sharifa te está engañando y ganando dinero a tu costa, mientras lo único que tú sacas de todo esto es dolor.

Me eché a llorar. Él me secó las lágrimas y me abrazó. Cerré los ojos y él me besó suavemente los párpados. Le oí susurrar:

—¿Tienes sueño?

—Sí.

—Entonces, duérmete en mis brazos.

—¿Pero qué dirá Sharifa?

—No tengas miedo de Sharifa.

—¿Y tú? ¿Tú no la temes?

Soltó otra de sus risitas burlonas y declaró:

—Es ella quien me teme a mí.

Seguía dormida en la cama, con los ojos cerrados, cuando de pronto escuché hablar en voz baja al otro lado de la pared que separaba el dormitorio de Sharifa del mío. La oí hablar con un hombre cuya voz me sonó familiar.

—¿Quieres quitármela?

—Me casaré con ella, Sharifa.

—No lo harás. Tú no eres de los que se casan.

—Eso ha quedado atrás. Ahora soy mayor y quiero tener un hijo.

—¿Para que herede tus riquezas?

—No te pongas sarcástica a mi costa, Sharifa. Podría haberme hecho millonario si hubiera querido, pero yo soy un hombre que vive para gozar de los placeres de la vida. Gano dinero para gastarlo. Me niego a ser un esclavo, ni del dinero ni del amor.

—¿La quieres, Fawzi?

—¿Crees que soy capaz de querer a alguien? Una vez me dijiste que había perdido la capacidad de amar.

—Tú no amas a nadie ni te casas con nadie. Solo quieres quitármela, como ya me quitaste antes a Camelia.

—Fue Camelia quien vino conmigo.

—Se enamoró de ti, ¿verdad?

—¿Acaso es culpa mía si las mujeres se enamoran de mí?

—Que el cielo proteja a cualquier mujer que se enamore de ti, Fawzi.

—¿Quieres decir si yo no la amo a mi vez?

—¿Eres capaz de amar a una mujer?

—A veces. A veces me ocurre.

—¿Estuviste enamorado de mí alguna vez?

—¿Piensas empezar a remover de nuevo ese asunto? Como sabes muy bien, no me gusta perder el tiempo y pienso llevarme a Firdaus conmigo.

—No te la llevarás.

—Se irá conmigo.

—¿Intentas amenazarme, Fawzi? Tus amenazas ya no me asustan. No puedes echarme a la policía encima. Ahora tengo más amigos y contactos en la policía que tú.

—¿Acaso soy un hombre que eche mano de la policía? Solo los hombres débiles tienen necesidad de hacer eso. ¿Te parezco un hombre débil, Sharifa?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes muy bien qué quiero decir.

—Piensas pegarme, ¿es eso?

—Ha pasado mucho tiempo desde que te pegué por última vez. Parece que estás deseando una buena azotaina.

—Si me pegas, me defenderé, Fawzi.

—De acuerdo. Así comprobaremos cuál de los dos es el más fuerte.

—Si te atreves a ponerme un solo dedo encima, tendrás que entendértelas con Shawqui.

—¿Quién demonios es ese Shawqui? ¿Tienes otro hombre? ¿Estás enamorada de otro? ¿Cómo te atreves?

No pude oír la respuesta de Sharifa a través de la pared. Tal vez habló en voz tan baja que no llegó hasta mí. O puede que él le tapase la boca con la mano sin darle tiempo a añadir nada más, pues escuché algo parecido al sonido de una mano al aplastarse sobre una boca, seguido de otro sonido muy similar al de una mano palmeando una cara. A continuación se oyeron una serie de ruidos ahogados. No pude distinguir si eran suaves palmadas en la cara o besos violentos. Pero al cabo de un rato oí protestar a Sharifa:

—¡No, Fawzi, no!

La voz de Fawzi sonó como un airado chasquido:

—¿No? ¿No qué, puta?

La cama crujió bajo su peso, luego escuché de nuevo la voz de Sharifa, como una serie de suspiros, seguidos del mismo grito de protesta:

—No, Fawzi. Por el amor del Profeta. ¡No debes hacer eso! ¡¡No debes hacerlo!!

A través de la pared me llegó otra vez su airado jadeo siseante:

—¡Qué demonios, mujer! ¿Qué es lo que no debo hacer? ¿De qué Profeta me hablas? ¿Quién es ese Shawqui? Le cortaré el pescuezo.

El crujido de la cama se intensificó bajo el peso de los dos cuerpos abrazados mientras forcejeaban, aproximándose y separándose en un movimiento continuo que pronto se aceleró hasta alcanzar un ritmo extrañamente rápido, casi enloquecidamente frenético, mientras sacudían violentamente la cama con los estremecimientos de un jadeante animal salvaje. El suelo también parecía estremecerse y gemir. Luego también la pared. Hasta mi cama se contagió del ritmo frenético y empezó a vibrar.

Las violentas vibraciones sacudieron la modorra de mis pensamientos. De golpe parecí cobrar conciencia de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Vi aparecer ante mí el rostro de Fawzi en medio de una bruma, como en un sueño, y oí resonar de nuevo su voz en mis oídos:

«Sharifa te está engañando y ganando dinero a tu costa».

Luego escuché la voz de Sharifa que decía:

—Si me pegas, Fawzi, me defenderé.

Abrí los ojos. Mi cuerpo yacía en la cama sin ningún hombre al lado y la habitación estaba a oscuras y vacía. Me acerqué de puntillas al cuarto de Sharifa y la vi desnuda en la cama, con Fawzi tumbado a su lado. Regresé a mi cuarto sin hacer ruido, me puse el primer vestido que encontré, cogí mi bolso y eché a correr escaleras abajo para salir a la calle.

* * *

Era de noche, una noche negra, oscura como boca de lobo, sin luna. Una gélida noche invernal, con las calles de la ciudad completamente desiertas y todas las ventanas y las puertas de las casas cerradas a cal y canto para impedir que se colase la más mínima corriente de aire. Y yo avanzaba en medio del frío, cubierta con un fino vestido casi transparente y, sin embargo, no lo sentía. La oscuridad me rodeaba por todas partes y no tenía adónde ir, pero ya no sentía miedo. En las calles no había nada que pudiera asustarme ya y el viento más glacial

no habría podido hacer mella en mi cuerpo. ¿Había cambiado mi cuerpo? ¿Había pasado a ocupar el cuerpo de otra mujer? ¿Y qué se había hecho, entonces, de mi verdadero cuerpo?

Empecé a examinar los dedos de mi mano. Eran mis dedos, no habían cambiado. Largos dedos finos. Uno de los hombres me dijo una vez que jamás había visto unos dedos como los míos. Dijo que parecían fuertes e inteligentes. Que poseían un lenguaje propio. Cuando los besaba, parecían hablarle con voz casi audible. Me reí y me acerqué los dedos a las orejas, pero no pude oír nada. Reí de nuevo y esta vez la risa resonó en mis oídos. El sonido de mi propia risa en medio del silencio nocturno me sobresaltó. Oteé cautelosamente a mi alrededor, temerosa de que alguien pudiera oírme reír sola y decidiera llevarme al Hospital Psiquiátrico de Abbasiya. En un primer momento no vi nada, pero instantes después vi a un policía que se acercaba entre las sombras. Fue directo hacia mí, me agarró por el brazo y me dijo:

—¿Adónde vas?

—No lo sé.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—A mi casa.

—No…, ya no confío en los hombres.

Abrí el bolso y le mostré mi certificado de enseñanza secundaria. Le dije que estaba buscando un empleo para el cual se exigiera el certificado de enseñanza secundaria o incluso el de enseñanza primaria. Y que si no encontraba ninguno de esa categoría, estaba dispuesta a hacer cualquier trabajo.

—Te pagaré —replicó él—. No creas que quiero que me acompañes a cambio de nada. No soy como otros policías. ¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto quiero? No lo sé.

—No te hagas la lista conmigo y no intentes regatear tampoco, o te llevaré a la comisaría.

—¿Por qué? No he hecho nada.

—Eres una prostituta y mi obligación es detenerte, como a todas las de tu calaña. Para limpiar el país y proteger a las familias respetables de las personas como tú. Pero no quiero llevarte a la fuerza. Podríamos llegar a un acuerdo sin necesidad de armar alboroto. Te daré una libra, una libra entera. ¿Qué me dices?

Intenté volverle la espalda, pero me cogió por el brazo y me obligó a echar a andar frente a él. Me condujo por una sucesión de estrechas y oscuras callejuelas y luego a través de una puerta de madera hasta un cuarto, donde me hizo tumbarme en una cama. Se desvistió. Cerré los ojos y sentí el ya conocido peso sobre mí, el familiar movimiento

de los dedos con sucias uñas negras examinando mi cuerpo, la respiración jadeante, el hediondo sudor pegajoso, el temblor de la cama, y del suelo, y de las paredes, como si el mundo hubiera empezado a dar vueltas. Abrí los ojos, deslicé mi cuerpo fuera de la cama, me puse el vestido y luego, antes de marcharme, recosté un instante, fatigada, la cabeza contra la puerta. Entonces oí su voz, que gritaba a mis espaldas:

—¿Qué esperas? Esta noche no llevo dinero. Te pagaré la próxima vez.

Me alejé a través de los angostos callejones. Todavía era de noche y hacía un frío que calaba en los huesos. Había empezado a llover y el suelo polvoriento comenzaba a convertirse en un lodazal bajo mis pies. Pilas de basura se amontonaban frente a las casas y el olor a podredumbre parecía rodearme por todos lados, arrollándome, amenazando con sepultarme, mientras yo aceleraba el paso, intentando huir de allí, salir del vericueto de angostas callejuelas y callejones a una calle asfaltada, cualquier calle asfaltada donde poder seguir andando sin que mis zapatos se hundieran en el fango.

Cuando por fin llegué a una de las arterias principales, la lluvia seguía cayendo a cántaros sobre mi cabeza. Busqué cobijo en una de las paradas de autobús, saqué un pañuelo del bolso y comencé a secarme la cara, el pelo, los ojos. Un resplandor blanco penetró en mis ojos; primero pensé que era el blanco del pañuelo, pero cuando lo aparté, continuó deslumbrándome, como la luz de los faros de un autobús. Me dije que debía de estar amaneciendo y los autobuses ya habrían empezado a circular. Pero no era un autobús, sino un coche que se había detenido frente a mí con los faros enfocados directamente sobre mis ojos. Un hombre bajó del coche y, rodeando rápidamente el vehículo, abrió la portezuela de mi lado, se inclinó ligeramente y luego, en tono muy educado, me invitó a subir:

—Resguárdese de la lluvia, se lo ruego.

Estaba tiritando de frío y el fino vestido, empapado por la lluvia, se me pegaba al cuerpo. Los pechos se me dibujaban casi desnudos debajo de la tela, con los pezones marcados por dos círculos negros. El hombre presionó el brazo contra ellos mientras me ayudaba a subir al coche.

Su casa estaba caldeada y él me ayudó a quitarme el vestido, retiró los zapatos enfangados de mis pies y me bañó con agua caliente y jabón. Luego me llevó a la cama. Cerré los ojos al sentir la presión de un fuerte peso sobre mi pecho y mi vientre y el movimiento de los dedos sobre mi cuerpo. Pero sus uñas estaban limpias y bien cortadas, el aliento jadeante tenía un olor perfumado y el sudor fluía pegajoso, pero fresco.

Cuando abrí los ojos, la luz del sol bañaba mi cuerpo. Miré a mi

alrededor, incapaz de identificar el lugar donde me encontraba. Me vi acostada en un elegante dormitorio, con un elegante desconocido de pie frente a mí. Me levanté a toda prisa y me puse el vestido y los zapatos. Cuando cogí el bolso para dirigirme hacia la puerta, él alargó el brazo y me puso un billete de diez libras entre los dedos. Fue como si con ese gesto acabara de descorrer un velo ante mis ojos y por primera vez pudiera ver. El gesto de mi mano al cerrarse sobre el billete de diez libras resolvió el enigma en un rápido, brusco movimiento, apartando la mortaja que ocultaba una realidad que ya había experimentado, de hecho, cuando todavía era una niña, el día que mi padre me dio por primera vez una piastra, me puso una moneda en la mano y me dijo que era mía. Nunca me había dado dinero hasta entonces. Yo trabajaba en los campos y en la casa y compartía con mi madre los restos de comida que dejaba mi padre. Y cuando no dejaba nada, me acostaba sin cenar. El día de la fiesta de Eid al-Kebir vi a los niños y niñas comprando dulces en la tienda. Acudí llorando a mi madre:

—Dame una piastra.

—Yo no tengo piastras —me respondió—. Es tu padre quien las tiene.

Salí en busca de mi padre y le pedí una piastra. Él me dio una palmada en la mano y me gritó:

—Yo no tengo piastras.

Pero al poco rato me llamó y me dijo:

—Te daré una piastra si Alá es misericordioso con nosotros y conseguimos vender la búfala antes de que se muera.

Luego lo vi rezar e invocar a Alá implorándole que retrasara la muerte del animal. Pero la búfala murió antes de que nadie pudiera hacer nada. Mi padre dejó de rezar e invocar a Alá durante todas las festividades y cada vez que mi madre le decía algo, se abalanzaba sobre ella y le daba una paliza. Me abstuve de pedirle una piastra, pero más adelante, cuando llegó la fiesta de Eid al-Saghir, al ver las pilas de dulces en la tienda, volví a suplicarle:

—Dame una piastra.

—¿Acaba de empezar el día y ya me pides una piastra? —me respondió esa vez—. Vete a barrer el suelo debajo de los animales y carga el burro y llévatelo a los campos. Cuando acabe el día, te daré una piastra.

Y, efectivamente, cuando regresé de los campos al final del día me dio la piastra. Era la primera vez en mi vida que me daba una piastra, la primera piastra que era totalmente mía, que podía sostener en la palma de mi mano y apretar, cubriéndola con los dedos. No era de mi padre ni de mi madre, sino mía; podía hacer con ella lo que quisiera,

comprar lo que quisiera, comer lo que quisiera, dulces o algarrobas, o barritas de regaliz, o cualquier otra cosa que me apeteciera.

El sol lucía luminoso aquel día. Eché a andar con paso ligero, enérgico, con el puño firmemente cerrado sobre lo que sostenía en la mano, sobre algo realmente valioso, no una simple piastra, sino todo un billete de diez libras. Era la primera vez que tenía un billete de tanto valor en la mano. A decir verdad, era la primera vez que mis dedos tocaban un billete como ese. El inesperado contacto provocó una extraña tensión en todo mi cuerpo, una contracción interna, como si acabara de producirse una descarga dentro de mí, una descarga que sacudió mi cuerpo con una violencia casi dolorosa. Algo pareció derramarse de una herida profundamente sepultada en el fondo de mis entrañas. Al destensar los músculos de la espalda, erguir el cuerpo e inspirar profundamente, noté que me dolía. Lo sentí subir hasta mi vientre como un temblor, como un rápido palpitar de la sangre a través de las venas. El calor de la sangre que me inundaba el pecho fue subiéndome hasta el cuello y se derramó por mi garganta, convertido en un flujo de densa saliva cálida, acompañado de un regusto de placer, tan intenso, tan penetrante que casi resultaba amargo.

Tragué saliva varias veces, detenida frente a una cristalera tras la cual podían verse varios pollos puestos a asar sobre el luminoso calor de las llamas. Me quedé contemplándolos mientras giraban sobre el fuego crepitante ensartados en una varilla de hierro. Escogí una mesa junto a una ventana, donde me diera el sol, y pedí un gordo pollo dorado. Me senté y empecé a comerlo despacio, muy pausadamente, masticando a conciencia cada bocado, reteniéndolo un largo rato en la boca antes de tragarlo. Sentía la boca repleta, como la de una criatura dispuesta a atiborrarse de dulces, y la comida tenía un intenso y delicioso sabor, con un extraño, penetrante dulzor, como el de la barra de regaliz que me compré con mi primera piastra. Sin embargo, no era la primera vez que probaba una barra de regaliz, pues mi madre me había comprado otras antes. Pero era la primera que yo misma había escogido entre todos los demás dulces de la tienda, la primera que compraba con mi propia piastra.

El camarero se inclinó para depositar el resto de los platos sobre la mesa ante mí. Extendió la mano con un plato lleno de comida, pero con la mirada vuelta hacia otro lado, sin posarla en mi plato. El movimiento de sus ojos para evitar mirar mi plato rasgó como un cuchillo el velo que cubría mis ojos y caí en la cuenta de que era la primera vez en mi vida que comía sin un par de ojos pendientes de mi plato para vigilar qué cantidad tomaba. Desde mi nacimiento siempre había tenido ese par de ojos a mi lado, bien abiertos, vigilantes, inflexibles, pendientes de cada bocado de comida que tomaba del

plato.

¿Cómo era posible que un simple trozo de papel cambiase tanto las cosas? ¿Por qué no lo había comprendido antes? ¿En verdad lo había ignorado por completo durante todos esos años? No. Pensándolo bien, comprendí que hacía muchísimo tiempo que lo sabía, lo supe desde el primer momento, desde el instante en que nací y abrí los ojos para contemplar a mi padre por primera vez. Lo único que pude ver de él fue un puño cerrado, los dedos firmemente apretados sobre algo que sostenía en la palma de la mano. Nunca separaba los dedos e incluso cuando lo hacía, seguía sosteniendo algo en la mano, un objeto reluciente y de forma circular, que acariciaba dulcemente entre sus gruesos y ásperos dedos o que dejaba caer sobre una piedra lisa, arrancándole un sonido tintineante.

Seguía sentada al sol. Tenía el billete de diez libras en el bolso, pues aún no había pagado la comida. Abrí el bolso para sacar el billete. El camarero se acercó, se inclinó sobre la mesa con respetuosa humildad y comenzó a retirar los platos. Mantuvo en todo momento la mirada apartada de mi bolso, vuelta en otra dirección, como para rehuir la visión del billete de diez libras. Ya había observado otras veces ese movimiento de los ojos, esa mirada de soslayo, con los párpados caídos, casi imperceptiblemente posada en mi mano. Me recordó a mi marido, el jeque Mahmud, cuando se arrodillaba a rezar con los ojos entrecerrados, y las miradas furtivas que dirigía de vez en cuando a mi plato; y a mi tío cuando seguía las lineas de su libro con los ojos fijos en la página como si quisiera atravesarla, mientras su mano avanzaba sigilosamente en busca de mi muslo. El camarero seguía de pie a mi lado. Los párpados entrecerrados que ocultaban sus ojos, la furtiva mirada de soslayo eran idénticos. Yo tenía el billete de diez libras en la mano y él lo contemplaba de reojo, mientras fingía mirar hacia otro lado, como habría hecho para rehuir la visión de las partes prohibidas del cuerpo de una mujer. Me quedé asombrada. ¿Sería posible que el billete de diez libras que tenía en la mano fuera algo tan ilícito y prohibido como la tentación de los placeres sacrílegos?

Estuve a punto de preguntarle al camarero: «¿Quién ha decidido que un billete de diez libras debe considerarse como algo prohibido?». Pero mantuve los labios cerrados, pues, de hecho, ya sabía la respuesta, la había descubierto muchos años antes, justo a partir del momento en que mi padre me dio una palmada en la mano la primera vez que le pedí una moneda. Con el tiempo, había vuelto a aprender repetidamente la lección. Mi madre me azotó una vez, cuando perdí una piastra en el mercado y regresé a casa sin ella. Mi tío solía darme dinero, pero siempre me advertía que no debía decirle nada a mi madre. La esposa de mi tío se escondía las piastras en el corpiño cada

vez que oía acercarse mis pasos antes de que hubiera acabado de contarlas. Mi marido contaba sus piastras casi a diario, pero volvía a guardarlas en cuanto me veía aparecer. Y Sharifa también contaba los billetes y los escondía rápidamente en algún rincón secreto nada más oír mi voz. Y así, con los años, fui aprendiendo a mirar hacia otro lado cada vez que veía a alguien contando su dinero o incluso cada vez que alguna persona sacaba un par de monedas del bolsillo. Como si el dinero fuera algo vergonzoso, que debía ocultarse, un objeto pecaminoso, prohibido para mí pero autorizado para otros, como si solo a ellos les estuviera permitido. Habría querido preguntarle al camarero quién había decidido todo eso, quién había decidido para quién estaba permitido y para quién debía estar prohibido, pero apreté los labios aún con más fuerza y me tragué las palabras mientras le alargaba el billete de diez libras. Siempre con la cabeza gacha, con la mirada perdida en un lugar distante, extendió la mano y lo cogió.

* * *

A partir de aquel día, dejé de bajar la cabeza y de desviar la mirada. Empecé a caminar por la calle con la cabeza bien alta y los ojos mirando al frente. Miraba a las demás personas a los ojos y cuando veía a alguien contando su dinero, me quedaba observándolo fijamente, sin pestañear.

Continué paseando por las calles. El sol me calentaba la espalda y me inundaba con sus rayos. La buena comida irradiaba su calor por todo mi cuerpo, transportado a través de la sangre que circulaba por mis venas. El resto del billete de diez libras permanecía bien guardado en el fondo de mi bolsillo. Mis pisadas golpeaban con fuerza el oscuro asfalto de la calle, con un nuevo entusiasmo, parecido al entusiasmo de un niño que acaba de desmontar un juguete y ha descubierto el secreto de su funcionamiento.

Se me acercó un hombre y me susurró algo. Lo miré directamente a los ojos y dije:

—No.

Se me acercó otro hombre y murmuró algo en tono furtivo, casi inaudible. Lo examiné atentamente de pies a cabeza y dije:

—No.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque hay muchos hombres y quiero escoger con quién voy —le respondí.

—¿Y por qué no me escoges a mí? —me replicó.

—Porque llevas las uñas sucias y a mí me gusta que estén limpias.

Se me acercó un tercer hombre y pronunció la palabra secreta, la

clave del enigma que por fin había resuelto.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Diez libras.

—No, veinte.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Y me pagó en el acto.

* * *

¿Cuántos años de mi vida transcurrieron antes de que mi cuerpo y mi persona llegaran a ser realmente míos, para poder disponer de ellos a mi gusto? ¿Cuántos años de mi vida perdí antes de conseguir arrebatar mi cuerpo y mi persona del control de las personas que me habían mantenido sujeta desde el primer día de mi vida? A partir de aquel momento, pude decidir qué quería comer, en qué casa prefería vivir, pude rechazar al hombre que por cualquier motivo me inspiraba repulsión y escoger a aquel cuya compañía estaba dispuesta a aceptar, aunque solo fuera porque iba limpio y con las uñas bien cuidadas.

Había transcurrido un cuarto de siglo, pues tenía veinticinco años cuando empecé a vivir por primera vez en un apartamento limpio, de mi propiedad, con ventanas sobre la calle principal, contraté a una cocinera que me preparaba la comida que yo le pedía y empleé a una persona para que concertara mis citas a las horas que a mí me convenían y en las condiciones que yo consideraba aceptables. Mi cuenta bancaria seguía engrosándose rápidamente. Ahora disponía de tiempo libre para descansar, para salir de paseo o para ir al cine o al teatro, para leer los periódicos y para charlar de política con un puñado de amigos escogidos entre las muchas personas que revoloteaban a mi alrededor, deseosas de entablar amistad conmigo.

Uno de mis amigos se llamaba Daya. Era periodista, o escritor, o algo por el estilo. Yo lo prefería entre todos los demás porque era un hombre culto y yo había desarrollado un interés por la cultura, que se remontaba al momento en que empecé a ir a la escuela y aprendí a leer, pero que había ido creciendo en los últimos tiempos, desde que podía comprar libros. Tenía una gran biblioteca en mi apartamento y allí pasaba la mayor parte de mis ratos libres. Había colgado algunos buenos cuadros en las paredes y justo en el centro podía verse mi certificado de enseñanza secundaria, lujosamente enmarcado. Jamás recibía a nadie en la biblioteca. Era una habitación muy especial que me reservaba para mí sola. Recibía a mis huéspedes en el dormitorio. La primera vez que Daya visitó mi casa, antes de que pudiera retirar la colcha bordada que cubría mi cama, me dijo:

—Espera un momento, charlemos un rato primero. Es lo que más me gusta.

Estaba vuelta hacia la cama, de espaldas a él, y no pude ver su expresión cuando dijo estas palabras. Pero su voz sonó de un modo distinto a mis oídos, con un tono que jamás había escuchado en las voces de los demás hombres.

Me volví para verle la cara. No tenía por costumbre volverme para mirar la cara de los hombres. Retiraba la colcha bordada de la cama sin mirarlos, sin intentar vislumbrar siquiera sus facciones. Luego solía mantener los ojos firmemente cerrados todo el rato y solo los abría cuando el peso que me aplastaba dejaba de oprimir mi cuerpo.

Me volví, alcé la cabeza y lo miré directamente a la cara. Observé que en sus facciones, al igual que en su voz, había algo que jamás había conocido hasta entonces. Su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo y sus ojos relativamente pequeños para el tamaño de su cara. Tenía la piel morena, pero sus ojos no eran negros, aunque no pude distinguir su color exacto bajo la luz tamizada de la lámpara. Tenía una frente ancha y despejada y la nariz pequeña. Llevaba el bigote afeitado debajo de la nariz y su pelo ralo no alcanzaba a cubrir la desmesurada cabeza.

Al verme plantada frente a él sin decir palabra, creyó que no lo había oído y repitió:

—Charlemos un rato. Es lo que más me gusta.

—De todos modos, tendrás que pagarme igual que los demás. El tiempo que puedes pasar conmigo es limitado y cada minuto tiene un precio.

—Haces que me sienta como si estuviera en un consultorio médico. ¿Por qué no cuelgas la lista de precios en la sala de espera? ¿También atiendes visitas de urgencia?

Había un dejo de ironía en su voz, pero como no comprendí el motivo, le pregunté:

—¿Pretendes burlarte de mi trabajo o de la profesión médica?

—De ambas cosas —respondió.

—¿Acaso se parecen?

—Sí —afirmó—, con la diferencia de que el médico que cumple su cometido es una persona que merece respeto.

—¿Y yo no? —exclamé.

—Tú no eres respetable —me contestó, pero antes de que las palabras «no eres respetable» llegaran a mis oídos, levanté rápidamente las manos para cubrírmelos; sin embargo, aun así penetraron en mi cabeza como la punta afilada de un puñal. Él apretó los labios. Un repentino silencio llenó la habitación, pero sus palabras seguían resonando en mis oídos, penetrando hasta sus más recónditas profundidades, hundiéndose en mi cabeza como un objeto material palpable, como una masa afilada como la hoja de un cuchillo que

atravesó mis oídos y los huesos de mi cráneo hasta clavárseme en el cerebro.

Seguía cubriéndome los oídos con las manos para cerrar el paso al sonido de su voz. Ya no podía oírlo y cuando me habló no distinguí el movimiento de sus labios, como si fueran invisibles. Las palabras parecían escapar de entre ellos empujadas por su propia inercia. Casi podía verlas surcar el espacio que separaba sus labios de mis oídos, como objetos tangibles con una superficie bien definida, exactamente como escupitajos de saliva proyectados entre sus labios en mi dirección.

Sus palabras seguían resonando en mi mente cuando intentó posar sus labios sobre los míos. Lo aparté de mí y le dije:

—Si mi trabajo no merece respeto, ¿por qué te asocias a él en mi compañía?

Intentó poseerme por la fuerza, pero rechacé sus avances, luego me dirigí hacia la puerta y la abrí, y enseguida se marchó.

Pero aunque Daya salió de mi casa, sus palabras no abandonaron mis oídos esa noche cuando él se hubo ido. Se habían abierto paso hasta mi mente en un instante que ya formaba parte del pasado, pero no había fuerza en la tierra capaz de hacer retroceder ni un segundo las manecillas del reloj. Hasta aquel momento, mi mente estaba serena, tranquila, libre de inquietudes. Cada noche recostaba la cabeza en la almohada y dormía profundamente de un tirón hasta la mañana siguiente. A partir de entonces, mi cabeza empezó a vibrar, en cambio, con un movimiento incesante, que continuaba sin respiro a lo largo de todo el día y de toda la noche, como el flujo y reflujo de las olas contra la orilla, borboteante y espumeante, burbujeante como agua en ebullición. Un sonido que parecía el rugido de un mar embravecido iba y venía de mis oídos a la almohada y de la almohada a mis oídos en un constante vaivén. Y en medio de esa tormenta ya no lograba distinguir el fragor del mar del rugido del viento, pues todo se había fundido en un permanente golpeteo que se prolongaba noche y día, como los latidos encadenados de mi corazón, martilleando mi cabeza, que a cada golpe resonaba con la misma frase: «no eres respetable», «no eres respetable», inscribiéndola golpe a golpe en mis huesos y más allá de mis huesos: en mi cama, en el suelo, en el comedor, en las escaleras, en la calle, en las paredes. Dondequiera que fuese, sus martillazos seguían lloviendo sobre mi cabeza, mi cara, mi cuerpo, mis huesos. Dondequiera que fuese, las palabras seguían adheridas a mi cuerpo, frías y viscosas como un escupitajo, como el escupitajo de un insulto cuyo eco resonaba en mis oídos, como el escupitajo de una mirada insolente sobre mi cuerpo desnudo, como el escupitajo de todas las palabras degradantes que habían llenado alguna vez mis oídos, como el escupitajo de todas las miradas desvergonzadas que me

habían desvestido y examinado mi desnudez con lento descaro, como el escupitajo de las miradas corteses que se volvían hacia otro lado mientras me quitaba la ropa, disimulando su desdén bajo una fingida consideración.

Una frase, una breve frase de solo tres palabras proyectó una luz despiadada sobre toda mi vida, obligándome a verla como lo que realmente era. Me arrancó el velo de los ojos y los abrí por primera vez para contemplar mi vida en nuevos términos. No era una mujer respetada. Hasta entonces lo había ignorado y quizás había sido una suerte no saberlo. Antes comía bien y dormía a pierna suelta. ¿Habría alguna manera de arrancar ese nuevo dato de mi mente? A fin de cuentas, solo era como un dolor que me perforaba la cabeza como la hoja afilada de un cuchillo. De hecho, ni siquiera era un cuchillo, solo una breve frase de tres palabras que se había clavado como una flecha en mi cerebro sin darme tiempo a cubrirme los oídos con las manos para cerrarle el paso. ¿Existiría algún medio para arrancarla de mi cabeza, como se extrae una bala o se extirpa un tumor cerebral?

* * *

Nada en el mundo parecía capaz de ayudarme a ser la mujer que había sido antes de oír pronunciar las tres palabras a ese hombre aquella noche. A partir de aquel momento, me convertí en otra. Mi vida anterior quedó cerrada a mis espaldas. No quería volver a ella a ningún precio, por muchos tormentos y sufrimientos que tuviera que soportar, aunque me viera obligada a padecer hambre y frío, y la más absoluta miseria. Tenía que convertirme en una mujer respetable a toda costa, aunque tuviera que pagarlo con mi propia vida. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para acallar los insultos que se habían habituado a escuchar mis oídos, para impedir que las miradas descaradas se pasearan por todo mi cuerpo.

Todavía tenía mi certificado de enseñanza secundaria, mi certificado de mérito y una mente despierta y decidida, dispuesta a encontrar un trabajo respetable. Todavía tenía dos ojos negros capaces de mirar a la cara a la gente y dispuestos a enfrentarse a las maliciosas miradas furtivas con que pudiera toparme en mis intentos de abrirme camino en la vida. Cada vez que veía un anuncio en los periódicos, presentaba mi solicitud para ocupar el puesto. Acudí a todos los ministerios, departamentos y empresas donde pudiera haber una vacante. Y finalmente, a base de esfuerzos, conseguí un empleo en uno de los grandes consorcios industriales.

Allí tenía una pequeña oficina para mí sola, separada del espacioso despacho del presidente por una pequeña puerta. Encima de la puerta había una lucecita roja y junto a ella un timbre. Cuando sonaba el

timbre, abría la puerta, entraba en su despacho y lo encontraba sentado detrás de su mesa. Era un cincuentón calvo y gordo, que fumaba a todas horas. Le faltaban algunos dientes y los que le quedaban se habían vuelto amarillentos, con manchas negras. Levantaba la vista de sus papeles, con un cigarrillo colgando entre los labios, y me decía:

—Hoy no estoy para nadie, a menos que se trate de una persona realmente importante. ¿Entendido?

Y sin darme tiempo a preguntarle quiénes eran las personas «realmente importantes» para él, volvía a hundir la cabeza entre los papeles y casi desaparecía tras una nube de humo de cigarrillo.

Al final de la jornada, cogía mi bolso y regresaba a casa. Lo que llamaba mi casa no era una casa ni un piso, sino solo una pequeña habitación sin lavabo. Se la alquilaba a una vieja que se levantaba cada mañana al alba para rezar y luego llamaba a mi puerta. Aunque no empezaba a trabajar hasta las ocho, siempre me levantaba a las cinco, para tener tiempo de coger la toalla y bajar para unirme a la cola de hombres y mujeres que esperaban turno para entrar en el cuarto de baño. Mi escaso salario solo me permitía vivir en esa casa, situada en un estrecho callejón flanqueado de talleres donde varios fontaneros y herreros ofrecían sus servicios. Tenía que abrirme paso a través de una serie de estrechas callejuelas y andar un trecho por la calle principal hasta la parada del autobús. Cuando llegaba el autobús, todos los hombres y mujeres que aguardaban en la parada se abalanzaban sobre las puertas y forcejeaban para intentar subir. Yo me unía a la masa de cuerpos que luchaban para abrirse paso, pero una vez dentro del vehículo, me sentía como si acabara de entrar en un horno, donde todos los cuerpos comprimidos parecían fundirse en una sola masa compacta.

El edificio de la empresa donde trabajaba tenía dos entradas: una para los empleados más importantes, que nadie vigilaba, y otra para los oficinistas de segundo orden, donde montaba guardia uno de los empleados, como si fuera un celador. Permanecía sentado detrás de un pequeño mostrador con un gran libro de registro frente a él. Los empleados y empleadas firmaban en el libro por la mañana al llegar y de nuevo cuando volvían a salir al final de la jornada. Buscaba mi nombre en la larga lista y ponía mi firma al lado. Luego el hombre anotaba a continuación la hora y el minuto exactos de mi llegada. Cuando me marchaba al concluir la jornada, tomaba nota de la hora de salida con idéntica precisión.

En cambio, los altos cargos entraban y salían a su antojo. Todos viajaban en coche, grande o pequeño. Solía verlos sentados en sus coches mientras yo viajaba de pie en el autobús, apoyada en una sola pierna, comprimida entre la masa de cuerpos. Un día, uno de ellos me

divisó cuando intentaba alcanzar el autobús y buscaba algún lugar donde poner el pie para encaramarme. Me dirigió una mirada de alto jefe ante una oficinista de segundo orden. La sentí posarse en mi nuca y deslizarse sobre mi cuerpo como agua fría; la sangre se me subió a la cabeza y mi pie tropezó con algo, obligándome a detenerme. Acercó el coche hasta mí y me ofreció:

—Puedo llevarla si quiere.

Lo miré a los ojos. En ellos pude leer claramente: «Eres una pobre, miserable empleada, que no merece ninguna consideración y acabas de perder el autobús. Te llevaré en mi coche porque tu cuerpo de mujer me excita. Es un honor para ti ser deseada por un alto mando tan respetable como yo. ¿Y quién sabe?, tal vez un día, en el futuro, pueda ayudarte a conseguir un aumento de sueldo antes que las demás».

Al ver que no le respondía, creyó que no lo había oído y repitió:

—Puedo llevarla si quiere.

Le respondí fríamente:

—El precio de mi cuerpo es muy superior al importe de un aumento de sueldo.

Se me quedó mirando asombrado, preguntándose tal vez cómo había podido adivinar tan fácilmente sus intenciones. Lo observé alejarse pisando el acelerador a fondo.

* * *

Después de pasarme tres años en la empresa, comprendí que cuando era prostituta se me trataba con mayor respeto y se me valoraba más que a cualquiera de las empleadas de la compañía, y en esto me incluyo a mí misma. Entonces vivía en una casa con mi propio cuarto de baño privado. Podía usarlo cuando me parecía y encerrarme dentro sin que nadie me diera prisa. Mi cuerpo nunca estaba comprimido entre otros cuerpos en el autobús, expuesto a los ataques de los órganos masculinos que se restregaban contra él por delante y por detrás. Su precio no era barato y no podía pagarse con un simple aumento de sueldo, una invitación a cenar o un paseo en coche junto al Nilo. Tampoco era el precio que se esperaba que pagase para ganarme el beneplácito de mi director o para evitar las iras del presidente.

En todos esos tres años, ningún alto ejecutivo o empleado de alto rango llegó a rozarme siquiera ni una sola vez. No estaba dispuesta a humillar mi cuerpo por un pequeño precio, sobre todo después de haber estado acostumbrada a cobrar muy caros mis servicios. También rechazaba las invitaciones a cenar o a dar un paseo en coche junto al

Nilo. Al finalizar la larga jornada de trabajo, prefería regresar a mi casa y acostarme. Me daban lástima las otras chicas que eran tan ingenuas como para ofrecer sus cuerpos y su esfuerzo físico cada noche a cambio de una cena o de un buen informe anual, o solo para evitar ser tratadas injustamente, o discriminadas, o trasladadas. Cada vez que alguno de los directores me hacía proposiciones, le respondía:

—No es que valore más mi honor y mi reputación que los de las demás chicas, pero mi precio es mucho más alto.

Acabé comprendiendo que el temor de una empleada a perder su empleo es más grande que el temor de una prostituta a perder la vida. La empleada teme perder su puesto de trabajo y convertirse en prostituta porque no entiende que la prostituta lleva, de hecho, una vida mejor que la suya. Y acaba pagando el precio de sus temores ilusorios con su vida, su salud, su cuerpo y su mente. Paga el más alto precio por cosas de valor ínfimo. Descubrí que todas éramos prostitutas que nos vendíamos a diferente precio y que era preferible ser una prostituta cara que una barata. También comprendí que si perdía mi empleo, solo perdería un salario de miseria, el desdén que podía observar a diario en los ojos de los altos ejecutivos cuando contemplaban a las empleadas de segundo orden, la humillante presión de los cuerpos masculinos contra el mío cada vez que viajaba en autobús y la larga cola matutina frente al váter permanentemente atascado.

No tenía demasiado interés en conservar mi puesto y quizás por eso los mandos de la empresa parecían cada vez más deseosos de retenerme. No hice ningún esfuerzo especial para congraciarme con ninguno de los altos jefes. Al contrario, fueron ellos quienes empezaron a competir por mis favores. Y de ese modo comenzó a correr la voz de que yo era una mujer honorable y una empleada muy respetada, la más honorable y la mejor considerada de todas las empleadas de la empresa, de hecho. También se rumoreaba que ninguno de los hombres había conseguido vencer mi orgullo y que ni un solo alto jefe había logrado hacerme inclinar la cabeza o bajar la mirada al suelo.

Sin embargo, a pesar de todo, me gustaba mi trabajo. Allí me encontraba con mis compañeras. Podía charlar con ellas y ellas podían charlar conmigo. Mi oficina era más agradable que el cuarto donde vivía. En los lavabos de la oficina no había colas y nadie me daba prisa cuando me encerraba dentro. Alrededor del edificio había un pequeño jardín donde podía sentarme un rato al final de la jornada antes de regresar a casa. A veces todavía seguía allí después de caer la noche, sin ninguna prisa por regresar a mi sórdida habitación, a los sucios callejones y al hedor de las letrinas.

* * *

Un día uno de los empleados me encontró ahí sentada. Primero se asustó al divisar una forma oscura del tamaño de un cuerpo humano encorvada, inmóvil, en medio de la oscuridad.

—¿Quién anda? ¿Quién está ahí en el banco? —gritó desde lejos.

—Soy yo, Firdaus —respondí con voz triste.

Se acercó un poco y entonces me reconoció. Y pareció sorprenderse al encontrarme sentada ahí sola, pues estaba considerada como una de las mejores empleadas de la empresa y las mejores empleadas solían marcharse inmediatamente a casa una vez concluida la jornada.

Le dije que estaba descansando porque me sentía fatigada. Se sentó a mi lado. Se llamaba Ibrahim. Era un hombre bajito y corpulento, con el pelo negro bastante rizado y ojos también negros. Pude verlos fijos en mí en medio de las sombras de la noche y tuve la impresión de que también podían verme a pesar de la oscuridad. Cada vez que ladeaba la cabeza me seguían, resistiéndose a soltarme. Hasta después de que me hubiera tapado los ojos con las manos, parecieron atravesarlas para observar qué ocurría detrás. Aun así, al cabo de un rato me cogió las manos, las apartó suavemente de mi rostro y me dijo:

—Firdaus, por favor, no llores.

—Déjame llorar —protesté.

—Pero nunca te había visto llorar hasta hoy. ¿Qué ha pasado?

—Nada… No ha pasado absolutamente nada.

—No es posible. Tiene que haber pasado algo.

—No ha pasado nada —repetí.

Pareció sorprendido.

—¿Entonces lloras por nada?

—No sé por qué lloro. No me ha ocurrido nada nuevo.

Permaneció sentado a mi lado en silencio, con la mirada perdida en la noche y algunas lágrimas se acumularon por un instante en sus ojos negros con un reluciente resplandor. Apretó los labios y tragó con fuerza, y el brillo de sus ojos se apagó bruscamente. Luego comenzaron a relucir de nuevo e instantes después volvieron a apagarse, como diminutas llamas sofocadas en la oscuridad. Continuó apretando los labios y tragando saliva con fuerza, pero finalmente vi derramarse dos lágrimas de sus ojos y deslizarse por ambas mejillas. Se cubrió la cara con una mano, sacó un pañuelo con la otra y se sonó.

—¿Estás llorando, Ibrahim? —le pregunté.

—No, Firdaus.

Escondió el pañuelo, tragó saliva con esfuerzo y me sonrió. Un profundo silencio reinaba en el patio a nuestro alrededor. No se escuchaba ni un rumor y todo permanecía quieto, estático, en

suspenso. La oscuridad cubría el cielo sobre nuestras cabezas, sin un rayo de sol o de luna. Yo lo miraba con la cara vuelta hacia él y los ojos fijos en los suyos. Pude ver dos aros de blanco puro en torno a dos círculos de un negro intenso, que también me miraban. Continué observándolos. El blanco pareció volverse aún más blanco y el negro todavía más negro, como si una luz fluyera a través de ellos desde un foco misterioso y desconocido, que no estaba en la tierra ni en el cielo, pues el oscuro manto de la noche cubría la tierra y en el cielo no había sol ni luna para iluminarlos.

Retuve sus ojos con la mirada. Busqué su mano y la estreché. Cuando nuestras manos entraron en contacto sentí una extraña descarga inesperada, que hizo estremecerse mi cuerpo con un placer profundo, remoto, que se remontaba más allá de los años de mi vida recordada, más profundo que la conciencia que me había acompañado durante todo ese tiempo. La sentí en algún punto de mi ser, en una parte que había nacido conmigo, pero que no me había acompañado al crecer. O como algo que había experimentado antes de nacer y luego había dejado atrás.

En aquel instante, me vino a la memoria un recuerdo y separé los labios para expresarlo en palabras, pero no me salió la voz, como si nada más recordarlo ya lo hubiese olvidado. El corazón me dio un vuelco, abrumado por su angustiado, casi frenético, palpitar por algo que acababa de perder o que estaba a punto de perder para siempre. Mis dedos se aferraron a su mano con tal violencia que ninguna fuerza en el mundo, por poderosa que fuese, habría sido capaz de separarlo de mí.

* * *

A partir de aquella noche, cada vez que nos cruzábamos, mis labios se separaban para decir algo. Pero nada más recordarlo, volvía a quedar olvidado enseguida. Mi corazón latía asustado o con una emoción parecida al temor. Habría querido alargar la mano para coger la suya, pero él entraba en las oficinas y volvía a salir sin fijarse en mí y si alguna vez me dirigía la mirada lo hacía como si mirase a cualquier otra empleada.

Lo oí tomar la palabra en una gran asamblea de trabajadores para hablar de la justicia y de la abolición de los privilegios de que gozaba la dirección respecto al resto del personal. Lo aplaudimos con entusiasmo y me quedé esperando un largo rato junto a la puerta para estrecharle la mano. Cuando me tocó el turno, retuvo mi mano en la suya y sus ojos se posaron un largo instante en los míos. Sentada en mi despacho, garabateaba distraídamente su nombre sobre la superficie de madera o en el dorso de mi mano y cada vez que lo veía

cruzar el patio interior, me levantaba en el acto dispuesta a salir corriendo a su encuentro. Pero enseguida volvía a sentarme. A menudo, mi amiga Fatiya me veía levantarme y sentarme de nuevo de ese modo. Entonces se me acercaba y me susurraba al oído:

—¿Qué te pasa, Firdaus?

Yo le respondía preguntándome en tono pensativo:

—¿Lo habrá olvidado Ibrahim?

—¿Qué habrá olvidado? —replicaba ella.

—No lo sé, Fatiya.

—Vives en un mundo de fantasía, pequeña.

—No es cierto, Fatiya. No es cierto. Ocurrió de verdad.

—¿Qué ocurrió exactamente? —quería saber entonces ella.

Intenté explicarle lo que había pasado, pero no supe cómo describírselo o puede que no supiera qué decirle, como si hubiera ocurrido algo, pero ya hubiera olvidado exactamente qué había sido o como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

Cerré los ojos e intenté rememorar la escena. Dos círculos de un negro intenso rodeados de dos aros de un blanco purísimo se perfilaban gradualmente ante mis ojos. Después de mirarlos un rato, empezaban a expandirse, se ampliaban rápidamente, se hacían cada vez más grandes, hasta que el negro alcanzaba el tamaño de la tierra y el blanco se convertía en una deslumbrante masa blanca, tan amplia como el disco solar. Mis ojos se zambullían en el negro y en el blanco hasta que no lograba distinguirlos. Las imágenes se difuminaban ante mí hasta que ya no lograba distinguir el rostro de mi madre del de mi padre, el de Wafiya del de Fatiya, el de Iqbal del de Ibrahim. Abría los ojos aterrada, como si temiera perder la vista. Los contornos del rostro de Fatiya seguían ante mí, perfilados contra las tonalidades oscuras de la tierra o contra la deslumbrante luz blanca del sol.

—¿Estás enamorada de Ibrahim? —me preguntó.

—En absoluto.

—¿Entonces por qué tiemblas cada vez que oyes pronunciar su nombre?

—¿Yo? ¡Qué va! Eso no me ha ocurrido nunca. Siempre exageras las cosas, Fatiya.

—Ibrahim es un hombre estupendo y un revolucionario. —oí que me decía.

—Ya lo sé. Pero yo solo soy una insignificante empleada. ¿Cómo iba a enamorarse Ibrahim de una pobre joven como yo?

* * *

Se creó un comité revolucionario en la empresa, presidido por

Ibrahim. Me apunté al comité y empecé a trabajar día y noche para él, hasta los festivos. Era un trabajo voluntario. Ya no me preocupaba mi salario. Ni tampoco me preocupaba tener que hacer cola cada mañana para usar el lavabo y dejó de humillarme la presión de los cuerpos en torno a mí. Un día, lbrahim me vio correr para alcanzar el autobús, detuvo su modesto coche y me llamó. Subí y me senté a su lado. Instantes después oí que me decía:

—Te admiro, Firdaus. Si en la empresa hubiera solo cinco personas con tu mismo celo, energía y convicción, podríamos conseguir casi cualquier cosa en este mundo.

No respondí. Sostenía el bolso apretado contra el pecho para intentar acallar los fuertes latidos de mi corazón y restablecer el ritmo normal de mi respiración. Pero al cabo de un rato advertí que seguía respirando aceleradamente. Para disimular la emoción que me embargaba, pronuncié una excusa que sonó bastante burda:

—Todavía estoy sin aliento por la carrera para alcanzar el autobús.

Debió comprender lo que me ocurría, pues se limitó a sonreír sin hacer ningún comentario. Pasado un rato, me preguntó:

—¿Quieres que te lleve directamente a casa o podemos sentarnos a charlar en algún sitio?

La pregunta me cogió desprevenida y le respondí espontáneamente, sin pararme a pensar:

—No quiero volver a casa. —Luego, para disimular mi desliz, me apresuré a añadir—: Pero tú debes de estar cansado después de la larga jornada. Quizá sea preferible que te vayas a casa a descansar.

—Tal vez me convenga más charlar un rato contigo. Quiero decir, si tú no estás cansada y no prefieres volver a casa para descansar, naturalmente.

—¡Descansar! —repliqué, casi sin saber qué decía—. Jamás he sabido qué significa eso.

Sentí su mano cálida y firme sobre la mía y noté un temblor en todo mi cuerpo. Hasta las raíces de mi vello parecieron estremecerse.

Él me preguntó con voz queda:

—Firdaus, ¿te acuerdas de la primera vez que hablamos?

—Sí.

—Desde aquel día, no he parado de pensar en ti.

—También yo he estado pensando en ti.

—He intentado disimular mis sentimientos, pero ya no es posible.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí.

Aquel día hablamos de todo. Le describí mi infancia y lo que había ocurrido en mi vida hasta entonces y él también me habló de sus años infantiles y de sus sueños para el futuro. Volvimos a reunirnos al día siguiente y estuvimos charlando de todo con mayor libertad. Incluso le

conté cosas que hasta entonces me había ocultado a mí misma, negándome a afrontarlas. También él fue muy sincero conmigo y no me ocultó nada. El tercer día me llevó a su casita y pasé la noche con él. Estuvimos charlando reposadamente durante largo rato y cuando hubimos acabado de decirnos todo lo que teníamos que decir, nos abandonamos el uno al otro en un cálido abrazo.

Me sentía como si tuviera todo el mundo en mis manos. Y este pareció crecer y ensancharse, y el sol brillaba más luminoso que antes. Todo a mi alrededor parecía flotar envuelto en una luz radiante, hasta la cola matutina para usar el lavabo. Los ojos de los pasajeros del autobús ya no se veían apagados y amarillentos y comenzaron a resplandecer con una nueva luz. Cuando me miraba en el espejo, mis ojos centelleaban como diamantes. Mi cuerpo se volvió ligero como una pluma y podía trabajar todo el día sin cansarme ni sentir necesidad de dormir.

Una mañana, una compañera de oficina se me quedó mirando y luego exclamó con una nota de asombro en su voz:

—¿Qué te está pasando, Firdaus?

—¿Por qué me lo preguntas? —Quise saber.

—Tu cara no es la misma.

—¿Cómo que no es la misma?

—Parece brillar con un resplandor interno.

—Estoy enamorada.

—¿Enamorada?

—¿No sabes lo que es estar enamorada? —le pregunté.

—No —me respondió con voz triste.

—Pobre niña —comenté.

—Pobre mujer ilusa —me replicó ella—, ¿crees que existe el amor?

—El amor me ha transformado en otra persona. Ha embellecido el mundo para mí.

Había un tono de profunda tristeza en su voz cuando me respondió:

—Estás viviendo una ilusión. ¿De verdad crees en las palabras de amor que susurran a los oídos de las mujeres sin un céntimo como nosotras?

—Pero él es un revolucionario. Lucha por todas nosotras y por todas las personas que se ven privadas de una vida decente.

—Realmente me das lástima. ¿Crees que lo que dicen en esas reuniones es verdad?

—Calla. —la corté indignada—. Llevas gafas oscuras y no te dejan ver el sol.

El sol me daba en la cara. Contemplé la cálida luz que me rodeaba, regocijándome maravillada con su resplandor cuando lo vi cruzar el

patio a la hora acostumbrada. Sus ojos centelleaban con un extraño brillo desconocido bajo la luz solar. Me parecieron distintos, como los ojos de otro hombre y me sentí distante. Corrí a su encuentro, pero un grupo de empleados y empleadas se había agolpado a su alrededor y todos empezaron a estrecharle la mano y a felicitarlo. No me vio en medio de la muchedumbre. Escuché unas palabras que retintinearon con un timbre extraño en mis oídos:

—Ayer se prometió con la hija del presidente. Es un chico inteligente y merece toda la buena suerte que quiera concederle la vida. Tiene un brillante futuro por delante y ascenderá rápidamente en la empresa.

Me cubrí los oídos para acallar el sonido de sus voces. Me alejé del alegre gentío que lo rodeaba y crucé la puerta de la empresa, pero no regresé a casa.

Estuve deambulando largo rato por las calles. Mis ojos no veían nada, pues no paraban de derramar lágrimas, que aunque a ratos se secaban, enseguida volvían a fluir copiosamente. Al caer la noche, estaba completamente exhausta. Mi llanto cesó de golpe, como si dentro de mí se hubiera cerrado una espita. Mi cara y mi cuello no tardaron en secarse, pero todavía tenía empapado el corpiño del vestido. La fría brisa nocturna me calaba los huesos. Tiritando, me abracé el pecho para intentar calentarme. Recordé el contacto de su abrazo y empecé a temblar todavía más. Lloré, pero mis lágrimas se habían secado definitivamente. Escuché un sonido que parecía el sollozo de una mujer y comprendí que esa voz que oía era la mía.

Esa misma noche volví a las oficinas de la empresa. Entré en mi despacho, recogí mis papeles, los metí en el bolso y salí del edificio por la puerta principal. Desde que me había enterado de la noticia por la mañana, no había vuelto a ver a Ibrahim. Me detuve un instante antes de cruzar la puerta y paseé una lenta mirada a mi alrededor. Mis ojos se posaron en el pequeño jardín trasero. Me dirigí hacia allí y me senté. Seguí escudriñando mi entorno. Cada vez que oía un sonido a lo lejos o me parecía percibir algún movimiento, aguzaba los oídos y la vista. Cerca de la entrada del patio vi agitarse una sombra, más o menos del tamaño de un cuerpo humano. Me incorporé de un brinco. Mi corazón latía desbocado, la sangre empezó a borbotear desordenadamente en mi pecho y se me subió a la cabeza. La forma parecía avanzar hacia mí. Sentí que mis piernas se movían para acudir a su encuentro. Tenía el cuerpo bañado en sudor. Sentía húmeda la cabeza y las palmas de las manos. Un leve estremecimiento de miedo recorrió mi cuerpo mientras cruzaba el patio a oscuras. En voz tan baja que no me llegó al oído, lo llamé:

—Ibrahim.

Pero el silencio siguió siendo tan denso como antes. Mi temor

creció, pues seguía viendo lo que parecía una forma humana en medio de las sombras. Volví a gritar, esta vez con voz sonora y audible:

—¿Quién anda?

El sonido de mi voz pareció disipar mi sueño, como se despierta una persona dormida al escuchar sus propias palabras. La oscuridad se despejó y divisé un muro de ladrillo que habían levantado frente a la entrada del patio. Era un muro bajo, de la altura de un hombre de estatura media, de ladrillos desnudos, sin enlucir. Aunque lo había visto antes, pareció brotar ante mis ojos en ese mismo instante.

Antes de salir del patio, dirigí una última mirada a mi alrededor. Mis ojos escudriñaron las ventanas, las puertas y las paredes, con la esperanza de ver abrirse de pronto algún resquicio para revelarme por un instante sus ojos o su mano levantada en su gesto habitual de despedida. Mis ojos no paraban de moverse, inquietos. A cada instante perdía toda esperanza, solo para volverla a recuperar en el acto. Mi mirada reanudaba su frenética búsqueda y mi pecho inhalaba y espiraba más profundamente. Antes de salir a la calle, me detuve por última vez, inmóvil en medio de la oscuridad. Mientras me alejaba calle abajo, todavía seguí volviéndome como esperando que ocurriera algo, pero las ventanas y las puertas permanecieron tan firmemente cerradas como antes.

* * *

Jamás había experimentado un sufrimiento tan intenso, ni había sentido un dolor tan profundo. Cuando vendía mi cuerpo a los hombres, el dolor era mucho menor. Era un dolor más imaginario que real. Cuando era prostituta no era yo misma, mis sentimientos no brotaban de mi interior. En realidad, no eran míos. Nada podía lastimarme de verdad, ni hacerme sufrir como sufrí entonces. Jamás me había sentido tan humillada como en aquella ocasión. Quizá como prostituta vivía una humillación tan profunda que nada más contaba en realidad. Cuando la calle se convierte en tu modo de vida, ya no esperas nada, no pones esperanzas en nada. Pero yo esperaba algo del amor. Cuando me enamoré, empecé a imaginar que me había convertido en un ser humano. Cuando era prostituta nunca daba nada gratis, siempre pedía algo a cambio. Pero cuando me enamoré, entregué mi cuerpo y mi alma, mi mente y todos los esfuerzos de que era capaz a cambio de nada. Jamás pedí nada, entregué cuanto tenía, me abandoné totalmente, renuncié a todas mis armas, bajé todas mis defensas y desnudé mi carne. Cuando era prostituta, me protegía, me defendía en todo momento, jamás bajaba la guardia. Para proteger mi yo interior profundo de los hombres, les ofrecía solo una envoltura externa. Me guardaba mi corazón y mi alma para mí, mientras dejaba

que mi cuerpo cumpliera su papel, pasivo, inerte, insensible. Aprendí a resistir a través de la pasividad, a conservar mi integridad no ofreciendo nada, a refugiarme en un mundo propio para vivir. En otras palabras, le daba a entender al hombre que podía poseer mi cuerpo, que podía poseer un cuerpo inerte, pero que jamás conseguiría hacerme reaccionar o temblar, que no lograría hacerme sentir placer ni dolor. No hacía ningún esfuerzo, no derrochaba ninguna energía, no ofrecía ningún afecto, no aportaba ninguna idea. Por eso nunca me sentí cansada ni vacía. En el amor, en cambio, lo di todo: mis capacidades, mis esfuerzos, mis sentimientos, mis emociones más profundas. Como una santa, entregué cuanto tenía sin pararme a pensar ni un instante en el coste. No esperaba nada, absolutamente nada, salvo tal vez una cosa: salvarme de todo aquello a través del amor. Volver a encontrarme, recuperar mi yo perdido. Transformarme en un ser humano que no sería objeto de burla ni desprecio, sino una persona respetada y valorada, completa.

No estaba destinada a ver cumplidas mis esperanzas. Pese a mis esfuerzos y a los sacrificios que había hecho, como una soñadora embaucada por una causa, seguía siendo una pobre empleada insignificante. Mi virtud, como la virtud de todas las personas pobres, jamás se consideraría una cualidad ni un mérito, sino más bien una prueba de estupidez o de pobreza de espíritu, más menospreciada aún que la depravación o el vicio.

* * *

Había llegado el momento de renunciar al último resto de virtud, a la última gota de mansedumbre que quedaba en mi sangre. Por fin veía claramente la realidad, conocía la verdad. Sabía lo que quería. Las ilusiones ya no tenían cabida en mi vida. Era preferible triunfar como prostituta que ser una santa embaucada. Todas las mujeres son víctimas del engaño. Los hombres se lo imponen y luego las castigan por haberse dejado engañar, las empujan hasta los más profundos abismos y luego las castigan por haber caído tan bajo, las atan a través del vínculo del matrimonio y luego las condenan a la servidumbre de por vida o a un régimen de insultos y golpes.

Por fin había comprendido que la menos engañada de todas era la prostituta. Que el matrimonio era un sistema basado en el más cruel sufrimiento para las mujeres.

* * *

Era medianoche y el silencio reinaba en las calles. Una suave brisa

soplaba invitadora desde el Nilo. Estuve paseando junto al río, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Ya no sentía ningún dolor. Todo parecía impregnado de paz a mi alrededor. La dulce brisa que me acariciaba la cara, las calles vacías y las hileras de ventanas y puertas cerradas, el sentimiento de ser rechazada por los demás y la conciencia de poder rechazarlos a mi vez, el distanciamiento de todo, hasta de la tierra y del cielo y de los árboles. Me sentía como si caminara a través de un mundo encantado al cual no pertenecía. Como una mujer libre de hacer lo que quisiera y libre de no hacerlo. Una mujer capaz de experimentar el raro placer de no estar vinculada a nadie, de haber roto con todo, de haber cortado todos los lazos con el mundo circundante, de ser plenamente independiente y de vivir a fondo su independencia, de gozar de la libertad de no estar atada a un hombre, al matrimonio ni al amor; el placer de estar al margen de todas las limitaciones basadas en normas y leyes, asociadas a una época o al universo. Si el primer hombre que se le acerca no la quiere, se irá con el siguiente o con el que venga luego. Ya no tiene necesidad de esperar la aparición de un solo hombre. No tiene necesidad de angustiarse al ver que no aparece, ni de perder toda esperanza y abandonarse al sufrimiento al ver cómo se derrumban todas sus expectativas. Ya no espera ni desea nada. Ya nada teme, pues ya ha experimentado cuanto podía hacerle daño.

* * *

Abrí los brazos para acoger la noche y empecé a tararear una canción de la que tenía un vago recuerdo de haber escuchado antes:

Nada espero.
Nada deseo.
Nada temo.
Soy libre.

Un magnífico coche con un largo capó se detuvo frente a mí. Cuando el hombre se asomó a la ventanilla, me eché a reír. En la blanda, lujosa cama, me volví de un lado y de otro, pero no hice ningún esfuerzo, y tampoco experimenté placer ni dolor. Al darme la vuelta en la cama, me cruzó por la mente una idea. Los hombres revolucionarios con principios en realidad no eran diferentes del resto. Utilizaban su inteligencia para obtener, a cambio de principios, lo que otros hombres compran con su dinero. La revolución es para ellos como el sexo para nosotras. Algo que se maltrata. Algo que se vende.

* * *

Me topé casualmente con Ibrahim cuatro años después de su boda. Me invitó a acompañarle a su piso. Pero yo me negué porque todavía no había superado mi amor hacia él. No quería prostituirme con él. Varios años después acabé cediendo, sin embargo, a su insistencia y accedí a recibirle en mi casa. Al ver que se disponía a marcharse sin hacer ademán de pagarme, le dije:

—Te has olvidado de pagarme.

Con dedos temblorosos, extrajo un billete de diez libras de su cartera y me lo dio:

—Nunca cobro menos de veinte libras —le aclaré y enseguida añadí—: y a veces incluso más.

Sacó otro billete de diez libras de la cartera y volvieron a temblarle las manos. Comprendí que nunca me había amado de verdad y solo acudía a mí cada noche porque no tenía que pagarme.

* * *

Empecé a comprender que en realidad odiaba a los hombres, pero lo había mantenido cuidadosamente en secreto durante largos años. Detestaba sobre todo a los que intentaban darme consejos o decían que querían salvarme de la vida que llevaba. Los odiaba más que a los demás porque se creían mejores que yo y por su convicción de que podrían ayudarme a cambiar de vida. Pretendían representar el papel de caballeros, el mismo que no habían sabido cumplir en otras circunstancias. Querían sentirse nobles y elevados recordándome que había caído muy bajo. «Qué magnánimo soy —se decían—. Estoy dispuesto a intentar sacar a esta mujerzuela del arroyo antes de que sea demasiado tarde».

Me negaba a darles la oportunidad de representar ese papel. Ninguno de ellos había acudido a salvarme cuando estaba casada con un hombre que me pegaba y me maltrataba a diario. Y ninguno de ellos había acudido tampoco a salvarme cuando mi corazón quedó destrozado por haber tenido la osadía de amar a alguien. La vida de una mujer siempre es desdichada. Pero la de la prostituta es un poquitín mejor. Llegué a convencerme de que había escogido libre y voluntariamente esa vida. El hecho de rechazar sus nobles intentos de salvarme y mi insistencia en seguir siendo una prostituta me servían para demostrarme que había elegido ese modo de vida y que gozaba de alguna libertad, aunque solo fuera la libertad de vivir en una situación preferible a la de otras mujeres.

* * *

Una prostituta siempre acepta las propuestas y luego fija su precio. Si las rechaza, deja de ser prostituta. Yo no era una prostituta en todo el sentido de la palabra y por eso de vez en cuando me negaba. A resultas de ello, mi precio era cada vez más alto. Un hombre no puede soportar que una mujer lo rechace, porque en el fondo él mismo se desprecia secretamente. Nadie puede soportar este doble rechazo. Por eso, cada vez que decía que no, el hombre seguía insistiendo. Por alto que fuera el precio, no podía soportar verse rechazado por una mujer.

Empecé a tener mucho éxito como prostituta. Cobraba las tarifas más altas y hasta los hombres más importantes competían por mis favores. Un día, una personalidad muy importante de un país extranjero oyó hablar de mí. Se las arregló para poder observarme sin ser visto. Inmediatamente después me mandó llamar, pero yo me negué a verlo. Sabía que los políticos importantes no pueden soportar verse derrotados ante los demás, probablemente porque siempre llevan un secreto sentimiento de derrota dentro. Un ser humano no puede soportar una doble derrota. Ese es el secreto de sus continuos esfuerzos por alcanzar más y más poder. Ejercer poder sobre otros les proporciona un sentimiento de supremacía. Los hace sentirse victoriosos, en vez de vencidos. Encubre el vacío interior que en el fondo sienten, a pesar de la impresión de grandeza que intentan transmitir y que es lo único que en realidad les importa.

Mi negativa hizo que redoblara sus esfuerzos para triunfar sobre mí. Empezó a enviar a diario a mi casa a un funcionario de la policía que intentaba convencerme con argumentos distintos cada vez. Pero yo me mantuve firme en mi negativa. Un día me ofreció dinero. Otro me amenazó con la cárcel. El tercero me explicó que rechazar a un jefe de Estado podría ser considerado un ultraje contra su alta persona y causar dificultades en las relaciones entre ambos países. Añadió que si de verdad amaba a mi país, si era una auténtica patriota, debía acudir de inmediato a su lado. Entonces le expliqué al funcionario de la policía que el patriotismo no significaba nada para mí, que mi país no solo no me había dado nada, sino que encima me había quitado cuanto tenía, incluidos mi honor y mi dignidad. Me sorprendió comprobar el fuerte impacto que parecieron causarle mis palabras. No se explicaba esa total ausencia de sentimientos patrióticos en una persona. Me entraron ganas de reír a carcajadas ante su ridícula reacción, la paradoja que personificaba, su doble rasero moral. Quería llevar una prostituta a la cama de ese importante personaje, como un vulgar chulo cualquiera, y al mismo tiempo hablaba en tono rimbombante de patriotismo y de principios morales. Pero comprendí que el funcionario de policía solo cumplía órdenes y que cualquier orden recibida se convertía en un deber nacional sagrado para él. Le

daba igual llevarme a la cárcel o a la cama de un hombre importante. En ambos casos estaría cumpliendo un sagrado deber nacional. En aras del deber nacional, una prostituta podía recibir los más altos honores y un asesinato podía transformarse en un acto de heroísmo.

Me negaba a ir con esa clase de hombres: mi cuerpo solo me pertenecía a mí, aunque ellos pudieran disponer a su antojo de nuestro país. Una vez me llevaron a la cárcel por haber rechazado a uno de esos hombres importantes. Entonces contraté a un prestigioso abogado con unos honorarios elevadísimos y al poco tiempo salí en libertad sin cargos. El tribunal dictaminó que era una mujer honorable. Así descubrí que para proteger el honor se necesitan grandes sumas de dinero, pero no es posible obtener tanto dinero sin perder el honor. Un círculo infernal imparable que cada vez me arrastraba más cerca del abismo.

* * *

Jamás dudé, sin embargo, ni un instante de mi integridad y honorabilidad como mujer. Sabía que mi profesión era un invento de los hombres y que estos dominaban ambos mundos, el de la tierra y el del cielo. Sabía que los hombres obligan a las mujeres a vender sus cuerpos y que el cuerpo peor pagado es el de una esposa. Todas las mujeres son prostitutas de algún modo. Yo era una mujer inteligente y por eso prefería ser una prostituta libre antes que una esposa esclavizada. Cada vez que entregaba mi cuerpo cobraba el precio más alto. Podía emplear tantos criados y criadas como quisiera para que me lavaran la ropa y me limpiaran los zapatos, podía contratar un abogado para defender mi honor aunque sus honorarios fuesen muy elevados, podía pagar a un médico para que me hiciera un aborto, podía sobornar a un periodista para que publicara mi foto en el diario y escribiera unas líneas sobre mí. Todas las personas tienen un precio y cada profesión tiene su tarifa. Cuanto más respetable es la profesión, más altos son los honorarios, y el precio de una persona va subiendo a medida que asciende en la escala social. Un día, después de hacer una donación a una asociación caritativa, los diarios publicaron mi foto y me ensalzaron como una ciudadana modélica con un gran sentido de la responsabilidad cívica. Y en adelante, siempre que sentía necesidad de una dosis de honor o de fama, me bastaba con retirar algún dinero del banco para conseguirla.

* * *

Pero los hombres poseen una misteriosa y siniestra capacidad para

olfatear el dinero. Un buen día, uno de ellos se presentó y me pidió que me casara con él. Lo rechacé. Todavía sentía la marca de las suelas de los zapatos de mi marido sobre mi cuerpo. Luego compareció otro que buscaba mi amor, pero también lo rechacé. Aún conservaba en algún rincón recóndito de mi ser algunos vestigios de mi antiguo dolor.

Creía haber conseguido escapar de los hombres, pero el que se me acercó a continuación ejercía una bien conocida profesión masculina. Era un proxeneta. Creí poder comprarlo ofreciéndole dinero, como hacía con la policía. Pero lo rechazó y se empeñó en participar de mis ingresos.

—Todas las prostitutas tienen un macarra para que las proteja de los demás macarras y de la policía —me dijo—. Y eso es lo que haré yo.

—Pero yo puedo protegerme sola —repliqué.

—No existe ninguna mujer en el mundo que sea capaz de protegerse sola.

—No quiero tu protección.

—Ninguna mujer puede vivir sin protección; de lo contrario, se acabarían las profesiones de marido y proxeneta.

—Me niego a aceptar tus amenazas.

—No intento amenazarte. Solo te estoy dando un consejo.

—¿Y si no acepto tu consejo?

—Entonces tal vez me vea obligado a amenazarte.

—¿Cómo piensas amenazarme?

—Tengo mis propios recursos. Cada oficio tiene sus herramientas.

Acudí a la policía, pero solo me sirvió para constatar que estaba mejor relacionado que yo. Entonces busqué el amparo de la ley, pero descubrí que esta castiga a las mujeres como yo, pero es tolerante con las acciones de los hombres.

Y ese hombre, ese proxeneta llamado Marzuq, pudo reírse a sus anchas de mí mientras observaba a distancia mis vanos esfuerzos por encontrar alguna forma de protegerme de él. Un día me descubrió cuando me disponía a entrar en el portal de mi casa y me siguió. Intenté darle con la puerta en las narices, pero sacó una navaja, me amenazó con ella y se introdujo en mi casa por la fuerza.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero protegerte de los demás hombres —me contestó.

—Pero el único que me ha amenazado eres tú.

—Si no soy yo, será otro. Hay proxenetas por todas partes. Si quieres que me case contigo, lo haré gustoso.

—No veo ninguna necesidad de que encima te cases conmigo. Ya es suficiente con que te lleves lo que gano. Mi cuerpo, al menos, me

pertenece.

Siguió hablando como un gran hombre de negocios:

—Soy un hombre de empresa. Mi capital son los cuerpos de las mujeres y nunca mezclo el trabajo con el amor.

—¿Acaso sabes algo del amor?

—¿Existe alguna persona que sepa qué es el amor? ¿No te has enamorado alguna vez?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora todo ha terminado, ya no siento nada. ¿Y tú?

—Todavía sigue vivo.

—Te compadezco. Debes ser muy desgraciado.

—Intenté olvidarlo, pero no pude.

—¿Es un hombre o una mujer? Los proxenetas suelen preferir a los hombres.

—No, es una mujer.

—¿La mantienes?

—Le doy cuanto tengo. Mi dinero, mis pensamientos, mi cuerpo, todo mi ser y mi energía. Todo. Y, sin embargo, siento que no logro complacerla, que está enamorada de otro hombre.

—Te compadezco.

—Todo el mundo es igual cuando se trata del amor. —Me miró fijamente a los ojos y me dijo—: Vives de ilusiones. Veo en tus ojos que el amor ha quebrado el espíritu que antes resplandecía a través de ellos.

—El amor hace centellear los ojos, no apaga su resplandor.

—Pobrecita, te compadezco. Todavía no has llegado a saber lo que es estar realmente enamorada. Conmigo lo descubrirás.

Intentó atraerme hacia él, pero lo aparté bruscamente y le dije:

—No mezcles el trabajo con el amor.

—¿Quién ha dicho que esto es amor? Simplemente forma parte del trabajo.

—¡Imposible!

—La palabra «imposible» no existe para mí.

Me estrechó entre sus brazos. Sentí el peso familiar sobre mi pecho, pero mi cuerpo se retiró, se encerró en sí mismo apartándose de mí, como un objeto pasivo, sin vida, negándose a rendirse, sin dejarse vencer. Su pasividad era una forma de resistencia, una extraña capacidad para no sentir placer ni dolor, y no permitir que se estremeciera ni un solo pelo de mi cabeza, ni un vello de mi cuerpo.

* * *

Comenzó a quedarse con una parte de todos mis ingresos, de hecho se apropiaba de la mayor parte. Pero cada vez que intentaba acercárseme, lo rechazaba y le repetía:

—Es imposible. No vale la pena que lo intentes.

Entonces me pegaba. Y cada vez lo oía repetir la misma frase mientras los golpes caían sobre mí:

—Esa palabra no existe para mí.

Me enteré de que era un peligroso proxeneta que controlaba a muchas prostitutas, y yo era ahora una más de ellas. Tenía amigos en todas partes, en todas las profesiones, y distribuía generosamente su dinero entre ellos. Tenía un amigo médico a quien recurría cuando alguna de sus prostitutas se quedaba embarazada y tenía que abortar, un amigo en la policía que lo protegía de las redadas, un amigo en los tribunales que utilizaba sus conocimientos jurídicos y su influencia para evitarle problemas y conseguir la libertad de las prostitutas que iban a parar a la cárcel, evitándole tener que prescindir demasiado tiempo de sus ingresos. Comprendí que no era tan libre como me había imaginado, ni mucho menos. Solo era un cuerpo, una máquina que trabajaba noche y día para que una serie de hombres de diversas profesiones pudieran amasar fortunas a mi costa. Ya ni siquiera era dueña de la casa que había pagado con mis esfuerzos y mi sudor. Un día me dije: «No puedo continuar así».

Metí mis papeles en un bolso y ya me disponía a salir, cuando él apareció inesperadamente y me cortó el paso.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

—Voy a buscar trabajo. Tengo un certificado de enseñanza secundaria.

—¿Y acaso no trabajas ya?

—Quiero poder escoger el trabajo que haga.

—¿Crees que hay alguien en todo el ancho mundo que pueda escoger el trabajo que hace?

—No quiero ser esclava de nadie.

—¿Y quién te ha dicho que hay alguien que no sea esclavo? Solo hay dos categorías de personas, Firdaus, los amos y los esclavos.

—En ese caso, quiero ser de la clase de los amos, no de la de los esclavos.

—¿Cómo eres capaz de pensar que puedes llegar a formar parte de los amos? Una mujer sola no puede ser ama y mucho menos una prostituta. ¿No te das cuenta de que lo que pretendes es imposible?

—La palabra «imposible» no existe para mí —le respondí.

Intenté cruzar la puerta, pero me apartó de un empujón y la cerró. Lo miré fijamente y le anuncié:

—Estoy decidida a marcharme.

Me devolvió la mirada y lo oí mascullar:

—Jamás saldrás de aquí.

Continué mirándolo fijamente, sin pestañear. Comprendí que lo odiaba como solo una mujer puede odiar a un hombre, como solo un esclavo puede odiar a su amo. Y por la expresión de sus ojos advertí que él me temía como solo un amo puede temer a su esclavo, como solo un hombre puede temer a una mujer. Pero solo duró un instante. Luego reapareció la expresión arrogante del amo, la mirada agresiva del macho que nada teme. Cogí el pasador de la puerta para abrirla, pero levantó el brazo y me abofeteó. Yo alcé la mano todavía más alto y la dejé caer violentamente sobre su cara. Los blancos de sus ojos se inyectaron de sangre. Intentó sacar la navaja que llevaba en el bolsillo, pero mi mano fue más rápida que la suya. Le arrebaté la navaja y se la clavé profundamente en el cuello, la arranqué del cuello y se la hundí en el pecho, la arranqué del pecho y le atravesé el vientre. Le cosí a navajazos por casi todas las partes del cuerpo. Me asombró la facilidad con que se movía mi mano, hundiendo la navaja en su carne y arrancándola de nuevo casi sin esfuerzo. Mi sorpresa fue aún mayor porque jamás había hecho nada igual. Un interrogante se formó fugazmente en mi mente: ¿cómo se explicaba que no hubiera apuñalado jamás a un hombre hasta entonces? Comprendí que no lo había hecho porque tenía miedo y ese miedo había permanecido siempre vivo dentro de mí, hasta ese breve instante en que descubrí el temor en sus ojos.

* * *

Abrí la puerta, bajé la escalera y salí a la calle. Sentía el cuerpo ligero como una pluma, como si su peso fuera solo producto del miedo acumulado a lo largo de los años. La noche estaba en silencio, quedé maravillada al ver la oscuridad, como si la luz hubiera sido solo una sucesión de ilusiones que habían ido cayendo como velos ante mis ojos. Una magia parecía envolver el Nilo. El aire era fresco, vivificante. Me alejé calle abajo, con la cabeza bien alta, apuntando al cielo, y el orgullo de haber destruido todas las máscaras para desvelar lo que se esconde detrás. Mis pisadas rompían el silencio con su rítmico taconeo sobre la acera. No eran rápidas, como si huyera temerosa de algo, ni tampoco eran lentas. Eran las pisadas de una mujer segura de sí misma, que sabía adónde iba y cuál era su meta. Eran las pisadas de una mujer calzada con costosos zapatos de cuero, con resistentes tacones altos, con los pies arqueados en una femenina curva, que se prolongaba a lo largo de un par de piernas bien torneadas, con la piel tersa y suave, sin rastro de vello.

Nadie habría podido identificarme fácilmente. No me diferenciaba en nada de las mujeres respetables de clase alta. Mi peinado era obra de un peluquero que solo trabajaba para la gente rica. Llevaba los labios pintados en el tono natural que suelen preferir las mujeres respetables porque no oculta completamente su concupiscencia, pero tampoco la descubre del todo. Mis ojos estaban perfilados con líneas perfectamente trazadas para sugerir una seductora atracción o un provocativo recato. Mi aspecto no se diferenciaba en nada del de la esposa de un alto funcionario del gobierno con un puesto de gran autoridad. Pero el eco de mis pisadas, firmes y seguras sobre la acera, demostraba que no pertenecía a nadie.

Me crucé con varios hombres que trabajaban para la policía, pero ninguno se percató de quién era. Quizá me tomaron por una princesa, o una reina, o una diosa. ¿Qué otra mujer caminaría con la cabeza tan alta? ¿Y qué otra podría hacer resonar de ese modo sus pisadas sobre la acera? Me observaron al pasar, mientras yo mantenía la cabeza bien erguida, desafiando sus miradas lascivas. Seguí andando, serena y glacialmente indiferente, mientras mis pisadas continuaban resonando sin aflojar su ritmo. En efecto, sabía que solo esperaban que una mujer como yo diera un traspié para arrojarse sobre ella como aves de presa.

Divisé un elegante coche parado en la esquina. Un hombre asomaba la cabeza por la ventanilla con la lengua casi colgando. Abrió la portezuela del coche y me dijo:

—Acompáñame.

—No —respondí, guardando una cierta distancia.

—Te pagaré lo que me pidas.

—No —repetí.

—Te pagaré lo que quieras, créeme.

—No puedes pagar mi precio, es altísimo.

—Puedo pagar cualquier precio. Soy un príncipe árabe.

—Y yo soy una princesa.

—Te daré mil.

—No.

—Dos mil, entonces.

Escudriñé las profundidades de sus ojos. Comprendí que era un príncipe o un miembro de la familia reinante por el temor que descubrí agazapado en el fondo de sus pupilas.

—Tres mil —dije.

—De acuerdo.

En la fastuosa, mullida cama, cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se alejara de mí. Todavía era joven y vigoroso, con energía para replegarse y fuerza para resistir. Sentí descender el peso de su cuerpo sobre mi pecho, lastrado por la carga de incontables años de vida,

henchido de sudor estancado. Un cuerpo entrado en carnes, resultado de muchos años de comer por encima de sus necesidades, por encima de su gula. Con cada movimiento, repetía la misma necia pregunta:

—¿Te gusta?

Y yo cerraba los ojos y respondía:

—Sí.

Cada vez se alegraba como un crédulo botarate y repetía jadeante la misma pregunta y cada vez yo le respondía:

—Sí.

Su estúpida credulidad fue acentuándose por momentos y con ella su convencimiento de que mis repetidas afirmaciones de estar gozando eran ciertas. Cada vez que le respondía con un «sí», me lanzaba una mirada de embobada satisfacción y aplastaba el peso de su cuerpo contra el mío con redoblado afán. Al fin no pude aguantar más y cuando se disponía a repetir una vez más su estúpida pregunta, estallé en cólera:

—¡¡¡No!!!

Cuando me entregó el dinero, seguía furiosa con él. Le arrebaté los billetes de la mano y los rasgué en pedacitos, dando rienda suelta a la rabia contenida.

El tacto de los billetes bajo mis dedos me pareció idéntico al de la primera piastra que sostuve entre ellos. El movimiento de mis manos para hacer trizas el papel, rasgó a la vez el velo, el último velo que me cubría los ojos y me desveló todas las piezas del enigma que me había tenido confundida hasta entonces, el verdadero enigma de mi vida. Volví a descubrir la verdad que ya había comprendido muchos años antes, cuando mi padre me alargó la mano con la primera piastra que jamás me había dado. Concentré de nuevo la atención en el dinero que tenía en la mano y acabé de destrozar el resto de los billetes. Fue como si con ellos estuviera destruyendo también todo el dinero que había poseído en mi vida, la piastra de mi padre, la piastra de mi tío, todas las piastras que habían pasado por mis manos, y con ellas también a todos los hombres que había conocido, uno tras otro en estrecha sucesión: mi tío, mi marido, mi padre, Marzuq y Bayumi, Daya, Ibrahim; uno tras otro fui haciéndolos pedazos, liberándome definitivamente de ellos, arrancándome la carne de los dedos hasta dejar solo el hueso desnudo, hasta tener la seguridad de haber eliminado hasta el último vestigio de esos hombres.

Con ojos desorbitados de asombro me observó rasgar en pedazos todo un fajo de billetes de banco.

—En verdad eres una princesa. —lo oí declarar—. ¿Cómo pude no creerte cuando me lo dijiste?

—No soy una princesa —repliqué enfadada.

—Primero pensé que eras una prostituta.

—No soy una prostituta. Pero desde mis más tiernos años, mi padre, mi tío, mi marido, todos me entrenaron para serlo.

El príncipe se rio mientras volvía a examinarme y luego sentenció:

—No dices la verdad. Puedo verte en la cara que eres hija de un rey.

—Mi padre no se diferenciaba en nada de un rey, salvo en un detalle.

—¿Cuál es ese detalle?

—Nunca me enseñó a matar. Dejó que lo aprendiera sola mientras intentaba abrirme paso por la vida.

—¿La vida te enseñó a matar?

—Ya lo creo.

—¿Y has matado alguna vez a alguien?

—Sí, lo he hecho.

Se me quedó mirando un breve instante, se rio y sentenció:

—No creo que una persona como tú sea capaz de matar.

—¿Por qué no?

—Porque eres demasiado dulce.

—¿Y quién te ha dicho que para matar no se requiere dulzura?

Volvió a mirarme a los ojos, se rio y dijo:

—No puedo creer que seas capaz de matar ni a un mosquito.

—Quizás no mataría a un mosquito, pero puedo matar a un hombre.

Posó de nuevo su mirada sobre mí, pero esa vez solo muy brevemente y luego repitió:

—No te creo.

—¿Cómo podría convencerte de que lo que digo es verdad?

—Francamente no se me ocurre ninguna manera en que puedas conseguirlo.

Al oír esto, levanté la mano muy alto sobre mi cabeza y la dejé caer violentamente sobre su rostro.

—Ahora podrás creer que te he dado un bofetón. Sería igual de fácil clavarte un cuchillo en el cuello y el movimiento que debería hacer es exactamente el mismo.

Cuando volvió a mirarme, sus ojos estaban llenos de miedo.

—Quizás ahora te convencerás de que soy perfectamente capaz de matarte —le dije—, pues no vales más que un insecto y lo único que sabes hacer es gastarte en prostitutas los millares que robas al pueblo hambriento.

Antes de que pudiera levantarle la mano otra vez, empezó a chillar aterrado, como una mujer en apuros. No paró de gritar hasta que

acudió la policía.

—No la dejéis escapar —les instó—. Es una criminal, una asesina.

—¿Es verdad lo que dice? —me preguntaron ellos.

—Soy una asesina, pero no he cometido ningún crimen. Igual que vosotros, yo solo mato a criminales.

—Pero este hombre es un príncipe y un héroe. No es un criminal.

—Las hazañas de los reyes y de los príncipes solo son crímenes para mí, pues no veo las cosas como vosotros.

—Eres una criminal —replicaron— y tu madre también.

—Mi madre no era una criminal. Ninguna mujer puede ser criminal. Para ser criminal es preciso ser hombre.

—A ver, ¿qué es eso que acabas de decir?

—He dicho que todos sois unos criminales: los padres, los tíos, los maridos, los chulos, los abogados, los médicos, los periodistas, y todos los hombres de todas las profesiones.

—Eres una mujer feroz y peligrosa —sentenciaron.

—Digo la verdad. Y la verdad es feroz y peligrosa.

* * *

Me esposaron las muñecas y me condujeron a la cárcel. Allí me tuvieron confinada en un cuarto con las ventanas y las puertas permanentemente cerradas. Sabía muy bien por qué me temían tanto. Era la única mujer que había arrancado la máscara, dejando al descubierto la verdadera cara de su fea realidad. No me condenaron a muerte por haber matado a un hombre —miles de personas mueren asesinadas a diario—, sino porque temían que siguiera viva. Saben que mientras esté viva no estarán a salvo, saben que los mataré. Mi vida significa su muerte. Mi muerte significa su vida. Quieren seguir viviendo. Y para ellos vivir significa más crímenes, más saqueo, un botín ilimitado. Yo, en cambio, he triunfado sobre la vida y sobre la muerte porque ya no deseo vivir y tampoco me asusta morir. No deseo nada. No espero nada. No temo nada. Y en consecuencia, soy libre. Lo que nos esclaviza durante la vida son nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestros miedos. La libertad de que ahora disfruto los llena de cólera. Querrían poder descubrir que todavía queda en mí algún deseo, algún temor o alguna esperanza. Saben que si así fuera, podrían volver a esclavizarme. Hace algún tiempo, vinieron a decirme:

—Existe una esperanza de que puedas salir en libertad si escribes una carta de apelación al presidente y le pides que te perdone por el crimen que cometiste.

—Pero yo no quiero salir en libertad —respondí— y no quiero que nadie me perdone mi crimen. Porque lo que llamáis mi crimen no fue

un crimen.

—Mataste a un hombre.

—Si salgo y vuelvo a vivir esa vida de la que vosotros sois dueños, continuaré matando siempre. ¿Qué sentido tiene entonces mandarle una carta al presidente para suplicar su perdón?

—¡Criminal! Mereces morir.

—Todo el mundo tiene que morir. Prefiero morir por un crimen que cometí que a causa de uno de los crímenes que vosotros habéis cometido.

* * *

Los estoy esperando. Pronto vendrán a buscarme. Mañana por la mañana ya no estaré aquí. Estaré en un lugar que nadie conoce. Emprender este viaje con destino desconocido, hacia un lugar que no conoce ninguna de las personas que viven en la tierra, aunque sean reyes, príncipes o gobernantes, es algo que me llena de orgullo. Toda mi vida he estado buscando algo de lo cual poder enorgullecerme, algo que me permitiera mantener bien alta la cabeza, más alta que la de cualquier otra persona, sobre todo más alta que la de los reyes, príncipes y gobernantes. Cada vez que encontraba la fotografía de uno de ellos en un diario, le escupía encima. Sabía que solo estaba escupiendo sobre un trozo de papel de periódico que podría usar para forrar los estantes de la cocina, pero aun así siempre le escupía encima y dejaba que el escupitajo se secara solo. Cualquier persona que me hubiese visto escupiendo sobre la foto habría pensado que conocía personalmente al hombre sobre cuyo rostro escupía. Pero en realidad no lo conocía. Al fin y al cabo, solo soy una mujer solitaria. Y es imposible que una mujer, no importa quién sea, pueda llegar a conocer a todos los hombres cuyas fotos salen publicadas en los periódicos. Sí, no importa quién sea la mujer. Yo no era más que una prostituta exitosa y por mucho éxito que tenga una prostituta, jamás podrá llegar a conocer a todos los hombres. Sin embargo, con cada uno de los hombres que conocí, siempre se apoderó de mí un violento deseo de alzar el brazo por encima de mi cabeza y dejar caer con fuerza la mano sobre su rostro. Pero como estaba atemorizada, nunca fui capaz de levantarles la mano. El miedo me había convencido de que era muy difícil ejecutar ese gesto. No sabía cómo superar ese miedo, no lo descubrí hasta el instante en que alcé la mano por primera vez. El movimiento de mi mano al levantarse y volver a descender pulverizó mi miedo. Descubrí que era muy sencillo ejecutar ese movimiento, mucho más fácil de lo que jamás había pensado. Mi mano dejó de ser incapaz de alzarse para caer con violencia sobre uno de sus rostros. Empezó a resultarme muy fácil completar ese

movimiento de la mano y podía manejar con natural desenvoltura cualquier objeto que sostuviera en ella, aunque fuese una navaja afilada para clavarla en un pecho y retirarla luego. La navaja penetraría y volvería a salir con tanta naturalidad como entra el aire en los pulmones y luego vuelve a deslizarse fuera de ellos. Ahora puedo decir la verdad sin ninguna dificultad. Porque la verdad siempre es simple y sencilla. Y en su simplicidad reside su terrible poder. Solo logré descubrir las feroces verdades primitivas de la vida tras muchos años de lucha. En efecto, solo muy raras veces ocurre que una persona pueda llegar a conocer en pocos años las sencillas pero terribles y poderosas verdades de la vida. Y una vez descubierta la verdad ya no se teme a la muerte. Pues la muerte y la verdad se parecen en que ambas exigen un gran valor para afrontarlas. Y la verdad se parece a la muerte porque también mata. Yo maté con la verdad, no con una navaja. Por eso me temen y tienen tanta prisa por ejecutarme. No les asusta mi navaja. Lo que les da miedo es mi verdad. Esta verdad temible me da una enorme fuerza. Me protege del miedo a la muerte o a la vida, al hambre, la desnudez o la destrucción. Y esta verdad temible es lo que me permite no temer a la brutalidad de los gobernantes y los policías.

Escupo sin reparos sobre sus caras y sus palabras engañosas, sobre sus periódicos embusteros.

03

La voz de Firdaus enmudeció de pronto, como una voz escuchada en sueños. Moví el cuerpo como se mueve una persona dormida. Debajo no tenía una cama, sino una superficie sólida como si fuera el suelo, y fría como el suelo, pero su frialdad no alcanzaba mi cuerpo. Era como la frialdad del mar en un sueño. Yo nadaba a través de sus aguas. Estaba desnuda y no sabía nadar. Su voz había enmudecido, pero su eco seguía presente en mis oídos, como un débil sonido distante. Como las voces que escuchamos en sueños. Parecen llegarnos desde muy lejos aunque broten muy cerca, o parecen estar próximas aunque procedan de lejos. En realidad no sabemos de dónde surgen: si de arriba o de abajo, a nuestra izquierda o a nuestra derecha. Podemos llegar a suponer incluso que se elevan desde las profundidades de la tierra, se desprenden de los tejados de las casas o nos llegan caídas del cielo. O incluso pueden afluir desde todas direcciones, como alcanza los oídos el aire desplazado a través del espacio. Pero lo que llenaba mis oídos no era aire. La mujer que permanecía sentada en el suelo frente a mí era una mujer real. La voz que había inundado mis oídos con su sonido, mientras sus palabras resonaban dentro de la celda con la ventana y la puerta firmemente cerradas, era una voz real. Y yo sin duda estaba despierta. En efecto, de repente se abrió bruscamente la puerta y aparecieron varios policías armados. La rodearon formando un círculo y oí que uno de ellos le decía:

—Vamos… Ha llegado tu hora.

La vi salir con ellos y nunca más volví a verla. Pero su voz continuó resonando en mis oídos, vibrando en mi cabeza, en la celda, en la cárcel, en las calles, en el mundo entero, sacudiéndolo todo, propagando el miedo dondequiera que alcanzaba, el miedo a la verdad que mata, al poder de la verdad, tan brutal, y tan simple, y tan espantosa como la muerte, pero también tan sencilla y dulce como la criatura que todavía no ha aprendido a mentir.

Y esa mujer había tenido que pagar por ello porque el mundo está lleno de mentiras.

Subí a mi modesto coche, con la mirada fija en el suelo. Me embargaba un sentimiento de vergüenza. Me sentía avergonzada de

mí misma, de mi vida, de mis miedos y de mis mentiras. Las calles estaban llenas de gente atareada, de diarios colgados en los quioscos de madera con sus titulares chillones. A cada paso, dondequiera que me dirigiese, descubría las mentiras, podía seguir los atareados pasos de la hipocresía. Pisé con fuerza el acelerador como si estuviera impaciente por arrollar el mundo y aniquilarlo. Pero enseguida me apresuré a levantar el pie, frené bruscamente y el coche se detuvo.

Entonces comprendí que Firdaus tenía mucho más valor que yo.

NAWAL EL SAADAWI



«Todos los hombres que he conocido solo me han inspirado un deseo: el de alzar la mano y dejarla caer con fuerza sobre su rostro». Así comienza la notable historia de Firdaus de rebelión contra una sociedad fundada en mentiras, hipocresía, brutalidad y opresión. Nacida en el seno de una familia campesina en Egipto, Firdaus lucha a lo largo de su infancia, buscando la compasión y el conocimiento en un mundo que le da muy poco de ambas cuestiones. A medida que crece, cada nueva relación le enseña una amarga pero liberadora verdad: las únicas personas libres son aquellas que no quieren nada, no temen nada y no esperan nada.

Desde sus primeros recuerdos, Firdaus sufrió a manos de los hombres. Primero su abusivo padre, luego su violento marido, y finalmente su engañoso novio convertido en proxeneta. Después de toda una vida de abuso, por fin llevará a cabo una acción drástica contra los varones que gobiernan su vida. Desde su celda, Firdaus, condenada a morir por haber matado a un proxeneta en una calle de El Cairo, cuenta su vida desde la infancia en la aldea a la vida de prostituta en la ciudad. La retribución de la sociedad por su acto de desafío —la muerte— le da la bienvenida como la única manera de poder ser finalmente libre.

Nawal El Saadawi

Kafr Tahl (Egipto), 1931

Nació en el seno de una familia acomodada de Egipto, y muy joven sufrió la mutilación de los órganos genitales. Estudió Medicina en la Universidad de El Cairo, donde se graduó en 1955. Trabajando como médica en Kafr Tahl pudo observar las dificultades y desigualdades que enfrentan las mujeres rurales. Después de intentar proteger a una de sus pacientes de la violencia doméstica, fue enviada a El Cairo. Allí consiguió ser directora de Salud Pública. El Saadawi, sin embargo, fue despedida de su cargo en el Ministerio de Salud por sus actividades políticas, que también le costaron los cargos de jefa de redacción de un diario de salud y de secretaria general adjunta de la Asociación Médica de Egipto.

Entre 1973 y 1976 trabajó en la investigación de la neurosis en las mujeres en la Universidad Ain Shams, y entre 1979 y 1980 fue asesora de las Naciones Unidas para el Programa de la Mujer en África (CEP) y de Oriente Próximo (CEPA). Polémica y peligrosa para el Gobierno egipcio, fue encarcelada en 1981 por su oposición a los Acuerdos de Paz de Camp-David entre Egipto e Israel del presidente Anwar al Sadat. En 1991, tras recibir amenazas de muerte de los islamistas, se exilió en Estados Unidos y empezó a trabajar de profesora en la Universidad de Washington. En 1996 regresó a Egipto, donde ejerce su activismo en favor de los derechos de las mujeres, especialmente mediante su obra escrita.